

VENETIA

1933

96-97





MCD 2018

**MOR-CAS**  
Encuadernaciones  
C/ VALLEDOSA Nº 5  
T.F. 91 450 40 09

NOB-CAS

NOB-CAS

MCD 2018

# Atenea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

### SUMARIO

Enrique Molina.	<i>George Moore</i> <i>Impresiones Sureñas; Puerto</i> <i>Montt. Chiloé.</i>
Jaime Torres Bodet.	<i>Estampas Españolas.</i>
Alberto Guillen.	<i>Lamentación ante la momia</i> <i>de Pizarro.</i>
Arturo Farinelli.	<i>Guillermo de Humboldt y el</i> <i>país Vasco.</i>
Augusto D'Halmar.	<i>Juan Francisco González.</i>
Mariano Latorre.	<i>La vieja del Peralillo.</i>
Mariano Picón Salas.	<i>La mentalidad Colonial.</i>

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Moisés Poblete Troncoso.	<i>Los progresos Sociales de</i> <i>España Republicana.</i>
Luis D. Cruz Ocampo.	<i>Crítica del Socialismo.</i>
Antonio Acevedo Hernández.	<i>Consideraciones sobre el</i> <i>teatro Chileno.</i>
Lepoldo Lugones.	<i>«Don Segundo Sombra».</i>
José María Souviron.	<i>Aspecto de la disconformidad.</i>
Marta Vergara.	<i>Figuras de París.— M. Francois Coty.</i>

### LOS LIBROS.—GLOSARIO.

# ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago  
Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.	
Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	\$ 2 50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEAE, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.

**HISPANIA**

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

**CONTEMPORANEOS**

Revista Mexicana  
de Cultura

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

**MERCURIO PERUANO**

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:  
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176  
Lima - Perú

**LEONARDO**

Rassegna Bibliografica  
diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)



# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

## DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

## SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar  
sobre la aplicación del Cine a la  
educación en cada una de sus ra-  
mas (universitaria, primaria, se-  
cundaria, agrícola), así a la cien-  
tífica como a la popular, y a la  
higiene social. Se publica en cin-  
co ediciones: inglesa, francesa,  
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la  
edición española: dólares 4;  
pesos chileno, 32.

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año X

Abril de 1933

Núm. 96

La

## GEORGE MOORE

**A** principios del año en curso, murió en su granja de Slieve Louan, en el riñón de Irlanda y a los noventa años de edad, el escritor George Moore. Casi un siglo de labor intelectual, como su colega inglés Tomás Hardy; pero Moore fué irlandés en la misma proporción que Hardy inglés. Quiero decir que Hardy era un regionalista, fundado en el Weese, como en una pequeña rada. Para él no existieron en la tierra sino ingleses e islas. Y sus ideas, otro archipiélago, en cuyo horizonte perfilábase la silueta borrosa del continente europeo.

A Moore, de pura cepa céltica lo empujan, desde temprano, vientos de inquietud y de aventura. A los veinticinco años dejó sus verdeantes valles de Irlanda y desembarcó en Europa. Y en Europa, Francia. Todas las corrientes estéticas de la Francia posterior a la guerra del 70 asaltan tumultuosamente su sensibilidad, alejando cada vez más el paisaje nativo, con sus dehesas típicas y la idílica paz de sus praderas.

Alto y rubio, un azulear ingenuo prendido en las pupilas, cuidadosamente vestido, el monóculo espejeando en la cuenca izquierda (así lo ha inmortalizado Manet en un óleo célebre) frecuenta Moore las tabernas de Montmartre, donde bebe y discute toda la bohemia artística de París. Cree firmemente en su vocación de pintor. En la soledad de su cuarto de hotel, ebrio de teoría, dibuja acuarelas y mezcla colores. Se ha convertido al impresio-

nismo y a la escuela de pintores independientes quemando incienso con fervorosa lealtad; pero allí conoce a Villiers de l'Isle Adam y es Villiers el que lo lleva a la tertulia literaria de Mallarmé. Su fe artística vacila. Abandona, sin más ni más sus aguadas y sus cartones y escribe versos simbolistas en francés. Zola se perfila, entonces, en el horizonte. Zola y su credo batallador con su espejismo social y su nuevo concepto del arte de novelar. Ahora no es a la pintura, no es a la posesía hermética de Mallarmé, es a la novela naturalista a la que va a rendir culto como a una diosa.

Así nació «*Esther Waters*», su primera novela, gran fresco realista, donde se describe la decadencia de una familia de Londres. Al publicarse la novela en Inglaterra, con gran júbilo del novel naturalista, estalla el escándalo y la prensa conservadora acusa a Moore de inmoral y de anti-inglés.

Es preciso señalar en Moore dos personalidades diametralmente opuestas. La una, quizá la mejor, basábase en un agudo don de auto crítica; la otra, en una innata predisposición a asimilarse métodos y escuelas a la moda.

Paralelamente a su producción novelesca, desde «*Esther Waters*» a «*El Lago*» que es como ir de la novela naturalista a la novela psicológica, desde Zola a Henry James, anotaba Moore, con minuciosa justeza, las variaciones de su temperamento, embrujado por el señuelo de la novedad. Analizábase a sí mismo con la implacabilidad de un crítico que juzgara la obra de otro escritor.

«*Confesiones de un joven inglés*» (1886), «*Memorias de mi vida muerta*» (1906) y la trilogía *Salud y Adiós* (1914) son las tres partes de una misma sinfonía individual. Ahí están explicadas sus contradicciones y sus continuos cambios de frente. René Lalou llama a esto el mimetismo intelectual de Moore y lo atribuye a las cualidades asimilativas propias de la raza celta.

Las confesiones son lo más difundido de la obra de Moore. Escritas en una prosa nueva, de extraños matices, espigados en todos los campos donde su curiosidad siempre alerta se detuvo, ya burlonas o patéticas, ligeras o profundas, dejan ver cristalinamente el espíritu de este individualista refinado para quien la vida es un espectáculo, más que un problema.

Recuerdan los cuadros de viaje de Heine, sin su sátira incisiva, pero con igual agudeza de observación. En Moore hay un poeta y un poeta irlandés y a través de todos sus sarcasmos, se entrevé, como una atmósfera extraterrena, la aurora del ensueño y la noche del más allá.

Mézclase en ellas las meditaciones con los recuerdos. Los primeros capítulos pintan la vida de París. Coinciden con la juventud del novelista. Flaubert y Zola, Villiers de l'Isle Adam y Mallarmé, Cátulo Mendés y Banville viven y hablan y luchan por sus ideas estéticas en las páginas sobrias y profundas de Moore; luego, Londres. ¡Qué amor respiran las frases de este celta aristocrático por la anglosajona capital de las Islas Británicas! Sus docks, sus nieblas, sus iglesias roncas de órganos, sus mujercitas de azules ojos y sus enlutados pastores, los marineros de humeante pipa y los queques, de corazón de oro, en la sencilla mesa de una navidad londinense, cuajada de nieve.

En «Memorias de mi vida muerta» la filosofía es diversa. Ya no es un joven el que habla, sino un hombre maduro, Moore ha vuelto a Irlanda y de allí no va a salir más. Del entusiasmo a la sabiduría, Moore no ha variado en su concepto de la vida y de las cosas; pero la juventud ya no ilumina el cuadro con su luz cegadora. Ya no se vive sino que se ve vivir. El paisaje humano aparece desposeído de su dinamismo y de su vivacidad. No son las cosas y los hombres sino el alma de los hombres y las cosas.

El último capítulo de «Memorias de mi vida muerta»,

«Resurgen» es uno de los trozos más bellos que se hayan escrito sobre el dolor y la muerte y sobre la esperanza de una resurrección siempre posible.

Paganamente, el gran poeta que fué Moore ha unido el culto de la vida exterior de la forma, con el sentido espiritual de esa vida y de esa forma.

Más feliz que Zola (hay que recordar su larga vida), pudo llegar a la cumbre de su evolución y despertar de su embriaguez sensual para recogerse solitariamente en su castillo interior.

Envejecido el cuerpo, casi al extinguirse la claridad de los sentidos, sólo la inteligencia disciplina su pensamiento y ungiada de poesía, llega a una comprensión mística de la vida y de la muerte.

Enrique Molina

## IMPRESIONES SUREÑAS.—PUERTO MONTT. CHILOE

(*Febrero 1933*).

**E**L tren desciende a Puerto Montt serpenteando por gargantas estrechas abiertas en las colinas que circundan la bahía. Helechos cubren tupidamente los lados de la línea y más allá se extienden los verdes campos de cultivo, los pastales o la inmensa floresta virgen aun no desbrozada.

En las curvas que hace el tren aparece el panorama de la bahía, desaparece, vuelve a aparecer. El amplio cristal azul del óvalo del mar se presenta cerrado hacia el sur por algunas islas y hacia el suroeste por el dilatado y pintoresco caserío de la población del puerto. El sol se ponía en esos momentos por detrás de las colinas y de las islas revestidas de verdura.

Iba con dos excelentes compañeros de viaje, mis amigos Fernando N. y Marcelo B., ambos profesores inteligentes e ilustrados. Fernando es un poeta de verdad con amplia preparación filosófica. Marcelo, sin ser poeta, tiene también cultura filosófica y bajo apariencias frívolas, es de un fondo moral sólido y de rectitud caballeresca inalterable.

A pesar de que habíamos pedido habitaciones de antemano en el hotel no hallamos más que dos piezas

desocupadas. Había plétora de turistas y de veraneantes. Fernando dijo entonces: «Perdónenme, pero yo no puedo dormir sino solo». Marcelo y yo nos reímos de buena gana, le dejamos a Fernando una pieza y nos acomodamos perfectamente en la restante.

Dormir con Marcelo no exige, por otra parte, ningún gasto de paciencia ni siquiera de buena voluntad. Es un compañero inmejorable. No ronca ni mantiene la luz encendida a deshora para leer o por otro motivo. Duerme con la tranquilidad y la dulzura de un niño. Tiene un *hobby* muy curioso que voy a revelar aquí confiando en que estas líneas no las ha de leer ningún ratero que pudiera tentarse a jugarle una mala pasada. Es el *hobby* de los relojes. Lleva consigo una media docena de diferentes clases y calidades, de bolsillo, de pulsera o despertadores. Cuando tiene tiempo libre, en el día, y sobre todo, en la noche, los saca de sus estuches, los observa, los confronta, les da cuerda y los vuelve a guardar cariñosamente.

Al día siguiente temprano partíamos para Ancud. Habíamos confiado en el buen tiempo que nos había acompañado hasta la noche anterior. Pero en estas latitudes de Chile no se puede contar con bonanza en ninguna estación. La diosa de la lluvia es una deidad caprichosa que se complace en burlarse de los hombres y en mortificarlos. Caía una llovizna finita. Apenas se notaba; pero nada de sol en el cielo, nada de verde en las colinas, nada de azul en el mar. El polvo de agua, la cortina de niebla ponía en todo su color gris.

El pequeño vapor en que nos embarcamos fué avanzando rápidamente hacia el sur en un mar tranquilo como una superficie tersa de pizarra. Los islotes que en tiempo despejado habrían sido el encanto del paisaje emergían del mar como pesados y gigantescos hipopótamos de lomos grises redondeados.

Calbuco nos trajo las primeras notas de colorido y luz. Desde el vaporcito su pintoresco caserío se nos

ofrecía como apretándose a orillas del mar. Hay casas de dos o tres pisos de variados colores. Las ventanas parecen ojos que se abrieran para mirar al recién llegado, empinándose las de más atrás sobre las que están más adelante.

Han sido famosas las fábricas de conserva de Calbuco, la del señor Jorge Ditzel y la del señor Oelkerz. Hoy se encuentran casi totalmente paralizadas por el altísimo precio que ha alcanzado la hojalata como casi todos los artículos de importación. Calbuco forma un solo pueblo con La Vega, pequeña caleta al otro lado de la Isla. Una calle larga y empinada une las dos poblaciones. Las casas son casi todas de un piso y de tablas de alerce, la espléndida madera para construcciones de Llanquihue y Chiloé. Cuando no se las pinta toman un color plomizo como de cielo nublado, lo que viene a ser una especie de raro mimetismo. No hay pavimento en la calle y como tampoco hay movimiento de carruajes, los peatones acostumbran a traficar por el centro de la calzada. Nosotros avanzamos en medio de un silencio grato, como si fuéramos junto con los escasos curiosos que nos miran, sombras de personas, figurantes de un drama antiguo.

En estos modestos puertos hay sencillos astilleros en que se reparan perfectamente los vaporcitos que navegan por los canales y se construyen muy buenos botes.

Calbuco posee una valiosa reliquia, un San Miguel de madera de cedro que los españoles trajeron a principios del siglo XVII.

Como hemos dicho, el vapor en que vamos es pequeño, pero anda bien y ligero. De confort no hablemos. También deberíamos dejar de hablar de aseo para no mencionar cosas desagradables. La falta de aseo es enorme. Los manteles del comedor rotos o zurcidos y remendados y sucios. La comida bastante mala. Los servicios higiénicos repugnantes, de no acercarse a



ellos. Para apechugar con todas estas cosas pensábamos en que don Alonso de Ercilla y sus compañeros que fueron los primeros blancos que surcaron estas aguas deben de haberlo hecho en peores condiciones. O, sin remontarnos tan lejos, recordábamos las penurias del esforzado Pérez Rosales, y de los primeros alemanes que vinieron a las tierras de Llanquihue.

En relativo descargo de los vaporcitos y de sus empresarios hay sólo que expresar que el valor del pasaje es barato. Turismo criollo, decíamos sin embargo, turismo criollo. Le hablamos después de estos defectos al agente en Puerto Montt, el señor J. Ditzel, persona inteligente, activa y amable. Nos contestó que los propietarios no podían encarar el movimiento de los vapores desde el punto de vista del turismo, que no duraba más de un mes en el año, sino de manera que sirvieran durante los doce meses a las necesidades del comercio de las islas y de Puerto Montt. Pensamos, no obstante, que ésta pueda ser una atendible excusa para que no haya confort, pero no para que haya tanto desaseo.

A mediodía empezó a desgarrarse la niebla. El sol armó una fiesta de luz y colores. Sus rayos cabrillaban en el agua despertando los misterios de un azul profundo que tenía resplandores de cristal de Bohemia. El verde de las colinas vecinas era como un campo de sonrisas abiertas al astro del día. El canal de Chacao por donde íbamos, tiene, sin embargo, cierto carácter adusto, a causa de lo escarpado de algunos acantilados de sus orillas. Por hallarse también directamente abierto al océano es más agitado que otros canales del archipiélago.

Después de poco más de seis horas de navegación llegamos a Ancud. Una nube de *boteros* se arrojó ávida sobre el vapor, como podrían haberlo hecho los negros sobre un transatlántico en las costas de Africa. Parecía increíble que pudiera haber tantos en un pueblo tan

pequeño y para un vapor tan chico. Estaban pobremente vestidos. Los más andaban descalzos y con roturas y remiendos en número inverosímil. Pero eran animosos, ágiles y resueltos. Se conocía que las oportunidades de ganar dinero no eran muchas, que ellos querían ganarlo honradamente y había que aprovechar estas pocas oportunidades.

El pueblo está situado en una colina baja y no muy extensa. Desde la parte alta se desparrama escalonada y pintorescamente el caserío hacia el mar y los valles inmediatos. Desde que se dan los primeros pasos fuera del largo muelle se empieza a subir por las calles sin pavimentar. La plaza misma está ubicada en un plano inclinado, lo que le da un aspecto muy original que no carece de belleza. En ella se alzan los dos edificios tutelares de la localidad, la catedral y el seminario. La población de Ancud es muy católica. Aquí no se publica más que un periódico que sale dos o tres veces por semana, *La Cruz del Sur*, órgano del obispado. El pastor, cuenta, al parecer, en la cabecera de su diócesis con ovejas dóciles y fáciles de conducir.

Habríamos querido encontrar una catedral del tiempo de los españoles. Desgraciadamente no es así. Es sólo de este siglo y por añadidura, parece que mal construída, porque a pesar de sus pocos años, se encuentra bastante deteriorada. Por lo demás es de estilo indefinido y un tanto pretencioso.

En el mejor hotel (llamémoslo así) no encontramos más que una pieza desocupada. Como Fernando no puede dormir sino solo tuvo que ir a instalarse a otra casa residencial que le recomendaron.

Con dar muy pocos pasos en el pasadizo de entrada de nuestro hotel nos encontramos el primer y único patio de la casa, de un desaseo exuberante. Se veían sobre la tierra fangosa toda clase de desperdicios, cáscaras de frutas y de papas, trapos viejos, colas y esqueletos de pescados, excrementos de animales domés-

ticos, gallinas picoteando aquí y allá y un cerdo metiendo su hocico en el barro.

Subimos a la pieza que Marcelo y yo habíamos conseguido. Era de tablas amarillentas y limpias sin pintar. ¡Qué conjunto más abigarrado de cosas contenía. Probablemente era el dormitorio de la dueña de casa y nos lo había cedido. En una esquina una especie de consola llena de imágenes religiosas. De ahí se desprendía una panoplia o grande abanico lleno también de nuevas imágenes recortadas de diario o de revistas ilustradas. Al lado del Señor de la Buena Esperanza y de Santa Filomena el retrato de una desco-cada y casi desnuda bataclana. En otro paño de la pared una oleografía de vivos colores de todos los soberanos europeos de fines del siglo pasado. Más allá en marco muy vistoso un premio de constancia a un señor que había sido bombero durante veintidós años (tal vez el premiado era el marido de la propietaria). Y cuánto cachivache inútil más: sombreros viejos colgados de clavos, quitasoles y paraguas de los cuales quedaba el varillaje y algunos jirones de trapos descoloridos, igualmente colgados de la pared, una tapa de máquina de coser, un secador, etc., etc. Y en todas las cosas y en el aire un olor pesado, permanente, imborrable, aunque se abriera la pequeña ventana que daba a la calle, olor a cuerpo de mujer vieja que ha resuelto hace mucho tiempo que el trato con el agua es incompatible con la conservación de su salud.

Con la santa intención de ofrecernos comodidades, la buena señora nos había puesto tres colchones en cada cama. Como los colchones eran de dos cuerpos y éstos no se compaginaban bien unos con otros mi cama parecía una elevada terraza con escalinatas. Marcelo decía de la suya que era una montaña rusa. Pero la verdad es que después de algunos arreglos dormimos perfectamente.

Fernando no trajo mejores impresiones de su alojamiento.

En cambio la comida era bastante buena. La leche que se obtiene en la isla es muy sabrosa y se fabrican mantequilla y quesos exquisitos. La carne y las papas son de excelente calidad. Con estos elementos y la reconocida buena voluntad de la hotelera no tuvimos más que palabras de alabanza para la mesa.

Ancud se halla en visible decadencia. Los ancuditanos le echan la culpa de este mal al Gobierno que ha retirado de la ciudad el único regimiento que estaba de guarnición, el liceo de niñas, la escuela normal y no se qué más. Algo puede haber influido tales medidas en el decaimiento. Pero la verdad es que éste obedece a causas naturales. Ancud está mal situado. Es un puerto inseguro. Se halla expuesto a los vientos del norte, en un extremo de la isla, lejos de las principales arterias de los canales y no puede servir de centro al movimiento comercial de la región, ventajas con que cuenta su afortunado rival, el puerto de Castro.

En Ancud nos sirvió de *cicerone*, activo y simpático *cicerone*, nuestro amigo el señor Manuel Saavedra, distinguido dentista graduado en la Universidad de Concepción. Saavedra pertenece a una antigua familia de la localidad y se halla relacionado con todo el mundo. A las niñas no las llama más que Nena, Lila, Chita, Mena, y a los jóvenes Quico, Toño, Paco, Manolo. Todos le sirven y le obedecen dentro de la mejor camaradería.

Saavedra nos puso en comunicación con el doctor Bize, propietario de uno de los autos que hay en el lugar. Gracias a su amabilidad pudimos visitar los hermosos alrededores del pueblo y contemplar desde una altura el bello panorama que ofrecen el mar, las verdes colinas y el valle del Pudeto más caudaloso de lo que pudiera creerse, tratándose de un río de curso tan corto.

Guiados por el doctor visitamos el hospital. No ocupa una casa propiamente moderna; pero cuenta con buenas instalaciones y se halla muy bien tenido, en forma que podría alguna gente ir a tomar ahí cursos de aseo.

Con Saavedra y el ilustrado rector del Liceo de Puerto Montt señor Nicanor Bahamonde fuimos a ver el único resto que queda de la época colonial, el fuerte de San Antonio, en el cual lo de material más sólido es el polvorín que se conserva en muy buenas condiciones. Las demás partes, aunque no son más que hondonadas y taludes de tierra, se conservan igualmente bien. Ahí duermen, botados en el suelo, como muertos de esqueleto indestructible, los cañones de otros tiempos. Una sencilla columna de piedra conmemora el recuerdo de la última campaña de nuestra independencia.

El viaje de Ancud a Castro es un deleite. Se puede hacer cómodamente en autocarril. La línea va cercada entre helechos y árboles gigantescos de la selva primitiva. Sólo muy a la distancia se presenta algún claro en que aparece algún caballo asustado o uno que otro vacuno. La mayor parte de la isla se halla no sólo incultivada sino aún inexplorada.

Unicamente con mandar gente a cortar árboles y a desbrozar estos campos a fin de prepararlos para la labranza quedaría resuelto el problema de la cesantía en Chile, dijo Fernando con mucha razón.

Los viajes al aire libre, despiertan el apetito. En llegando al hotel de Castro, que lo encontramos mucho mejor que el de Ancud, Fernando ordenó junto con té un biftec a lo pobre, es decir con huevos, papas y cebollas. Marcelo, que es un gastrónomo de primer orden, no quiso ser menos y pidió otro. Los productos derivados de la ganadería y las papas son de tan excelente calidad aquí como en Ancud.

Castro tiene todas las formas de una vieja aldea y

arrestos de pueblo nuevo que quiere surgir. Calles anchas y polvorientas y una plaza espaciosa como un potrero, circundada por avenidas de árboles inmensos. La iglesia, en un ángulo, es amplia y nueva, de madera y forrada por fuera de lata repujada. Dos cañones de grandes proporciones, asentados en sólidas cureñas, guardan, como elementos decorativos un tanto anacrónicos, las dos principales entradas de la plaza.

El pueblo ocupa una planicie relativamente alta y parece de temperamento seco. El aire es delicioso. Silencio y poca gente en las calles. Un sacerdote alto y delgado pasa enfundado en una sotana negra. Nos saluda amablemente sacándose su sombrero de teja. Cortesía lugareña. Le contestamos complacidos.

El pueblo desciende en barrancos hacia el río por el lado sur o hacia el mar por el lado norte. La calle más comercial se desarrolla así en una viva pendiente que va desde el mar hasta la playa. Esta circunstancia y el estuario que forma el mar hacen pensar en pequeños pueblos españoles de las costas gallegas y cantábricas. En la playa hay mucho movimiento. Castro se tiene ganado el cartel de principal centro comercial de la isla y de emporio de la papa en todo el archipiélago.

Al lado del puerto hay un pequeño barrio cuyas habitaciones han sido levantadas sobre pilotes plantados en el fango. Ahí viven hacinados centenares de obreros que se dedican al comercio de la papa y de otros frutos. Se le llama pomposamente y con razón «la ciudad china». Sería Cantón en miniatura. Son casas pequeñas, obscuras, sucias, pringosas, separadas por pasadizos o callejones que no tienen dos metros de ancho. Se siente el martilleo de cajones de papas que se embalan; mujeres descalzas y sucias venden frutas y fritangas; y por todas partes pululan chiquillos mocosos, desarrapados y muchos con los traseros al aire.

Castro se halla en el término o vértice del estuario que es como un cuerno. Es suficientemente hondo para

ofrecer fondeadero a buques de gran calado. Forma el mejor puerto natural de Chile. Ningún viento turba la tranquilidad de sus aguas. Como almas de vida profunda permanecen siempre serenas ante las tempestades que todo lo trastornan a su alrededor. ¿Podrá ser en lo futuro un pequeño nuevo «cuerno de oro»? ¿Por qué no? La leche, la mantequilla y los quesos de Wisconsin producen más riqueza, según una inscripción de la Universidad de Madison, que todas las minas de metales preciosos de los Estados Unidos.

Salimos de regreso en una mañana radiante. A lo largo de la ría fuimos deteniéndonos a uno y otro lado en pequeños pueblos pintorecos. Llama la atención la gran cantidad de botes bien fabricados que hay en todas partes. Como el caballo para el huaso, como el libro para el estudiante, el bote es consustancial para el chilote. A menudo son mujeres las que reman en ellos y lo hacen con gallardía y suma destreza. La mujer participa en estas islas en todos los trabajos del hombre. Las vimos llegar a algunos lugares en sus botes a remos o a la vela manejados por ellas mismas. Iban a vender legumbres, hortalizas, leche. Con las faldas remangadas hasta más arriba de la rodilla, luciendo sus piernas robustas y llevando su canasto a la cabeza, salían por medio del agua a la playa. Eran como estampas de mujeres bíblicas.

Entre pueblo y pueblo, de trecho en trecho, se divisan en medio de las colinas pequeñas casitas de madera, las casitas plomizas de alerce. Y de distancia en distancia capillas también de madera con sus torrecitas como palomares. En cada casa vive el propietario de una reducida porción de suelo. La propiedad se encuentra muy subdividida en Chiloé. Entre los chilotes es crecido el número de los trabajadores independientes, aunque modestos y pobres. La organización de cooperativas de producción entre ellos tendrá que traer muy buenos resultados. El individualismo es muy poco simpáti-

co hoy día. Pero antes de condenarlo hay que distinguir. Al estado individualista, estilo siglo XIX, ya no se le puede defender. Mas hay que tener cuidado de no caer en las exageraciones del Estado providencia al que se quiere hacer responsable de cuanto mal ocurre en la sociedad y se le exige que tenga un remedio para todo. En cambio, existe un individualismo que tiene sus raíces en las entrañas mismas de la naturaleza humana, formado por el sentimiento de responsabilidad y por la capacidad de iniciativa, y del cual no prescinde nadie que quiera hacer su vida trabajando honradamente, que tenga el sentido de la dignidad de su personalidad y se halle animado de la voluntad de triunfar por sus propias fuerzas; individualismo que no está por lo demás, reñido con los más nobles sentimientos altruístas ni con las exigencias de una perfecta cooperación y organización social. Algo de este sano individualismo se nota entre los chilotes. A su vida económica la caracterizan todavía en verdad rasgos primitivos, sin complicaciones técnicas y sin las facilidades y los peligros del crédito. En la isla no hay bancos. Pero no nos hemos topado tampoco con cesantes ni con mendigos. Se siente el ambiente sencillo y honrado de una existencia arcádica.

En Castro tomaron el vapor dos rubias bien parecidas para trasladarse a un pueblo vecino. Eran de origen alemán y venían con su madre.

A la hora del almuerzo una de ellas y una señora amiga se sentaron a la misma mesa que ocupábamos nosotros. Por hablar de algo seguramente hablaron de mareo. Qué iba a haber peligro de marearse. El vaporcito avanzaba sobre las aguas como un patín en el terso espejo de un lago helado. Para hacerlas entrar en conversación con nosotros, les dije, sin embargo, que en caso que se marearan les ofrecía los servicios de Marcelo que era médico y de cuyos aciertos respondía,



a pesar de su juventud aparente, porque había hecho muy buenos estudios.

Las damas no dudaron de la verdad de mis palabras y la comunicación quedó establecida. Se habló de estudios y de que la rubiecita iba a terminar humanidades para seguir una carrera universitaria. Rodando, rodando, la charla fué a parar al amor. Fernando se manifestó muy escéptico al respecto y sobre todo en cuanto al matrimonio. «¿Conocen, les dijo, una definición del matrimonio, que es la más exacta que se ha dado? El matrimonio es un hombre menos y una mujer más».

Nuestras compañeras tuvieron que reírse a pesar de que la definición no fué de su agrado.

Marcelo aprovechó el puente que se le había tendido y entabló un rápido flirteo con Alicia, que así se llamaba la rubia. Esta era sin duda bella, de cuerpo proporcionado, tenía la seducción de una juventud fresca y sana y manifestaba una ingenuidad deliciosa.

Para ponerle algunos obstáculos en su rápida y breve carrera amorosa, Fernando quiso desilusionar a Marcelo diciéndole que la muchacha era una cabra deslavada y desabrida. Pero nada. La tarde estaba hermosa y suave y los jóvenes la pasaron sentados a popa. La dorada cabellera de la niña realzada por el sol era como un penacho de su feminidad en flor. Charlaron en una embriaguez de luz y de palabras y se prometieron enviarse tarjetas.

—¡Qué lástima que tenga que desembarcarse, le dijo Marcelo, cuando esta noche va a ser de una luna preciosa!

Fernando oyó esta frase.

Vino la despedida y los pañuelos se agitaron hasta que se perdieron de vista.

—Qué siútico ha estado usted, hombre, le dijo después Fernando a Marcelo, con gesto de quien siente

una falta de buen gusto, hablar de la luna y de la noche de luna, como un enamorado cursi.

—Vaya con la idea de que pudiera estar enamorado. Habría tenido que ser muy fulminante el ataque. Pero usted como poeta, quiere reservarse el privilegio de poder hablar de la luna.

—No, mi amigo. Es que hay que saber tratarla y colocarla. De otra manera resulta empalagosa.

Nuestros amigos pasaban en discusiones interminables que eran amenísimas. Cuando Marcelo se veía apurado, para embromar a Fernando, le recitaba en francés con énfasis cómico, retazos de versos de Paul Valery, de un libro de poesías que Fernando había venido leyendo y aprendiendo de memoria durante el viaje.

Llegamos a mediodía del día siguiente a Puerto Montt con temporal deshecho. El mar, embravecido, por el viento sur, arrojaba sus olas furiosamente sobre el muelle y el malecón del lado norte. Era imposible desembarcar ahí. El vapor tuvo que ir a fondear al seguro refugio que ofrece la parte del puerto llamada Angelmó, en el canal de Tenglo, resguardado por la isla del mismo nombre que como una inmensa oruga verde serpentea paralelamente a lo largo de la costa.

En la tarde, una vez pasada la tormenta, volvimos a este barrio. Atravesamos el canal y pasamos a la isla. Bajo una enramada tomamos rica chicha dulce de manzana.

Desde la isla de Tenglo el panorama de Puerto Montt es bellísimo. Sobre el oscuro azul del mar se alzan las líneas del pintoresco caserío de variados colores y con techos pintados de rojo, recortado en el almohadón circular de colinas verdes. En el centro del cuadro se levanta la masa enorme del Calbuco y el cono elegante del Osorno, ambas cumbres nevadas, como viejas y a veces malhumoradas deidades tutelares de cabezas canas. Hacia el oriente la faja violácea que forman los

cordones de los Andes que cierran la bahía por ese lado. En sus picos que se recortan como dientes de una sierra, brillan manchas de nieve cual obturaciones de plata. Por encima de todo la bóveda clara, transparente, tersa, de un cielo sin nubes.

Mis compañeros regresaron primero que yo al norte. Los abracé con pena en la estación. Habíamos pasado ocho hermosos días. Pensaba luego en una de las antinomias que hay entre la vida real y la literatura, de manera que no es acertado tomar siempre a ésta como trasunto de aquélla, ni aun tratándose de la literatura llamada realista. En la realidad la vida sin dolor es bella. En las letras el hombre prefiere la belleza del dolor.

Puerto Montt con su complemento de Angelmó en el canal de Tenglo forma un puerto natural de primer orden. Llama la atención que no hayan sido los españoles los primeros fundadores de una población en lugar tan adecuado. Los conquistadores habían fundado más al sur a Castro en el siglo XVI, a Ancud en el siglo XVIII y no aprovecharon la magnífica ensenada que les ofrecía el seno de Reloncaví. Cuesta creer que esos valientes se hayan arredrado ante la resistencia que les oponía la tupida y compacta selva de las orillas. Puerto Montt ha llegado a ser la llave del comercio del extremo del valle central con los archipiélagos vecinos y hasta con Magallanes y sus progresos son manifiestos. Es verdad que sus calles están aún sin pavimentar. Las frecuentes lluvias mantienen al polvo sujeto, pero cuando ha dejado de llover unos pocos días, ese polvo, sin la disciplina del agua, se vuelve subversivo y ataca transeúntes y cuanto encuentra en tremendos remolinos. Es verdad que de dos teatros que posee el pueblo el mejor no pasa de ser una barraca estrecha y fea. El otro no lo conocimos. En cambio ostenta el lujo de unas hermosas aceras que difícilmente se encuentran en otras ciudades. Son anchas y cubiertas

de claras baldosas de cemento. Las construcciones han mejorado notablemente. Ostenta muchos edificios de tres pisos, de material sólido y de estilo moderno. Casi todos tienen grandes tiendas en los bajos. Cuenta con un buen liceo de hombres y el bien instalado colegio jesuíta de San Francisco Javier. Su población se ha duplicado en los últimos diez años, progresión que tal vez ningún otro pueblo de Chile puede contar (1). Puerto Montt tiene asegurado su firme crecimiento y su porvenir.

Nos hemos encontrado en la conmemoración del octogésimo aniversario de su fundación; pero el hecho no pasó de merecer un corto párrafo de crónica en los periódicos del pueblo. Su fundador fué el insigne don Vicente Pérez Rosales, gran tipo de chileno emprendedor y aventurero, émulo y continuador de los atrevidos exploradores castellanos. Pero ese día ni una corona fué a recordar la ejemplar hazaña a los pies del montón de piedras que, a guisa de monumento, perpetúa el nombre del fundador en la plaza del puerto. Pérez Rosales merece no sólo esas piedras mal amontonadas en desorden modernista, no sólo un busto, sino una estatua de cuerpo entero.

Pérez Rosales llegó aquí como director y principal propulsor de la colonización alemana en estas provincias australes, empresa llena de dificultades debido tanto a una naturaleza agreste y bravía, como a las pequeñeces y pasiones de los hombres.

Los primeros colonos que llegaron a Valdivia encontraron enojosos obstáculos para establecerse porque otros supuestos poseedores o propietarios se opusieron a que se les entregaran las tierras ofrecidas. Moviendo influencias en Santiago y con mil chicanas tinterillescas llegaron a hacer insoportable la situación de los colonos.

---

(1) Tiene actualmente alrededor de 18,000 habitantes.

Pérez Rosales atravesó la provincia en busca de suelos para su gente. No había buenos caminos, salvo los de los ríos. Bosques impenetrables se extendían casi sin interrupción desde la cordillera hasta el mar. Las lluvias constantes mantenían el suelo como esponja saturada de agua. A menudo no era posible dar un paso sin ir cortando con machete las ramas y enredaderas que se enlazaban entre los árboles.

Nuestro explorador llegó a las orillas del lago Llanquihue y como era imposible andar por la costa, para reconocerlo, se dispuso a hacerlo navegando. Apenas pudo disponer de embarcaciones poco menos que improvisadas. Dos veces puso en práctica su intento: las dos veces naufragó y casi perdió la vida.

El infatigable don Vicente subió entonces a la cumbre del volcán Osorno, para procurarse una vista completa de la región. Núñez de Balboa no se sintió más transportado por la belleza ni más satisfecho en su ambición de descubridor al subir el último cordón de los Andes, y contemplar el océano Pacífico de como lo fué en esta ocasión Pérez Rosales. Desde su magnífico mirador tenía este delante de sí el hermoso disco del lago Llanquihue, las espléndidas tierras que se extendían a su alrededor, y también, en el golfo de Reloncaví, un nuevo y prometedor mar del Sur.

La pródiga naturaleza, dice nuestro héroe en sus bellos *Recuerdos del Pasado*, al formar ese surgidero, parece que se hubiese esmerado en dotarle de todas aquellas ventajas que sólo obtiene la mano del hombre en otros puertos a fuerza de tiempo y de supremos sacrificios. . . Este importante lugar, colocado en el punto preciso donde debía de iniciarse el primer trabajo colonial, fué designado como centro y punto de partida permanente para las operaciones subsiguientes. La poderosa selva que lo cubría en su totalidad no dejaba al pie del hombre más lugar donde detenerse que la estrecha zona de pedruscos y arenas que dejaba libre, dos veces al día, el reflujó del mar. El hacha y el fuego franquearon pronto asiento a un mal galpón y no fué otra la primera piedra que en 1852 sirvió de base al hermoso edificio

que miran con patriótica emoción cuantos, conociendo lo que aquello fué, tienen ocasión de ver lo que es ahora.

A ese solitario e improvisado asilo, que el mar estrechaba por un lado y un imponente bosque con su fangosa base por el otro, fueron conducidos, sin más esperar, los inmigrantes que yacían apiñados en las húmedas casas-matas de los castillos del Corral y otros más que en aquellos momentos llegaron de Hamburgo.

Más adelante dice el esforzado colonizador:

Poner en aquellos lugares una cuadra de tierra en estado de cultivo, parecía, en efecto, empresa muy superior a la fuerza de los medios empleados para conseguirlo. Hallábase todo aquel vasto territorio cubierto de espesísimas selvas, las cuales, desde las nieves eternas de los Andes, aparecían desprenderse y marchar sin interrupción hasta las mismas aguas del mar. Allí crecían y se alimentaban aquellos colosos de nuestra vegetación (el alerce) de cuyos rectos troncos aun se sacan más de dos mil tablas; allí los árboles seculares invadían el dominio de las aguas; hundiendo en ellas sus robustas raíces, las cuales aparecían en los reflujos cubiertas de sargazos y de mariscos, sin que la sal marina menoscabase en nada la fuerza de la vegetación; allí los espinosos matorrales y tupidas quilas envueltas y estrechadas contra los troncos por los retorcidos cables de las flexibles lardizábalas interceptaban hasta la luz del sol, y el piso húmedo y fangoso que los sostenía, se ocultaba bajo un hacinamiento impenetrable de troncos superpuestos y en descomposición. El fuego mismo en aquellas humedades permanentes perdía mucho de su carácter destructor.

Veamos las trágicas peripecias de una primera excursión al interior:

Fatigados los colonos de la enojosa situación en que se hallaban, pues por falta de caminos aun no había sido posible repartirlos en sus respectivas hijuelas, apenas vieron volver los primeros exploradores que acababan de abrir a hachuela y machete una tortuosa y muy estrecha senda entre el puerto y la laguna de Llanquihue, cuando solicitaron del Agente permiso para recorrerla. Salió éste en persona con treinta y dos de los más animosos, y, un instante después, marchando de uno en uno, desaparecieron todos en aquella senda que pudiera llamarse obscuro socavón de cinco leguas, practicado al través de una húmeda y es-

pesísima enramada, cuya base fangosa se componía de raíces, troncos y hojas a medio podrir. A cada rato se hacía alto para poderse contar; pues como las ramazones que apartaba con esfuerzo el de adelante se cerraban al momento tras él, parecía que cada uno marchaba solo por aquella selva. A la media hora de una marcha muy fatigosa, al practicar nueva cuenta en un descanso, se notó con sorpresa primero, y después con espanto, que faltaban dos padres de familia, Lincke y Andrés Wehle. Se les llamó, se hizo varias veces fuego con las armas que llevábamos, se mandó volver atrás para ver si a lo largo del sendero se encontraba algún rastro de desvío para socorrer a aquellos desventurados. En vano fué el mandar comisiones de hijos del país halagados con ofrecimientos, en vano el disparar con frecuencia el cañón del Meteor; todo fué inútil, aquellos dos desgraciados habían desaparecido para siempre.

Este recorrido que daba lugar a tan macabra aventura se hace hoy en media hora en ferrocarril o en auto por la despejada y buena carretera que va de Puerto Montt a Puerto Varas.

En todos los continentes y mares el hombre ha vivido su epopeya, epopeya de trabajo, de valor y de dolor, pero sólo en algunas partes ha quedado escrita. A los chilenos nos ha cabido la suerte de que sea nuestro país el teatro de un poema que, por referirse a los comienzos de nuestra historia y cantar las hazañas de nuestros aborígenes, podría llamarse nuestra *Ilíada*. Tal es La Araucana. Pidiendo perdón a los helenistas muy exigentes y celosos, por si en uno y otro caso quisieran ver un desacato, cabría decir también que tendríamos una pequeña *Odisea*. Las provincias australes serían el único escenario donde se desarrolla la acción de la primera y el principal de la segunda. Los *Recuerdos* de Pérez Rosales formarían esa *Odisea*. Es verdad que se hallan escritos como han tenido que estarlo memorias del siglo XIX, sin entonación épica, sin la intervención de diosas y de ninfas; pero su héroe, sin ser tampoco un escapado de una guerra legendaria, no le va en zaga en valor alegre, en fuerte espíritu aven-

turero, en imaginación llena de recursos y en discreción al homérico Ulises y la narración de sus andanzas es interesantísima. La afortunada salvación de Pérez Rosales de uno de sus naufragios en el lago Llanquihue es como la llegada de Ulises a la isla de los feacios. Ambos tuvieron que pasar la noche en medio del bosque sobre un lecho de ramas y sin más abrigo que otras ramas.

Además de luchar contra una naturaleza silvestre erizada de peligros Pérez Rosales debió soportar la incompreensión y la maldad de los hombres.

Las autoridades de las vecinas provincias, contagiadas por el odio infundado, que muchos de sus vecinos alimentaban contra los extranjeros, contrariaban a cada paso la marcha del Agente de la colonización, en sus respectivos territorios. El fantasma de los terrenos fiscales alzó también en Llanquihue su inoportuna y descarada cabeza, y todos los terrenos proclamaron dueños también allí. Muy pocos periodistas sabían donde estaba la colonia, sin dejar por esto de ocuparse de ella y de criticar su situación, haciendo una lastimosa confusión entre Valdivia y Llanquihue. . . Pero esos enemigos no bastaban, se lee en los *Recuerdos*; era preciso que entrase en línea el negro fanatismo que, para vergüenza de la humanidad, campea aún en el siglo en que vivimos. Este implacable enemigo del progreso, y de cuanto encierra de divino el corazón humano, no tardó en encontrar en un Ministro de Justicia, para quién el hábito, hacía al monje, y en un decano universitario, de estos que llaman «pasados por agua» los españoles, los instrumentos que necesitaban para hostilizar a la colonia.

El decano hizo una espeluznante presentación al Consejo Universitario y éste la elevó al Ministerio. Copio estos detalles porque así podemos apreciar todas las amarguras que tuvo que sufrir el alentado colonizador y además son cosas que el transcurso del tiempo ha tornado decididamente pintorescas.

Decíase en aquel espantable papelote, continúa Pérez Rosales, que la propaganda protestante todo lo estaba invadiendo,



que eran protestantes los profesores de las escuelas, protestantes los seductores de las mujeres y protector de protestantes el Agente, que a fuer de masón, el día de San Juan Bautista profanó templos con escandalosas orgías. Concluía con un pliego entero de reflexiones que dicen así: «A la vista de estos acontecimientos, con cuánta razón temían los buenos ciudadanos la fundación de esta colonia, y con cuánta justicia pronosticaban y lamentaban en su corazón éstos y otros males».

La colonia tan denostada entonces ha dado lugar en el transcurso de pocos decenios a las poblaciones más prósperas de Chile y a un desarrollo agrícola e industrial que es una de las garantías más seguras del porvenir del país. Apenas es dado imaginarse el estado de atraso en que se encontrarían estas regiones sin la tenacidad heroica de Pérez Rosales y sin el esfuerzo de los colonos alemanes y de sus descendientes y de lo que con ello sufriría la economía nacional.

Jaime Torres Bodet

## ESTAMPAS ESPAÑOLAS:

### I

#### TOLEDO

**E**N 1840, fecha que para los jóvenes ideólogos de la primera generación del siglo XIX marca el principio de una madurez—o la crisis de una burguesía—Théophile Gautier se pone en camino hacia España, acompañado de Eugenio Piot. Acaba de cumplir 29 años y ha tenido ya tiempo para ensayar el sabor de todas las artes, pero no se ha atrevido aún a romper la corteza que esconde, al gusto de muchos, la deliciosa fragancia de ciertos viajes. Pintor, sus telas no encierran sino una gran violencia, una gran rebeldía de inconforme. Poeta, sus versos sólo contienen la vibración de los materiales con que su ineficacia técnica no supo adornar sus cuadros.

A la orilla de todos los aciertos, en ese punto en que a menudo el sentido crítico traiciona a los hombres, lo que le detiene no es precisamente la crítica, sino el entusiasmo. De la noche de *Hernani*, el rojo del célebre chaleco que sirvió de manifiesto de libertad al Romanticismo le ha dejado ciego. ¿Qué hacer con todo el color, con todos los colores que la humanidad ahorró durante los siglos abstractos en que privaba el Arte Poético de Boileau y de La Harpe? Incapaz de reali-

zar con ellos, en la pintura que lo seduce, la obra maestra a que aspira el futuro poeta de «Esmaltes y Camafeos» se decide valientemente a itinerar. Acaso así, al iluminar una por una—como si fueran estampas—todas las aventuras del viaje, logre definir su mundo exterior, definiéndose también a sí mismo.

Naturalmente, el país que lo atrae es España, la España convencional que sus ojos de romántico llevan ya preparada en las pupilas. Una España que no se resignará a copiar de la realidad sino cuando no pueda obtenerla de la fantasía.

De París a Bayona, la tranquilidad del viaje le impacienta, como la contemplación de un bostezo. Su avidez no sabría saciarse sino con la frescura—o con la sequedad—de los manjares que toda una historia de pintorescas anécdotas le promete. Sólo después de traspuestos los Pirineos recobra un poco de su juvenil petulancia. En Vergara, el encuentro con un cura español—el primero que ve—lo llena de júbilo. ¡Pronto, un lápiz y un cartón! En dos trazos hábiles la caricatura, sin casi haber sido empezada, parece ya concluída. ¿Qué la afea una semejanza visible con el don Basilio de Beaumarchais? No importa. Lo esencial, para este frívolo, es el toque de la primera impresión. La originalidad, el personal sentido de las cosas no le inquietan todavía. ¡Qué lejos andamos aún de la frialdad meticolosa y elaborada de la «Sinfonía en Blanco Mayor»!

En Burgos, el hallazgo del cofre del Cid le incita a reconstruir toda la hermosa leyenda castellana. No sin cierta malicia, empero, sonrío de la ingenuidad de Casimir Delavigne, quien se ha referido a ella en uno de sus poemas dramáticos. «El autor—exclama—sustituyó el enorme cofre con una caja pequeña que, en efecto, sólo podría contener *el oro de la palabra del Cid*». Y luego, con la melancolía experimentada de un joven para quien el corazón de los prestamistas no tiene ya

secretos: «No hay judío, ni aun de los tiempos heroicos, capaz de prestar nada sobre semejante bombonera».

Madrid no le agrada mucho, al principio. Encuentra demasiado reseca la campiña de sus alrededores. La plateada ondulación de sus colinas—otros tantos fondos aprovechados admirablemente por Velázquez—no dice nada a su sensualidad. La belleza entera de Castilla, su perfección elegante y estilizada no están hechas para complacer la sensibilidad de este hombre que busca en todas partes, por encima de todos los méritos, el color. Por eso invierte los primeros días de su estancia en Madrid en asistir a corridas de toros. Todo en esa fiesta le atrae: lo mismo el nombre de los toreros que el brillo de los trajes de luces y la música alegre de los tendidos. Hasta en la cabeza de «Sevilla», el picador, su entusiasmo le hace apreciar el parecido de un César del Ticiano.

Frente a Toledo, como buen romántico, lo que le interesa es precisar, bien o mal, la antigüedad de cuanto mira. La Edad Media ha sido ya muy explotada por Víctor Hugo. Los primeros años del Cristianismo le parecen decrepitos. ¿Por qué no acudir mejor a la toga de los Cónsules Romanos? No contento con esta certidumbre, se deja seducir por toda esa tradición etimológica que quiere descubrir en Toledo la deformación de una palabra hebrea: *Toledoth*, contemporánea acaso de la Biblia.

Por si fuera poco haberla alejado así, dentro del tiempo, Gautier, no descansa hasta no aislar también a la ciudad en el espacio, por medio de una doble muralla de peligrosos asaltantes—que su imaginación inventa—y que, sin embargo, se excusa de no haber podido conocer. Sólo después de la rápida visita que emprende, a través de calles y edificios, recuerda sus obligaciones de turista romántico y se improvisa una especie de melancolía desdeñosa, sobre la cual se apoya con indolencia, a lo Chateaubriand. «Acodado—dice—en la aber-

tura de una almena y mirando a vista de pájaro aquella ciudad donde nadie me conocía, donde mi nombre era perfectamente ignorado, caí en una profunda meditación». Pero, en seguida, se recobra de este ligero desfallecimiento. Nada más alejado de la frivolidad de un Gautier que el género melodioso y solitario de un Lamartine. Entonces agrega, de prisa, en una súbita desconfianza de la propia emoción que hace pensar en la sonrisa acre con que Stendhal se desprecia cuando se conduce de sí mismo:

Me sentía tan ausente de mí, transportado tan lejos de mi esfera, que todo aquello me parecía una alucinación, un sueño extraño del que me despertaría sobresaltado con el ruido agrio y saltarín de alguna música de vaudeville, en la barandilla de un palco.

---

En 1932, se llega a Toledo—como llegó Gautier—por la carretera de Madrid, pero la vieja diligencia romántica no gime ya en las cuestas ni se desboca en el declive de las pendientes: el automóvil la sustituye sin ventajas, demasiado ocupado el chofer por el deseo de dejar atrás, junto con las marcas de los coches rivales, los atractivos de la ruta.

En Illescas, se hace una pausa para admirar la reja de hierro forjada de la parroquia y el célebre San Ildefonso del Greco, que colocado allí, a medio camino entre Madrid y Toledo, es como una preparación al idioma y al goce íntegro de los Grecos que nos aguardan en el Museo de San Vicente, en Santo Tomé, en el tesoro de la Catedral y en la propia casa del pintor. La tela—de amplias proporciones—es una de las que mejor se prestan al conocimiento de sus virtudes. Ningún ritmo demasiado trágico la disloca. La luz—una delgada luz amarilla, de iglesia española en primavera—envuelve al Santo en la placidez de una meditación.

El movimiento de todo el cuadro, que principia en el terciopelo de la sobremesa, se acentúa en los pliegues del manto verde que protege los hombros y se detiene, como el oleaje de las iglesias medioevales, en las agujas de las torres, junto a la cabeza del varón místico, vuelta hacia una imagen de la Virgen. A pesar de su hermosura, el centro del cuadro no es, sin embargo, esta cabeza de silenciosa dignidad, sino la mano que sostiene la pluma, delgada mano izquierda en que la voluntad de una perspectiva ideal rompe toda regla de anatomía, reuniendo los dedos anular y medio en uno solo, ansioso de retener la caída de un pequeño libro de horas contagiado de ese deseo de evasión de que todo el cuadro y toda la obra del Greco se resienten.

De Illescas a Toledo, el camino parece arrepentirse de la facilidad con que nos transportó de Madrid hasta Illescas. Como una amistad que se vuelve remisa, se llena de curvas, de lazos. A uno y otro lado de la carretera comienza a ondular un cielo muy bajo, casi pintado de plata por la promesa de una ligerísima lluvia. De pronto, más bien proyectada por la velocidad de las cosas que descubierta por la curiosidad de los viajeros, tropezamos con la Puerta Nueva de Bisagra. Su arco, de proporciones egregias, sirve de cierre lujoso al libro de Toledo.

Ninguna ciudad verdaderamente admirable se entrega de una sola vez al turista y Toledo no podía ser una excepción a esta regla. La primera impresión no capta sino los ángulos más acentuados del conjunto, puntos extremos sobre los cuales el resto de las calles se apoya. A un lado de la Puerta de Bisagra, el hermoso hospital del Cardenal Tavera, en cuya capilla cuatro ángeles de alabastro sostienen, sobre una lápida de mármol, la estatua yacente del Cardenal, una de las obras más puras de Berruguete. Arriba, el alcázar de Carlos Quinto, con sus cuatro torres de piedra y el re-

cuerdo de las exaltadas exclamaciones del Conde de Benavente contra el Duque de Borbón en el romance del de Rivas. Y, en el centro del caserío visigótico, gótico, morisco y renacentista, donde la historia de seis culturas ha dejado sus ruinas, la torre esbelta de la Catedral, en cuyo interior más de nueve siglos de sincera devoción católica han ido hacinando, como fardos de yerba sin valor, los tesoros más ricos de la orfebrería y de la pintura.

Sobre esos tres o cuatro compases perceptibles de la silenciosa sonata general, el resto de la ciudad se teje con un angosto ir y venir de callejuelas accidentadas y de pendientes maliciosas, de plazas bruscas. En cada una de ellas, la lentitud de un paseo posterior hará nacer un portal, el vuelo de un arco puro, el fuste de una columna, la forma todavía no vista de un detalle de mérito. Por lo pronto, lo único que nos alcanza es el enigma total del conjunto, la atmósfera de Toledo.

¡Misterio de esas civilizaciones enemigas que el tiempo, gran conciliador, ha ido, poco a poco, fundiendo en una sola masa reseca! La acción uniformadora de los días, pasando por encima de los relieves de cada época, las ha desnudado a todas del carácter auténtico, agresivamente original, que tuvieron sin duda al nacer. Así se explica que el sentido artístico del visitante necesite separar, como otras tantas capas geológicas, los temas de cada siglo y de cada cultura, poniendo aparte la gruesa piedra gótica que el arquitecto morisco proyectó en el delgado chorro de sus arcadas o clasificando en su verdadero lugar—en su verdadera hora—el trozo de encaje cincelado que burla todavía, con la sonrisa de su leyenda pagana, la solidez católica del muro en que la prisa de los reconstructores la aprovechó.

Si hubiera, en Toledo, un barómetro preciso para señalar las variaciones de los siglos dentro de cuyo espectáculo la curiosidad del viajero se desarrolla ¿cómo lograríamos establecer una temperatura definida, un

clima estable a su alrededor? Por eso preferimos seguir un orden menos tímido que el orden cronológico que el Baedeker nos recomienda. Y así es como entregamos toda la congruencia de la Historia—que el menor de nuestros gestos podría comprometer—a la pequeña voluntad del chico equilibrista que, con una preciosa calle de Toledo en cada brazo, nos ofrece, por dos pesetas, el itinerario sin guía de la ciudad.

## II

### EL ESCORIAL

Busquemos ahora otro rincón en el mapa de España, otra fecha en la literatura de Francia. Dejemos a Gautier en Toledo y saludemos al Duque de Saint-Simon. Es el 2 de Diciembre de 1721. El Duque, viendo por fin colmadas sus viejas ambiciones de influencia política, acaba de salir de Madrid. Su objeto es el de informar a la Regencia del buen resultado obtenido, en sus gestiones ante la Corte española, para concertar el matrimonio de Luis XV con su prima, la hija del Rey Felipe V, de España.

El temperamento del Duque, admirable espectador de la historia, le representa sin duda con vivísimos colores todas las escenas de vanidad o de intriga que deben haber ocurrido en París durante su ausencia. ¡Qué delicioso hubiese sido poder anotarlas en el registro de sus Memorias! Por fortuna, la petulancia misma de su carácter autoritario—erizado de las más curiosas asperas heráldicas—le consuela de su ausencia, haciéndole sentir todo el orgullo de su situación diplomática. La inquietud del artista y la satisfacción del hombre se confunden así en el espíritu del narrador.

Madrid le ha dejado una dolorosa impresión de pobreza. Ante el recuerdo de los prolijos festivos con



que el Rey Sol gustaba de celebrar su propia magnificencia, el modesto ritmo burgués de los Borbones de España debe haberle inspirado cierta idea de decrepitud. ¿Cómo sustituir, en efecto, a los oros de las galerías del Louvre y a la barroca suntuosidad de las terrazas de Versalles la elegancia un poco tímida y el silencio color de rosa de Aranjuez?

La presencia sombría de los últimos Hapsburgos parecía durar aún en los pasillos y en las salas del Palacio en que Saint-Simon fué recibido con todos los honores que su dignidad de Embajador y Duque y Par de Francia le otorgan. A este ligero motivo de desencanto—tan natural para la inteligencia de quien haya estudiado la psicología del personaje—habría tal vez que añadir otra, más profunda. Por sus modales soberbios y la altivez de su misticismo nobiliario, Saint-Simon, era cún en la Corte de Luis XIV, monarca absoluto por excelencia, el último superviviente de esa gran familia de señores feudales «a la romana» que vemos desfilar todavía en los alejandrinos de Corneille. Ahora bien, los hombres de este linaje solemne habían entrado en desuso. En tiempos de Molière, un escritor de comedias los hubiese clasificado entre los «Facheux», es decir: pertenecían ya, por la evolución misma de las modas, a la historia antigua. Eran tan viejos como los *Horacios* o como el *Cid*.

Enviar a la Corte de España este brote postrero de la caballería francesa del siglo XV era una decisión del Regente, no exenta de ironía. La brusca actitud de defensa que ligó en seguida a los nobles castellanos contra él lo comprobó bien pronto. A nadie le gusta ver sus propios vicios exagerados en el espejo de los demás. ¿Y qué otra cosa hacía el Duque de Saint-Simon sino ofrecer, a los señores españoles que le recibieron, el espejo de una tradición desaparecida y, dentro de su concavidad un poco opaca, «l'engouement et la morgue castillane», pero entendidos por un francés?

Al regreso de Madrid, Saint-Simón se detiene en El Escorial. Tiene el deseo de descubrir algún fragmento de la vida o de las costumbres del Rey Felipe II. Acaso una narración de esa índole sería curiosa de incrustar, por contraste, en el mosaico paciente de sus Memorias.

---

El Escorial es uno de los esfuerzos de España que los franceses han divulgado mejor. Y, a veces, a pesar suyo. Oigamos, interrumpiéndola a ratos—cuando la fluidez excesiva del gran narrador nos canse—cómo la describió Saint-Simon:

Esa casa es un prodigio de construcciones de todo género y magnificencia, cuya riqueza enorme en cuadros, ornamentos, vasos de toda especie y pedrerías no trataré ahora de precisar. Bastará decir que un conocedor de todas estas diferentes bellezas podría dedicarse, durante tres meses, a examinarlas—y no las podría agotar. La forma de la parrilla reguló todo el ordenamiento de este suntuoso edificio, construído en honor de San Lorenzo y de la batalla de San Quintín.

La distancia de Madrid al Escorial se aproxima mucho a la que separa París de Fontainebleau. La región, muy plana, se vuelve desierta al acercarse al Escorial, que está situado en lo alto de un monte a cuya cima se llega imperceptiblemente. La iglesia, escalera principal y el claustro grande me sorprendieron. Admiré la elegancia de la Botica y el atractivo de los jardines que no consisten, sin embargo, sino en una larga y amplia terraza. El panteón me espantó por una especie de horror y de majestad. El altar mayor y la sacristía cansaron mis ojos con sus riquezas. La Biblioteca no me satisfizo y los bibliotecarios menos. En el santuario, junto al altar mayor, hay unas vidrieras que pertenecen al apartamiento en que vivió y murió Felipe II. Por esas ventanas, oía el Rey los oficios. Quise ver estas habitaciones, pero me negaron el permiso de visitarlas. Me dijeron que habían sido clausuradas después de la muerte de Felipe II y que nadie desde entonces había penetrado en ellas. Objeté que el Rey Felipe V las había visitado junto con su séquito, pero Louville—que las había visto en aquella ocasión—me dijo que, en total, no eran sino cinco o seis habitaciones oscuras y algunos otros hue-

cos, todo ello pequeño, de maderas carcomidas, sin alfombras ni muebles. No perdí, pues, gran cosa al no entrar.

Pasé tres días en El Escorial, magníficamente alojado, como mis compañeros, en apartamientos muy hermosos y grandes. El monje que mostró tan mal humor para con nosotros durante nuestra visita al Pudridero (1), no cambió de actitud sino al final del almuerzo que nos ofrecieron como despedida. Lo dejamos sin pena, pero no el Escorial que daría gusto y ocupación, por más de tres meses, a un conocedor verdaderamente curioso.

Como se ve, la actitud de Saint-Simon dista mucho de corresponder al gesto de horror con que algunos liberales franceses modernos se escudan ante el monasterio de San Lorenzo. Sí, acaso un poco de sorpresa frente a la amplitud o a la frialdad de sus muros; un poco de admiración frente a la perfección verdaderamente egipcia del Pudridero... Pero nada más. Hay que reconocer que las invectivas elocuentes de Hugo y todas las declamaciones antimonárquicas que la idea misma del Escorial había de despertar en el corazón de los románticos, dormían profundamente, en 1721, dentro del silencio de las doctrinas inexploradas.

---

Pero volvamos ahora a Gautier. A este viajero, le conocemos más de cerca. Nada de la soberbia jactanciosa del Duque de Saint-Simon en su fresca sonrisa de colegial en vacaciones. ¿Dónde hemos visto nosotros esta cara de ojillos sutiles, esta avidez de la boca y estos enormes rizos oscuros?... ¡Ah! sí, en el retrato de un Hernani de Delacroix.

El viaje a España—que fué para Saint-Simon un mero episodio de Corte, rodeado del mismo paisaje de casacas y de pelucas que lo adormeció, durante cua-

---

(1) Alude al disgusto que produjo a dicho sacerdote una observación en extremo impertinente [del Duque ante el sepulcro del príncipe D. Carlos.

renta años seguidos, en Versalles y en Marly—es en cambio, para Théophile Gautier, la realización de un gran sueño. Por eso, en vez de la frivolidad un poco irónica de las facciones en el semblante del Par de Francia, lo que apreciamos, en Gautier, al acercarnos al Escorial, es una timidez silenciosa, la silenciosa espera de una leyenda.

«No se tarda mucho en divisar—dice—recortándose en el fondo nebuloso de las montañas, El Escorial, ese Leviatán de la arquitectura. Y añade: De lejos, el efecto es muy bello. Parece un inmenso palacio oriental. La cúpula de piedra y las bolas que rematan todas las agujas contribuyen mucho a esta ilusión. Antes de llegar, se atraviesa un gran bosque de olivos. Atravesado el bosque, se desemboca en el pueblo y se encuentra uno frente al coloso, que pierde mucho visto de cerca, como todos los colosos de este mundo. La primera cosa que me chocó fué la enorme cantidad de golondrinas y vencejos que revoloteaban por el aire en bandadas innumerables, lanzando gritos agudos y estridentes. Los pobres pajarillos parecían asustados del silencio de muerte que reinaba en aquella Tebaida y se esforzaban en llevar a ella un poco de ruido y de animación....»

Parodiando la frase de Sainte-Beuve acerca de la célebre golondrina que apareció, allá por 1760, en las «Confesiones» de Juan Jacobo, podríamos decir aquí que esos «pobres pajarillos» de Gautier son los primeros que el Romanticismo posó, en un día venturoso, sobre la frente austera del Escorial.

Un siglo ha bastado, en efecto, desde el viaje de Saint-Simon, para modificar la estructura de una sensibilidad. Donde el Duque no atendió sino a los hechos precisos de una civilización—la forma y el acondicionamiento de la Biblioteca, la pequeñez de las habitaciones reales, la majestad de la Iglesia, la verdad histórica acerca de la muerte del Príncipe don Carlos—, el poeta no mira sino la ocasión de describir un paisaje. Donde el primero vió un desierto, el segundo nos pinta un bosque. Donde el historiador sonríe, el romántico ensaya un gesto de horror.

¿De dónde ha salido, pues, esta cosa nueva, blando y profundo escenario de nuestras emociones, que tan deliberadamente ignoraron los clásicos y que amenaza borrar, por completo, los placeres y las aventuras de la conversación? Un paisaje de entidades visibles ha venido a sustituir el contrato firmado en blanco con la naturaleza por la generación de los poetas abstractos del siglo XVII francés. Desconocido por la mayor parte de los hombres durante el reinado de Luis XIV, un principio nuevo está enseñando a los nietos de Scarron y a los hijos de La Bruyère a sentir esa cosa rara, dulce, áspera, silenciosa y viva que es nuestra intimidad.

De la confusión de la vida en los pequeños aposentos de los grandes palacios, se ha pasado insensiblemente a la libertad de la existencia en las casas de campo y en las quintas. Del amor en carroza, a lo Madame de Montespan, o del amor en sacristía, a lo Madame de Maintenon, se ha vuelto al falso idilio arcádico y al erotismo pastoral, a lo María Antonieta, El campo se ha puesto de moda. Y, con el campo, la melancolía. Una melancolía sensual, es cierto, y llena de pérfidas languideces, pero más compatible, en el fondo, con los misterios de la soledad que con los grandes horizontes vacíos de una tragedia de Corneille o las sutiles vibraciones psicológicas de una sentencia de La Rochefoucauld.

---

A partir de este viaje de Gautier, El Escorial deja de ser, para los turistas, la morada de un rey desaparecido. Se convierte en el fantasma de una monarquía, en la pirámide de un faraón católico, en la tumba orgullosa de una raza suicida. Sin conocerlo verdaderamente, Víctor Hugo lo describe, con horror, en la pesadilla de la «Leyenda de los Siglos». Hace soñar a Schiller y pone una frase de diabólica protesta en los labios de Childe-Harold. Así, durante todo el siglo, su

enorme esqueleto de roca viva sirve de tema fundamental y de leit-motiv constante a la vasta sinfonía del Romanticismo.

Debajo del símbolo de esta piedra metódica, un odio se oculta para el enigma de esa inmensa España burocrática que, en la esfera de las habitaciones de Felipe II, no vió jamás ponerse el Sol. Es imposible sintetizar este odio de una civilización absolutamente diversa en los límites de una palabra, como quisiera hacerlo Waldo Franck, o en la precisión de una frase, como lo ha intentado Ortega y Gasset. Decir; «la tumba», como escribe el primero, sería pecar por exceso de prisa. O por brevedad de visión. Estoy más de acuerdo, en este sentido, con Ortega cuando exclama: «¡tratado del esfuerzo puro!» Porque eso es, en suma, la voluntad lineal que organiza la geometría de la muerte en el triunfo silencioso del Escorial.

Pero, no obstante, me agrada todavía más la consideración de que el secreto del Monasterio resida en el Método. El método, en efecto, es la fuerza y el tamaño profundo de la vida de España durante la Contrarreforma. Método en Ignacio de Loyola. Método en Torquemada. Y, antes aun, método en el Cardenal Cisneros. Lo terrible de estos cerebros de pura imaginación con que los españoles y muchos de los hispanoamericanos pensamos, se advierte sobre todo en el instante en que una regla de conducta, estética o moral, nos obliga a decapitar nuestra fantasía. ¿De qué crueldades no seríamos capaces en tales momentos?

El auto de fe y el Escorial corresponden a un mismo principio de conciencia. Es más. Si no temiéramos inquietar inútilmente a algunos lectores, añadiríamos tal vez: a un mismo principio de pureza de conciencia. Como el ascetismo de ciertos personajes de Dostoiewsky o como la poesía de algunos fragmentos de Valéry—contrastes últimos—ambos suponen, en su cristalización más perfecta, el triunfo humano de lo inhumano.

---

(Especial para Atenea).

Alberto Guillen

## LAMENTACION ANTE LA MOMIA DE PIZARRO

A DOMINGO MELFI.

*Tengo que devolverte la visita, caballero, porquero,  
[capitán.*

*Germinaste en el vientre de una criada de convento  
y llegaste a ser amo del Perú.*

*Los yanquis te habrían consagrado un self made man.  
Los keswas, en su lengua dulce, te llamaban «el capitán  
[anciano de la barba».*

*Nos duele tu felonía en Cajamarca, don Francisco.  
3,000 confiados indios arcabuceados y el único hispano  
[herido Tú!  
La espada de un soldado tuyo te castigó la inicua mano.*

*Nos está doliendo Cajamarca, como a ti te dolía  
Dios en la uña de Atahualpa.  
Y qué miserable nos parece aquel tesoro: «Oro  
en estos tres salones, hasta donde alcance mi mano»  
con que compró su muerte el Inca zonzo.*

*Sólo se ennobleció tu vida con tu muerte, Marqués.  
(En la misma vara en que mediste te midieron.  
—A la guarida del león vinisteis— dijiste bellamente.  
y machucaron tu cabeza con un cacharro inca.*

Sólo dieron su vida por ti dos pajecillos  
que se portaron mas hombres que tu Alcalde palangana  
[y gallina.  
Y te enterraron entre gallos y media noche, con cuatro  
[lágrimas  
y cuatro velas, tus sirvientes.

Quizá aquel beso a la cruz que hiciste con tu sangre  
fué el único beso de tu vida condotiera.

Y yo quería verte. Y fuí a la Iglesia Catedral de Lima,  
pobre, querido, noble, valeroso y felón capitán.  
Allí Leguía te ha hecho construir una vitrina;  
Leguía, ese otro halcón que estuvo con nosotros en la Isla  
[del Gallo.

Y fuí por ti, Marqués. Ya no tenías gorguera,  
ya no tenías empaque, ni barragana india ni armadura.  
Tu mayordomo de tumba es un mulato.  
Enciende un fósforo y nos dice:—Aquí le dieron la esto-  
[cada,  
y por aquí murió.  
Y nos muestra un hueco donde tenías en otro tiempo el  
[corazón.

—Y lo amarraron de las piernas, sigue,  
en la botella están las vísceras y en el tubito los papeles.  
Tu marquesado, señor don Francisco, tus pergaminos  
[Caballero de Santiago,  
todas las alas de los sueños que soñaste, niño porquero.

Estás tendido allí, solito, capitán del tumulto;  
seco, agujereado. La muerte te ha afeitado las barbas;  
la muerte te ha encogido, a ti que no cabías en España  
[ni en América!  
Y te ha metido en una urna como un Cristo en salmuera.



Un león de bronce es lo único heroico. Pero se muere  
 [de bostezo!  
 y dos mujeres, de frío bronce también,  
 lloran tu miseria presente, capitán. Una abraza  
 una espada y la otra se limpia las legañas.

Te han rellenado la cabeza de algodones,  
 capitán de los sueños inmensos y de los galeones,  
 y han puesto algodón en el sexo y donde tenías corazón.

Estás tan feo, tan sin arrogancia, tan chiquito,  
 que Carmencita, la hija de mi amigo Ureta, dice:—Uf,  
 [qué asco!

Qué asco, sí, de la gloria y de la espada  
 que ensuciaste en la sangre de Almagro y en la fe de  
 [Atahualpa.

Qué asco de todo ese tumulto de caballeros salteadores  
 y de haraganes frailes asesinos.

Qué asco, sí! De tu epopeya bufa, ávida, sangrienta  
 sólo nos queda el limpio fulgor de tu espada ante los 13,  
 y el desparpajo alegre del truhán  
 que se jugó a los dados el sol tahuantisuyo esa mañana.  
 Nada más, Caballero. Ah, si: tu beso a Don Quijote ese  
 [otro tarambana.

—Que tenga usted un buen día, patroncito,  
 me ha dicho este mulato monedero de tu momia.  
 Yo no lo miro, no lo escucho, soy tu momia.  
 Y salgo mudo, como en mortaja, tengo vergüenza de tu  
 [gloria.  
 Y no le doy al mulato limeño una propina.

Arturo Farinelli

## GUILLERMO DE HUMBOLDT Y EL PAIS VASCO (1)

**A**L llegar aquí, y al hablar entre mis amigos del país vasco, pienso con emoción en el período de mi vida—¡cuántos años han pasado ya!—en el cual la gran figura de Humboldt dominaba y avasallaba mi espíritu, y se ponía en el centro de mis estudios. Iba yo mismo de tierra en tierra para ensanchar el horizonte de mis conocimientos y hacerme discípulo de la humanidad verdadera; trazaba yo, aun faltándome ciencia y experiencia, un cuadro de las relaciones espirituales de los pueblos; buscaba entre las disparidades de las lenguas y costumbres una unidad orgánica, tal vez imaginaria; vivía, soñaba, esbozaba mis primeras obras; y vagabundeando sin cansancio, cayendo aquí, levantándome allá, veía a mi lado la sombra del sabio de los sabios, espantado de mi pequeñez y de lo poco que alcanzaba mi limitada visión del mundo, tan lejana de la visión llena y completa de Humboldt.

Asombrábame esta entereza de carácter y de vida, la mirada tan clara y profunda, esta universalidad de conocimientos y do-

---

(1) Reproducimos para nuestros lectores y estudiosos uno de los más interesantes ensayos del gran hispanista Farinelli, poco conocido acaso entre nosotros. De él ha escrito Ménéndez Pidal. «Si buscamos el íntimo lazo de unidad que informa y embellece los variadísimos trabajos de este maestro, señalaríamos acaso la exaltación de la individualidad del artista, tan fervientemente sentida que ante ella se inclina reverente el pensamiento del autor. Arturo Farinelli es ciudadano de todos los países: y no lo es ciertamente, por no serlo de ninguno, indiferente para todos, sino al contrario lo es con el título más noble que para cada país puede ostentar: el de la compenetración entrañable con el pasado y el presente de cada uno de ellos».

El, conocedor de las grandes literaturas occidentales, nos da en este ensayo sobre Humboldt y el país vasco, una admirable interpretación del gran viajero artista y de sus estudios sobre la tierra y las costumbres vascas.

minio seguro de un cosmos, esta fe en un desarrollo progresivo de la humanidad, el rayo de luz de su espíritu que alumbraba la historia, viviente al calor de sus investigaciones, la armonía soberana de todas sus facultades, que sorprendía al mismo Goethe, su exploración tan profunda de lo más íntimo de la civilización y de la vida de los pueblos, la calma del sabio salido de todos los laberintos de la duda, reclinado en sí mismo a pesar de la exploración tan constante y fecunda de su gran mundo, suavizando cada aspereza, con su temple tan dulce y la apacible melancolía del hombre elevado sobre el gran mar de las vanidades y dispuesto a la contemplación de lo eterno; este levantarse natural, instintivo de lo particular, a lo general, de la realidad al símbolo, de lo finito a lo infinito; la virtud del gran psicólogo, que no desdén los detalles de la vida, al parecer más insignificantes para su estudio del alma y de la cultura y de las características que iba trazando, siempre buscando las analogías entre las fuerzas de la naturaleza y las del hombre, la fisonomía moral de un país, y la de sus habitantes para crear una especie de cosmogonía, que nos pasma por su extensión y unidad, acostumbrados como estamos al fraccionamiento inevitable de nuestra ciencia.

No estaba aún Humboldt en la madurez de su ingenio, y no se había revelado todavía su vocación de lingüista y etnógrafo, cuando llegó aquí por primera vez, al privilegiado país vasco. Viajaba así, por simple curiosidad, para ver más tierra y más mundo y conocer más gente y más costumbres. Ni un plan de estudio se había fijado en su mente; la flexibilidad y movilidad eran su naturaleza. Le precede su hermano Alejandro en su peregrinación hispánica; sigue sus huellas, observador atento y profundo, y genial «dilettante» de cada manifestación cultural; ve, apunta, describe; todo le sirve para su educación progresiva. Y desde luego nos sorprende la parte predominante que en su íntima vida, a la sazón de su desarrollo decisivo, toma el país vasco, que atraviesa como turista, y luego como investigador atento y concienzudo. Hondamente se graban en su alma las primeras impresiones recibidas; no hay rincón de tierra que más le interese y más le atraiga que esta costa aislada del resto de España, dulcemente estrechada y protegida por sus montes, gozando de sus fueros antiguos y de sus privilegios; no hay problema que más le preocupe y más le absorba que esta lengua, que aquí se hablaba, pura aun, al parecer, y no alterada, hija del vasco antiguo, única y preciosa reliquia del ibérico desaparecido, extendido por varias provincias, y dominante en los tiempos de nuestra historia primitiva. De aquí han salido los rayos de luz más encendidos para otros centros más dilatados de investigación y de vida.

Aquí, verdaderamente, la originalidad del genio de Humboldt empieza a manifestarse; aquí se consolida y fortalece su prodigiosa actividad; en el país vasco, halló Humboldt, por un decreto de la Providencia, la misión a que estaba destinado, y el primer hogar productivo de su estudio.

Como olas que traen detrás de sí otras olas que se dilatan por el mar infinito, la primera y rápida visión de esta tierra, despierta y mueve la visión de un mundo entero, un universo sin límites, que nunca se acaba de explorar. En esta nueva vida del espíritu tenía su parte el corazón; la llama interior es la que más alumbra el campo de nuestras investigaciones; de la intimidad de su ser salía este amor particular para esta tierra tan lejana de su patria; nada le dejaba indiferente aquí; a todo se aficiona: el paisaje, la cultura, el idioma, la raza, el pasado de este pueblo, su porvenir, todo tiene interés para él, y todo es argumento de meditación y de estudio.

Al acabar el verano de 1799, yendo desde Bayona a Madrid, atraviesa el país vasco, como lo atravesaba la mayoría de los viajeros, en su parte menos característica; y luego le sorprende la singularidad de esta tierra; y cuando caen las brumas del otoño, hace, en una larga carta a Goethe, su primera descripción, que no desmiente las pinturas más vivas y más acertadas, de los cuadros que trazará posteriormente. Pocos rasgos, que ya concentran su juicio: observaciones rápidas, ya fijadas como directivas de un estudio psicológico, que nadie hasta entonces había emprendido. No hay otro pueblo, decía al poeta del primer «Faust», que tenga un carácter tan profundamente nacional como el pueblo vasco, ninguno que haya conservado su fisonomía, original con relieve, tan puro y tan marcado. Por su serenidad, por la ligereza y agilidad de su presencia, en seguida reconocéis al vasco. Y notaréis aquí la falta de astucia y de grosera especulación, el más dichoso acorde de un fino espíritu y de un sentimiento justo y recto, cierta jovialidad natural, un atrevimiento que no es animosidad ni fuerza extremada, energía, sin tumulto de pasión; una cara alegre en hombres y mujeres, con rasgos finos y expresivos.

\* \* \*

Nunca pudo desaparecer esta simpatía tan profunda. Y, sin embargo, se necesitaban otros viajes para profundizar el juicio. Fué un vuelo rápido, la primera visita de Humboldt al país vasco, hecha con su mujer Carolina, sus dos hijos, y el pintor Gropius; al salir de España, volviendo a París, en Abril de 1800,

algo nuevo se había despertado en la conciencia del sabio; el reconocimiento de su inclinación natural al estudio de las lenguas, fundado en el estudio del carácter y del alma de los pueblos, y la determinación de seguir desde entonces ese impulso interior, concentrando sus fuerzas, enderezándolas a un fin, sin vacilaciones. Le servirá el vascuence como fundamento de sus estudios. El faro de la nueva luz deseada surgirá de aquí. Necesariamente debía investigarse el vascuence para llegar a las primeras fuentes de las lenguas de Europa. Escaseaban los conocimientos; nadie se atrevía aún a interrogar a la esfinge de las lenguas primitivas; faltaban libros, documentos. Debía escucharse el vasco hablado por los indígenas. ¡Ojalá se presentara una ocasión para hacer otro viaje a este hogar bendito de la prehistoria y etnografía, beber en las fuentes vivas del idioma, mezclarse con el pueblo de su predilección, respirar con él el mismo aire! Se le ocurre a un amigo, Guillermo Bokelmann salir hacia España, en Abril de 1801; y Humboldt sale con él, despidiéndose improvisadamente de los suyos, huyendo adonde más le impulsa su deseo; y realiza su peregrinación científica definitiva entre los vascos. Pocos meses de labor intensa, llevado de costa en costa, de aldea en aldea con la más amorosa participación en cada fenómeno de vida, enlazándolo todo: lengua, historia, costumbres, naturaleza, en su visión perspicaz y entera, siguiendo en sus paseos un plan determinado, buscando por doquiera los tan suspirados vestigios de la antigua historia y civilización ibérica, las tradiciones remotas, los cantos populares, las expresiones más vivas y duraderas de la nacionalidad de los vascos.

Lo que por su campo limitado de investigación hace hoy día el filólogo más concienzudo, yendo de pueblo en pueblo para oír la voz viva, que luego anota y examina y persigue en sus variaciones, ya lo hacía hace más de un siglo ese gran padre de la lingüística moderna, viajando como se viajaba entonces, algo patriarcalmente, desafiando todas las incomodidades, avanzando en aquella especie de cajón gótico, que llamaban coche de colleras, observando más a menudo y más despacio lo que febrilmente y con la fuga tan rápida de nuestros vagones observamos nosotros; y siempre fijándose en todo, curioso de todo, jamás cansado de ver y descubrir, llevando al estudio de la lengua el estudio y la exploración de un cosmos entero. Esta unión espiritual en el gran conjunto de las manifestaciones de la vida nunca se le aparta de su mente, y es como llama vital de todos sus ensayos y estudios.

Pensaba aprovecharse del tesoro de sus observaciones para un libro extenso de viaje como guía y auxilio al estudio extenso de la

lengua de los vascos; también hubiera añadido la parte relativa a la España del centro y del mediodía esbozada en un diario particular, al cual su mujer inteligentísima añadía sus apuntes sobre la pintura y el arte. Una obra muy vasta, la descripción viviente de la individualidad verdadera de una nación, de la cual un solo fragmento, el relativo al Montserrat, en Cataluña, llegó a acabarse. No se realizó, por desdicha; mil otros intereses, otras peregrinaciones, las cargas tan pesadas que hubo de aceptar, debían distraer al gran sabio, y así hubo de naufragar su plan primitivo; quedamos con pocas reliquias de sus observaciones y pensamientos: el ensayo o esbozo sobre el país vasco; los trabajos lingüísticos, las correcciones y adiciones al Mitridate de Adelung sobre la lengua vascongada; el examen de las investigaciones que por medio del idioma vascongado se hicieron sobre los primitivos moradores de España, precioso libro no salido hasta 1821, y del cual podemos celebrar hoy el glorioso centenario.

Sobre estos estudios y sobre las cartas de Humboldt, a sus amigos, de Alemania, a Wolf, Jacobi, Goethe, Schiller, Lotte Schiller, Schalabrendorf, Schweighäuser, fúndase mi estudio juvenil: «*Guillaume de Humboldt et l'Espagne*» con sus capítulos dedicados al país vasco, que algunos de mis amigos de aquí tal vez recuerdan y que llenaba un período de mi vida y expresaba mi ideal de entonces, dando forma a los sueños y devaneos de mi pobre imaginación. En época más reciente se ha añadido el «Diario del Viaje en el País Vasco» que yo había buscado en vano, y que Lietzmann publica en un tomo de las obras completas de Humboldt, fiel espejo de la peregrinación realizada, no de tan gran novedad como yo pensaba, puesto que la mayor parte de estas notas se transfundieron, con elaboración meditada en el ensayo de «*Die Vasken*» que el autor mismo dió a luz.

A la visión directa del país que se estudia en su vida íntima no pueden substituírse los libros y las informaciones ajenas por abundantes y exactas que aparezcan. Claro está que sin proveerse de estudios y guías, y sin examinar las obras de otros sabios, las relaciones de otros viajeros, no hubiera movido tan seguro sus pasos Humboldt en la tierra de los vascos. Y nunca tomaba sus apuntes al azar ni con descuido, no sin atenta ponderación. Así como conocía la «*Geografía de Vizcaya*» de José Joaquín de Landazuri, hubo también de consultar con frecuencia la «*Noticia utriusque Vasconiae*» de Oihenart, y de seguro la colección de proverbios del mismo Oihenart, que publicó más tarde Francisque Michel; otras colecciones y crónicas, las «*Investigaciones históricas de las antigüedades de Navarra*» de Moret; ciertas Memorias sobre la guerra entre Francia y España, un ensayo

de la Nobleza de los Vascos, los viajes de Fischer, de Bourboing, de Dillon, y libros antiguos como el *Guero* de Axular, y los que debía a la amabilidad de sus amigos del País Vasco.

En estos amigos hallaba el sabio como una resonancia de su propio interior, el trato más afable, la participación más íntima en las investigaciones; hombres humildes, curas de almas en gran parte, trabajadores incansables, patriotas ardientes, que vivían en las entrañas mismas de su país adorado. ¿Cómo no recordarlos dignamente hoy, inseparables como están del estudio de reconstrucción y vivificación llevado a cabo por Humboldt mismo? Indudablemente las ideas de Humboldt sobre la difusión y el origen del vascuence y el estado de la antigua cultura eran ya ventiladas por esclarecidos ingenios de esta tierra antes que llegara el sabio genial, y ya se habían llenado arsenales de noticias, coleccionado infinitas memorias; recogido un número de reliquias y documentos; y estaban en boga aquí las investigaciones etimológicas favorecidas por Humboldt. Faltaba una mente superior capaz de organizar y ordenar haciendo converger todo a un gran centro de luz; y sobrevino en buena hora este gran maestro del individualismo moderno y creador de la lingüística verdadera. ¡Cuántas veces vuela el recuerdo de Humboldt a su primer guía y cicerone, Lorenzo de Prestamero, presbítero de Vitoria, tan aficionado al estudio de las antigüedades de su patria, paciente y perseverantísimo coleccionador de inscripciones antiguas y modernas, cuyos volúmenes vió Humboldt! ¡cómo debió servirse de sus etimologías no siempre fantásticas, y de su «Diccionario histórico y geográfico»! No había rincón o piedra de Alava que no conociera este sabio. En Marquina hubo de encontrarse Humboldt con Juan Antonio Moguel y Urquiza, gran trabajador: «uno de los lingüistas más doctos de Vizcaya» le llama Humboldt; que sepultó sus investigaciones más asiduas en no sé cuantos tomos en folio que las Academias conservan; aquí en Bilbao se imprimieron tan sólo, hace más de medio siglo, las «Cartas y disertaciones sobre la lengua vascongada» contemporáneas puede decirse del segundo viaje de Humboldt; y tal vez se encuentren también aquí los antiguos cantos nacionales vascos, coleccionados y estudiados por Moguel, y generosamente ofrecidos al sabio alemán para sus estudios. En Marquina también fué hospedado Humboldt por don Pedro Valentín de Mudartegui; y en su casa pudo examinar los cuadernos de la antigua «Crónica» escrita por Juan Iñiguez de Iburgüen, actualmente discutida por mi excelente amigo don Julio de Urquijo. Nunca debió olvidar Humboldt los paseos en los alrededores de Durango con el autor de la célebre «Apología de la lengua vas-

congada» don Pedro Astarloa. Aún muy adelantado el siglo XIX, según me comunicaba Wentworth Webster, tan amigo de vosotros, la memoria de las relaciones entre Astarloa y Humboldt era muy viva en esta tierra. Al salir Humboldt de aquí, el sabio de Durango acababa su «Diccionario del idioma» y el «Diccionario de apellidos y arte extensa». De su obra manuscrita «Plan de lengua», o Gramática Vascongada». Humboldt tomó largos extractos. Sólo en parte se han publicado aquí en Bilbao hace unos 30 años los «Discursos filosóficos sobre la lengua primitiva». No eran tan cordiales las relaciones con Erro, el autor del «Alfabeto de la lengua primitiva», a quien pasaron los manuscritos de Astarloa después de su muerte.

Otros sabios ilustres y humildes ciudadanos vascos, a quienes Humboldt había conocido, tienen menos importancia en su vida. En una carta al médico Ducos en St. Jean de Luz, Humboldt recuerda a Larralde y a sus hijas, al padre Laquero, al célebre cantante Garat. En Alava se encuentra con el Marqués de Monte Hermoso. Visita en su solar de Zarauz a don Fausto Corral; hállase en Guetaria con el Alcalde, quien le confía un índice de Hijos ilustres, de su país. El administrador del conde de Peñaflorida, don Manuel de Vicuña, figura algo grotesca, le cuenta una larga historia de sus tragedias. Visita en Itxatzu al cura Harambillet, ya cargado de años, que con su criada entonaba con pasión las antiguas canciones, vascas, sagradas y profanas, que iba recogiendo.

Buscando aquí con el empeño y ardor que revela la nueva Sociedad, no dudo que se descubrirán cartas escritas por Humboldt a sus amigos del país vasco, cartas que han escapado a mis investigaciones; y tendremos así más luz sobre la colaboración, tan inteligente, tan activa y perseverante, que los vascos que adoraban a su país prestaron a la obra de Humboldt que hoy celebramos.

\*  
\* \*

No es de extrañar el interés que Humboldt tenía por la naturaleza, el paisaje, el clima y la vegetación del país que estudiaba en su manifestación de vida más íntima; el lenguaje. Algo de las ideas y de las teorías de Herder, sobre la influencia del clima, sobre el carácter de los habitantes y el desarrollo de la raza, había pasado a Humboldt, salido él también, como los clásicos de su patria, del cenáculo de los románticos. Todo influye, todo se estrecha, y enlaza en la vida del hombre. Hay como una armonía secreta entre la naturaleza y nuestra vida interior. A la fisonomía



particular de un pueblo corresponde un aspecto particular del suelo donde creció; y es así como las fuerzas físicas, si bien nunca predominantes, influyen con las fuerzas morales en el desarrollo de una nación.

Viajaba Humboldt con su plan científico determinado, pero gozaba íntimamente de la naturaleza; el historiador y el filósofo armonizan con el estético y el hombre de sentimiento fino y tierno; se abandona a cada fiesta de luz y de color; característico era para él el paisaje como característica era la lengua. Un espectáculo sencillo alcanza para el historiador del alma una significación profunda; lo particular se levanta a la esfera de lo universal. La movilidad perpetua del alma la veía Humboldt reflejada en la agitación perpetua del mar; olas del mar y olas de la vida; la montaña que levanta su masa enorme es símbolo de inercia, de lo rígido e inmutable. Entre montaña y mar desarróllase la vida perenne del organismo, la vida que persiste y florece aún en medio de la devastación y de las ruinas. La aspejeza de los altos Pirineos desaparecía al llegar al país vasco, y la imagen nueva de la naturaleza era para Humboldt la imagen viviente de su predilecto pueblo vasco. Hermosura y grandeza templada de un país que pierde su aspecto salvaje y violento, para extenderse en playas, y costas y valles y montes, en oportuna y suave alternación. Ninguna austeridad que oprima; desaparece la tristeza y gravedad, en el variar continuo del paisaje y la lozanía y frescura de una tierra alegre, llena de encantos que Dios bendijo. Y así como esta tierra, en contraste con la gravedad fría del Norte de Europa, es también el carácter y el aspecto de sus moradores, fuertes, pero suavizados en el trato, con algo de la vivacidad y alegría que comúnmente encontramos en los meridionales. La amenidad y fertilidad de una tierra cultivada con amor y gran cuidado por doquiera, habían sorprendido desde luego a Humboldt, que encontraba aquí como una imagen más dulce del paisaje suizo que había contemplado diez años atrás; y como predomina el aspecto montañoso aun siendo fértil, delicioso y lleno de verdor, el país vasco se distingue de la tierra de Valencia y de Holanda, y tiene su carácter particular que nunca se pierde.

A veces la emoción del viajero al contemplar tanta hermosura de paisaje, los milagros de la naturaleza, llega hasta el entusiasmo; admira y del corazón se le exhala la palabra «divino». Una divina vista del mar le sorprende en los románticos parajes de Ondárroa; divino es el valle cerca de Marquina; divino llama un paseo cerca de Somorrostro, detrás de Olabeaga. Y siempre para el placer de la vista en este país privilegiado, montañas y

valles dulcemente se alternan. Son raras las peñas mudas y áridas; la naturaleza aquí aborrece a los esqueletos, y siempre se viste de verdor, siempre refleja la sonrisa del cielo, siempre anima a sus habitantes para que cultiven la tierra de sus padres y fertilicen cada rincón abandonado, y surquen con aguas corrientes los campos y prados. En Azpeitia, Azcoitia, Oñate y Mondragón, más que en otras regiones halla Humboldt adelantada la agricultura. Arroyos y torrentes, llanuras y florestas, el roble blanco de Ametza, el roble secular de Guénica, las villas, las alegres casas de campo, todo le encanta. Describe las casas solariegas, el Munibe de Peñaflorida, como la «abelechea» particular a los Vascos, las ermitas solitarias y las villas bulliciosas.

Aquí en Bilbao, Humboldt hallaba una población más desagradable y menos literatura que en Vitoria; pasea deleitándose por la Altamira, y contempla la villa que reposa ceñida de su corona de montañas y colinas, y la fértil y verde llanura que delante se extiende. Son rápidas, apenas esbozadas las descripciones de las poblaciones de importancia, que, sin embargo, no le ofrecían el encanto y el sosiego de los centros pequeños y de las aldeas. Su alma abierta a un mundo tan vasto, era en el fondo idílica, y más gozaba, más se alegraba con los espectáculos íntimos y serenos, que con lo grandioso, majestuoso y soberbio. Además donde no llegaba el tumulto de los hombres, no se ofendía, y perjudicaba la naturaleza, y la vida corría más espontánea y libre; no se alteraban las costumbres; no llegaban los extranjeros; la fisonomía nacional quedaba en su pureza y limpieza, y conservaba la lengua con su fuerza y vigor, su originalidad primitiva. Puede concentrarse el espíritu aquí; óyese más fuerte y cercana la voz divina. Humboldt halla aquí también su Montserrat ideal, las alturas solitarias donde el alma, aislándose se fortalece; sube a la ermita en la isla de S. Antón, visita a los Carmelitas cerca de Somorrostro, y a San Sebastián, ve hundirse el sol, luchando con las nubes, en la melancólica soledad de Ispaster. En general son los aspectos románticos e idílicos los que más le atraen; y los que con preferencia describe; así, siempre con íntima emoción, vemos recordadas en las rápidas páginas de su diario, las hermosas playas de Ibaizábal con sus pintorescas colinas, el valle de Orio y los bosques que le rodean, la amenísima y romántica región desde Zarauz, hasta Guetaria, Ondárroa, Guénica, la costa deliciosa de Bermeo a Mundaca. Donde sonrío la naturaleza, el corazón se ensancha. Villas, solares y campos, todo respira el bienestar y la fertilidad, todo indica una vida robusta, corriente, con la clemencia y los favores del cielo, siempre varia, siempre activa, en contraste singular con

la monotonía de la naturaleza y la pereza de los habitantes en otras regiones de España que Humboldt había visitado.

\*  
\* \*

Como cultivan su tierra, con tierno amor, cultivan también los vascos su lengua, celosos por extremo de su antigüedad como de su pureza y hermosura. Con su fervor de investigación, con la persuasión de que nunca se logra profundizar el estudio de una lengua, si no la oímos de los labios de los indígenas, convencido también de que en la lengua se imprime la individualidad del hombre, de que la lengua, reflejo espiritual de la vida de una nación, órgano de la vida interior, alma verdadera de un pueblo, nos lleva a lo más profundo y oculto de la humanidad. Humboldt llega entre los vascos. Es indudable que hablaba el vascuence aquí en esta tierra, y que en poco tiempo, desde los primeros ensayos en París con el auxilio de un pequeño diccionario vasco-español que se había compuesto él mismo a semejanza del diccionario de Larramendi, y sus primeras lecturas de libros vascos, había adelantado singularmente. Maravillábase de la sencillez y del laconismo del vascuence, como de su originalidad, devida a su fuerza de aglutinación. Todo el vigor de un pueblo lo encontraba en esta lengua; y, sin duda, si hubiese salido el vascuence del dominio del pueblo hubiera perdido su energía, y riqueza; para preservarle de alteraciones lastimosas convenía perfectamente el carácter de los vascos, hombres de más sano entendimiento que de cultura científica, de un sentimiento vivo y ferviente y faltos de refinada sentimentalidad.

Cierto que poco se preocupaba Humboldt de averiguar dónde más puro y mejor se hablaba el vasco, si en Marquina o en Durango, en Guipúzcoa o en Vizcaya, y seguía su peregrinación científica escuchando y meditando el idioma viviente y enlazando otros estudios sobre el país y la nación, las poblaciones de la España antigua, las huellas que los Iberos en largos siglos de vida debían haber dejado en la Península. Cuanto más se ensanchaba su campo de estudio, tanto más arduos se hacían los problemas que debían resolverse, por ser tanta la escasez de noticias sobre la religión primitiva de los vascos y sus más antiguas costumbres. Una descripción muy detenida de los vascos, como resultaba de su viaje, tan corto y limitado por desdicha, como la prometía Humboldt a Federico Schlegel, aun en 1812, en un escrito que ya contiene las ideas fundamentales de aquel sabio sobre la ciencia del lenguaje, genialmente desarrolladas en seguida en el gran prefacio sobre la lengua de «Kavi» hubiera resuelto

tal vez la duda de si los vascos formaban en su origen un pueblo aparte o si vivían asociados a una tribu más extendida. Necesariamente había que adelantar, entre espinas, con prudencia infinita, y las dudas y preguntas se hacían cada vez más terribles y formidables.

¿Quiénes, eran, pues, los habitantes primitivos de España? ¿Dónde habían llegado? ¿En qué conexión están con las poblaciones originarias de Francia y de Italia? El problema céltico, nunca resuelto, complicaba además el gran problema ibérico; y se iban descubriendo, con escaso provecho, las analogías del vascuence con el griego, el etrusco, el gaélico y el kímrico el hebraico, el húngaro, las lenguas de Africa. Entre oscilaciones y dudas, después de su viaje de exploración por esta tierra, en su estancia en Roma, donde la lingüística cedía a veces el encanto de la lectura de Homero y de Demóstenes, aprovechándose cuando podía de los estudios de sus compañeros y amigos vascófilos, como de la «Apología» de Astarloa, siguiendo durante años y años su método fundamental, después de las «Correcciones y Adiciones» al «Mithridates» acaba y publica finalmente la famosa «Prufung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelt der Vaskischen Sprache», cuyo centenario de vida celebramos hoy en el corazón de la «Sociedad de Estudios Vascos» con mi modesto recuerdo a su genial autor.

El hilo conductor a la etnografía de España y del Sudoeste de Europa veíale Humboldt en la nomenclatura geográfica de los Pirineos, que ofrecía un mismo fondo ibero-euskaro. Y toda la atrevida teoría ibérica humboltiana—que ya, como advertimos, tiene sus precedentes en ideas análogas expuestas por eminentes sabios del País Vasco—se deriva del análisis paciente de los nombres de las montañas, de las peñas, de los ríos, de los valles, de las aldeas, de las familias, y presupone una conservación pura e intacta de la lengua vasca a través de los siglos, la invariabilidad de las raíces de muchos antiguos nombres de lugar y de personas. Esa conservación milagrosa, como lo infalible del estudio y del método etimológico apenas nos convencen; hay algo y mucho de fantástico en esta adivinación de una prehistoria tan complicada y obscurísima; y se comprenden los ataques de Vinson y de otros adversarios. Pero la segura fe del genial lingüista nos conmueve. ¡Con qué empeño y ardor seguía, ya en sus notas de viaje, las supuestas emotilogías de los nombres de montaña, como Adarra, Aldaz, Anduz, Arno, Izarraiz, Asterrica! ¡Cómo apunta escrupulosamente en Guetaria y en otros lugares las inscripciones, que luego, con igual sentido estudiará e interpretará Hübner!

Como siempre el estudio minucioso de los detalles lleva a Humboldt, de grado en grado, a consideraciones generales. Un país llega a ser símbolo del universo. Así se debía admitir Humboldt una extensión desmesurada de los Iberos antiguos fuera de España. El vasco debía extenderse en toda la Galia de Aquitania, tal vez al mediodía de la Galia también, y a las tres islas del Mediterráneo, Cerdeña, Córcega, y Sicilia, y hasta a una parte de la península itálica. Debía ser el vasco la lengua de la Iberia antigua. Resultaba ser el vasco, por lo tanto, la más antigua de las lenguas de Europa, y el pueblo vasco el representante lingüístico, más antiguo de las poblaciones primitivas, de la Iberia precéltica, anterior a las primeras inmigraciones de los arios.

Teoría expuesta con atrevimiento genial, que imprime, sin duda, un adelanto a la ciencia, sin resolver los problemas planteados, Pero no sé si en el campo de nuestros estudios ibéricos, después de tan trabajoso estudio del organismo interior de la lengua, como lo ha practicado Schuchardt, en un sinnúmero de ensayos, hemos variado sensiblemente el resultado de las investigaciones de Humboldt, las ideas fundamentales de Humboldt, acerca del iberismo, son al fin y al cabo, las ideas corrientes entre los lingüistas de nuestra fecunda edad; y pasarán siglos, tal vez, sin que el problema ibérico llegue a su solución definitiva.

No pierde por eso su importancia el hecho de haber escogido Humboldt el vasco como su primer campo de profunda investigación, el vasco al que alaba como una de las lenguas de más perfecta formación, sorprendente por su vigor, la estructura de sus palabras, la brevedad y la osadía de la expresión. De ese primer ensayo se han derivado los estudios de Humboldt más extensos y profundos sobre la lingüística comparada y la filosofía de las lenguas. De este primer centro de actividad irradió una luz serena y fuerte en las profundidades más escondidas de la ciencia humana; preludia con la «Prüfung» de la lengua vascongada la ascensión espiritual progresiva del sabio que se acabará con el estudio de las lenguas oceánicas y las genialísimas investigaciones sobre el «Kavi». La ciencia de la lengua llega a ser la historia filosófica de la humanidad. Y comprendemos así la obstinación de Humboldt en derivar del gran conjunto de sus exploraciones, lo que más debe importar para nuestro conocimiento: la característica interior del hombre; y comprendemos también su afinidad con Kant, que resulta particularmente del admirable trabajo, «Ueber die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts». Decía yo en mi antiguo libro:

En fouillant dans le labyrinthe de l'âme humaine, en sondant l'origine, les sources, l'essence mystérieuse du langage, en faisant triompher partout la liberté individuelle, en exigeant que l'individu pousse son avancement moral et intellectuel aussi loin que possible, en déterminant le point de contact entre la philosophie du langage et la philosophie de l'histoire, Humboldt s'est-rapproché de Kant; il s'est inspiré comme Schiller de l'esprit du grand philosophe de Königsberg, tout en restant un penseur indépendant; il a manifesté les mêmes principes que la philosophie, qui savait, comme dit Humboldt, promener la philosophie dans les profondeurs de l'âme humaine.

\*  
\*\*

El alma, el hombre, eso es lo que más atrae a este solitario escudriñador del laberinto de las lenguas humanas. El hombre es la mina inagotable, donde trabaja y excava sin cansancio. Aquí, en el País Vasco, ya en su primera excursión rapidísima, hallaba fisonomías abiertas, despejadas, alegres, un vigor natural, cuerpos ágiles, animosos, un tipo de hombre, en fin, extremadamente simpático y de rasgos originales. Fuerza, salud y bienestar, que resultan de un trabajo continuo, con plena confianza en el porvenir. Llamaba Humboldt fundamento de la nación de los Vascos a esta alegría, a esta vivacidad, que no excluye la fineza y delicadeza del espíritu. La expresión severa de la pasión que se decía característica de los castellanos. falta aquí, como faltan en hombres y mujeres las cejas negras y fuertes. Como que es activo el vasco, no se abandona a la tristeza y melancolía; es fuerte sin ser grave, y logra desarrollarse con completa independencia. No era sólo Humboldt el que alababa la inteligencia, la cultura original e individual de las clases medias. La nobleza no desdeña al pueblo; vive con el pueblo, tiene más popularidad que en todas las otras provincias de España. Cultura, costumbres, gobierno, leyes, instituciones, fisonomía, como la lengua misma, todo indica una estirpe pura, sana y fuerte, aislada de otras estirpes.

Y bien se concibe que Humboldt, para llevar a cabo su estudio interior del lenguaje, considerase todo el complejo de la civilización de los vascos, y siguiese en cada país y aldea el movimiento cultural, recogiese por doquiera sus documentos originales, las canciones antiguas, los proverbios, las leyendas, todo lo que le parecía respiro, vida, sueño, poesía, alma del pueblo. Observa los bailes, y encuentra en cada lugar su danza particular, una afición para las danzas, que de día en día crecía; describe en el diario la «Toalladantza» en Azcoitia, la «Acheridantza» en Hernani, y luego otros bailes populares; la «Chipirirituina», la «Cirricadantza», un baile en las calles, el baile más nacional, la «Trokina», la antigua «Escuta-Dantza». Los curas protestan

contra los bailes, y el pueblo sigue bailando con visible regocijo; un alcalde prohíbe a una hermosa muchacha, Manuela Galdona cantar las estrofas de su canción «Marinero», que Humboldt transcribe; y Manuela canta, protestando: «Un cantar es para cantar».

Hombres de fantasía despierta, los vascos tienen y conciben y varían sus cuentos particulares y sus fábulas, que a veces recuerdan los «Marchen» de Hoffmann; Humboldt, señala el cuento de «dos duendes», el de Antonio sin miedo. «Santón bildurbaycua», el cuento de «dos imposibles», es decir la historia de la vida de los que no han nacido; oye en casa de Iturriaga la historia del «Tío» parecida a la alemana del «Rattenfänger von Hamel»; en otro lugar le cuentan una variante vasca de la historia de Hero y Leandro. Un fraile de Izaro, arrastrado por la pasión y faltando a sus votos, acostumbraba a nadar de noche en dirección a Bermeo, guiándose por la luz de un farol; pero el diablo desorientado, apagó ese farol una noche, y el pobre fraile se ahoga en las aguas.

Algunas notas se refieren a los vestidos del pueblo; y nombra una particular «basguiña» y «mantilla» de las mujeres, describe el traje antiguo de Durango, las «abarcas» especies de calzado que se hacía en el «caserío» mismo, las cubiertas de los hombres que llamaban «chapinas» otros vestidos como la «longarina». Más le interesaba a Humboldt el cultivo de la tierra tan productiva y rica, trabajada por un pueblo perpetuamente activo y ágil, que no conocía cansancio y reposo, dueño de sus arados e instrumentos que Humboldt describe y ligeramente dibuja en el «Diario: la «laya», la «nabasaia» y «esboza», la «area», la «escubaría», la «burdinaria».

Las rivalidades y contiendas eran raras: en ninguna parte como en el País Vasco se respetaba la propiedad ajena; el país gozaba de su Gobierno particular, de sus fueros y leyes. Humboldt observa cómo se componen las Juntas, cómo se celebran las reuniones en Alava, cómo obran los Gobernadores y Alcaldes, cómo en los «caseríos» se observa la ley del Fuero, y en las villas la ley del Rey, cómo lidian las «Anteiglesias» con las «Villas», cómo funcionan los «corregidores». En todos vive y obra un espíritu de independencia» y la prosperidad que se encuentra aquí, el florecer del comercio y de la industria, es fruto de este libre espíritu. Mentiras, disimulaciones, engaños habrá aquí menos que en otras partes; y como por lo común, la mujer es firme y valiente, de aquí debe derivar, sin duda—con emoción lo apunta el grande hombre que tanto os quería—el que el sentimiento en España resulte más profundo y más cordial.

Gozan todos los vascos de una igualdad casi completa, y orgullosos están de los privilegios que tienen de la antigüedad, de la gloria y de las memorias de su nación. Todos los que se han educado en el extranjero participan de este sentimiento, de este orgullo, de esta gallardía legítima, que se transmite de una generación a otra y que se arraiga profundamente en el corazón. ¡Tan fuerte resuena aquí la voz divina! ¡Tan sencillo, profundo, natural y universal es el amor a su casa, a su país! Por esto Humboldt aconseja al gobierno español que procure atraerse al pueblo vasco, no desdeñarlo, porque quitarle su libertad, hubiera sido bajar y enflaquecer el sentimiento patriótico nacional. Hasta los nobles, hasta los que se educaron en colegios de fuera y que, o no sabían el vascuence, o lo habían olvidado, quieren a su patria con entusiasmo y orgullo; su nación es su misma vida. Y los ricos también, los que tenían títulos nobiliarios en Castilla y empleos elevados conservan entera fidelidad a su país y viven así íntimamente identificados con su pueblo.

\* \* \*

Así el País Vasco ha quedado, como una tierra ideal en la imaginación y en el corazón de Humboldt. Corrieron los siglos con luchas sangrientas, estropeando las naciones, abatiendo los reinos e imperios, y el pueblo de los vascos ha seguido su suerte, sin vacilar ni caer nunca, conservando a través de tantas vicisitudes y de las alternativas de la historia, la ingenuidad y frescura y lozanía, la dicha y sonrisa de su infancia. Todas las comparaciones que Humboldt hacía entre los vascos y los otros pueblos de España, resultan invariablemente a favor de los primeros, más alegres y activos que los castellanos, más finos, ágiles y nobles que los mismos catalanes, nunca traficantes y nunca corrompidos. El recuerdo del País Vasco despertaba en Humboldt el recuerdo de otra patria ideal suya, la Grecia. Dolíase, al realizar su excursión, aquí, de la suerte que amenazaba a la lengua vasca por la incuria, dureza y mala voluntad del gobierno de España, y de que continuase despreciada y neciamente perseguida en las escuelas, de modo que pocos entonces osaban escribir en su lengua nativa, y no aparecía el vasco ni aún en las cartas. El vasco tanto más quiere a su lengua, decía el gran sabio, cuanto más la ve perseguida.

Desde que tuvo que trasladarse al Norte, retirado en el santuario de su conciencia, donde estriba la verdadera grandeza del hombre, miraba a este país lejano, a este pueblo noble y fuerte con un temblor del alma; y siempre consideró la primavera



pasada a orillas del golfo de Vizcaya, «an des Biscayischen Golfs eisam umfluhten Küsten», como decían los dísticos a Bockelmann que acompañaban su ensayo «Die Vasken», como una de las más hermosas de su vida. Vivía con sus recuerdos, su «Sehnsucht» en el corazón, una llama que nunca debía apagarse. No quiso la suerte que volviese otra vez aquí. Pudiera derramar lágrimas, escribía a un amigo suyo, de este país, por hallarme tan apartado de sus tierras deliciosas, por no oír más ese sublime ruido de las olas del mar, por no ver esas pendientes tan amenas que se extienden hacia el promontorio y esas cumbres de los Pirineos cubiertas de nieve».

Es un deber honrar la memoria del sabio que tanto os ha querido y tan profundamente os ha estudiado. Y no os extrañe que el hombre de una universalidad de saber tan pasmosa haya concentrado su cariño en esta tierra tan pequeña, convirtiéndola en el centro de todo un cosmos para él. Algo de esta universalidad y de este cariño por el País Vasco tiene su genial discípulo y maestro nuestro, Hugo Schuchardt. Por lo común quien más ideas abarca más suele profundizar su estudio y trabajar en lo más íntimo. Creemos que, pues, la memoria de Humboldt no se perderá nunca en esta sagrada tierra, y quedará como consuelo y aliento saludable para nuestros estudios.

## JUAN FRANCISCO (1)

**I**NDUDABLEMENTE una gran patria es la mitad de una gran gloria; pero también las patrias chicas pueden otorgársela a quienes coincidan con sus aficiones y con las actividades de su desenvolvimiento.

El error de Juan Francisco González, no estriba, pues, en ser chileno, sino en haber vegetado, culminando como pintor, allí mismo donde hubiera podido prosperar como mediocre futbolista, boxeador, o agente de cambio. Ya don Pedro Montt, de grata memoria, manifestó, siendo Presidente, que la República no necesitaba pensionar artistas en el extranjero, por cuanto el arte le venía hecho de fuera, sino industriales que propulsasen sus recursos propios. Las artes, en un medio así, quedan incluídas entre las labores de mano y una madre de familia puede decir en Chile, que la repostería no tiene secretos para sus hijas casaderas y que, *además*, ya han dado «pintura final».

A Juan Francisco le cupo hacer de Quijote en esa Mancha original e indeleble de nuestros pecados, mientras otros más Andantes de pie o con menos Caballe-

---

(1) Este artículo fué escrito por D'Halmar para un homenaje que se pensó rendir, en vida, al gran pintor González. Por supuesto, el homenaje no se realizó y ahora que la muerte lo ha levantado de la postración con que el ambiente aplasta a casi todos los artistas en estas tierras, publicamos, gracias a la gentileza de un amigo, las bellas palabras del grande y desencantado artista D'Halmar, consagradas a Juan F. González.—(N. de la R.)

rías que él en los cascos, íbamos a bregar desde lejos por la ingrata Dulcinea. El ha sido el que ha cobrado paladinamente los estacazos en tan desafortada, descomunal y sobre todo desigual contienda. El el que ha tenido que habérselas cara a cara, mano a mano y pecho a pecho con el Vizcaíno y con los Yagüeses, con los Galeotes, con el Bachiller, el Barbero, el Cura, el Ama y la Sobrina y se ha «topado con la Iglesia». ¡Pobre mi Ingenioso Hidalgo, sin Sancho, ni Bálsamo de Fierabrás que le valiera, y cuán mal parado, maltrecho e incorregible salió siempre de sus desventuradas aventuras y cuántas veces no mordió el polvo de su Tierra Nativa, sin por eso dejar de proclamarla quijotesca-mente como su Dama.

Hoy, cuando apenas si se tiene sobre ese Rocinante del cual no le apeará sino la Muerte, cuando ya no puede romper lanzas contra Encantadores y encantamientos, follones y malandrines, surge, si sé en quién, secundada por no sé quiénes, la peregrina idea de enaltecerle. No serán seguramente los Duques, ni Gobernadores de esas ínsulas Baratarias o Desbaratarias, quienes presidan festejos en honor suyo, sino unos cuantos desfacedores, como él, de entuertos, obstinados jardineros de margaritas en porquerizas. ¡Mejor que así sea, porque ya que se le ha postergado en vida, hay que seguir siendo consecuente hasta que muera y... se le glorifique! Y yo, el expatriado y extranjerizado, si es que puede serlo quien se respañolizó, me adhiero de todo corazón, desde España, con el corazón de mi corazón, a esa apoteosis de ocaso y pienso que ha de lucir con los mil soles que el pintor trituró, amasó y mezcló en su paleta, para inmortalizar nuestros amaneceres y nuestros crepúsculos; con los cien mil destellos que su pincel supo arrancarle a las ígneas y adamantinas nieves de los Andes, minas de pedrería, a las aguas de nuestros regatos, a nuestros bohíos, nuestros descampados y nuestras frondas, a «esos campos, ¡oh

patria! esas flores que tapizan tu suelo feraz» «y ese mar que tranquilo te baña y promete futuro esplendor», a cuanto alienta preñado de gérmenes bajo el martirio de la Cruz del Sur.

Si Enseñar es hacerlo con la obra y con el ejemplo, en el arte y en la vida, ¡qué maestro de desinterés no ha sido, para vosotros, para nosotros, este gran artista, genuinamente criollo, aunque sin la chocarrería ni la dinería criollas, pintando lo suyo, es decir, lo nuestro, y cómo nos ha demostrado que hay valores tal vez no cotizables, pero con los cuales seguramente no debe especularse! Los mal llamados hombres prácticos, podrían aprender de él, que para serlo verdaderamente hay que sacrificárselo todo al Ideal. Los patriotas profesionales, de él deberían también aprender a «hacer patria».

Porque Juan Francisco, que tanto ha fustigado nuestras flaquezas; que no ha cedido a ningún precio sus cuadros a beocios y filisteos que no merecían ni los marcos; que en la inauguración de un Salón Nacional, a cierto personaje oficial que le preguntaba ante la «Eva» de Nicanor Plaza, si era el «Giotto» de Lagarrigue, le replicó: «que en todo caso sería La Giotta»; que a alguien que hallaba excesivo el precio de una de sus «manchas», porque se la había visto pintar en diez minutos, le demostró que «no en diez minutos sino en cincuenta años de sacrificios y desvelos había llegado a pintar en diez minutos»; Juan Francisco, que de la levita gris del recoleto, pasó a la capa parda del franciscano, es de los pocos que han comprendido entre nosotros que la patria no es nuestra madre, sino hija de nuestras obras, de nuestro enconado y no ciego amor, y que el patriotismo no consiste en adularla, sino en corregirla y fortalecerla.

De este heroico modo, ¡claro! no se prospera; pero prospera el vivero que sustenta tales héroes, pecadores

de lesa patria, según los que la explotan. Y así debe procederse, pese a quien pese y pase lo que pase.

Lo que pasa, ya es sabido: una existencia como esta, de estrecheces y pruebas; lo que no pasa: una labor amplia de siembra y fruto.

¡Dios me coja sin confesión, en el mismo pecado, cuando suene a su vez mi Hora!

*Madrid, Día de la Raza de 1929.*

Mariano Latorre

## LA VIEJA DEL PERALILLO

**E**XPIRABA, tendida en el duro piso de la estancia campesina, cuando crucé el alto madero que hacía las veces de umbral en la pequeña puerta. Era como entrar a una cueva, opaca de telarañas. Una vela llorona, puesta en el quicio de una ventana, hacía bailar dentro de una trama plumiza perfiles de cosas y personas. Así comenzó mi conocimiento real con doña Bonifacia Retamales de Aravena, del Peralillo, doña Moñi, como la llamaban familiarmente en la montaña.

Antes no me fué dado escuchar su voz. Los estertores de la muerte, iguales en todos los agonizantes, son datos insuficientes para reconstruir el rudo timbre de su voz hombruna, peculiaridad de doña Moñi, al decir de sus conocidos. Ni siquiera la vi cruzar por los caminos de los cerros, en viaje al puerto o al Empedrado, a lomos de la Pulga, una yegüecita oscura, tan popular en la montaña como su dueña misma. Era un milagro cómo aquel animalito de juguete podía soportar en su delgado espinazo la majestuosa corpulencia de la propietaria del Peralillo; pero milagros de esas especie son frecuentes en los cerros. La vitalidad y la resistencia no están de acuerdo con la vasija de barro que las encierra; así como del movable pelotoncito de tierra de las tenecas, brotan en la primavera trinos de impensada melodía.

Nunca atravesé el esterillo de rubio cauce, que parte en dos las jorobas amarillas de las colinas, a donde doña Moñi vivía, pero no ignoraba (los montañeses no guardan secretos, sobre todo ante un vaso de chicha), que doña Moñi, dos veces viuda, había dominado tiránicamente durante medio siglo a sus dos maridos, campesinos de la región, a quienes hizo trabajar como peones en viñas y sementeras. El esfuerzo físico desplegado por ella no era menor que el de los hombres. El producto, sin embargo, lo guardaba ella. El dinero debía estar enterrado en alguna parte, porque no se veía. Oí hablar no pocas veces de su

fuerza hercúlea (levantar a la Pulga ensillada, por ejemplo, o a una carreta con trigo), y en cuanto a su capacidad de ingurjitación no le iba en zaga a Pedro Mono, a don Ranchona y a otros célebres bebedores de la montaña.

Un tipo de mujer así no era extraño en los cerros de la costa. Vi muchos casos en campos o aldeas. La vida es difícil en aquellos rincones. Los hombres emigran el valle central, atravesando toda la cordillera o se descuelgan, por la orilla del Maule hacia la costa, en busca de trabajo más remunerativo. En su ausencia, las mujeres cuidan las viñas y siembran el pequeño trigal. Terminan por convertirse en hombres. A tal esfuerzo físico corresponden agresivos apetitos sexuales. Con algunos vasos de vino o de aguardiente desátanse sus pasiones y llegan a los peores extremos. En el caso de doña Moñi, contábase, atraía al muchacho que le había gustado en una trilla o vendimia o lisa y llanamente se vendía, según su conveniencia. Con frecuencia los huasos reuníanse allí y bebían con doña Moñi y unas sobrinas que atravesaban los cerros con sus rebozos y sus zuecos, apenas comenzaba a tamborillear el arpa y a oírse las coplas de las cantoras o los gritos de los huasos borrachos, en el rincón de montaña.

Supe esa tarde, por un nietecillo de la vieja que vino al despacho del fundo a comprar velas, el estado de doña Moñi y convidé a mi hermano, dueño y administrador de la heredad paterna de los Cerros, a ir al velorio. Llegamos cuando su alma volaba de sus riscos nativos para siempre o a esconderse por ahí cerca, según la expresión de un huaso que conocí poco después, porque su alma estaba condenada a penar eternamente. Sobre la tierra, que sus zuecos apisonaron tantas veces, habíase doblado su cabeza maciza, de recias mandíbulas y los cabellos, de un rojo leonado, sin canas casi, se desparramaron como formándole una almohada donde reposar. La luz amarilla, suavizada por la densa atmósfera de la habitación llena de gente, hacía destacarse la cara leonina y voluntariosa. Blanqueaba su amarillosa dentadura de mujer sana, a pesar de sus setenta años, en una fea actitud de morder, porque la fuerte mandíbula se desencajó. Todos rodearon a la vieja. Uno había tomado la vela de la ventana y el temblor de su luz hacía vivir aquellas caras duras que se inclinaban sin expresión para no perder un detalle de la agonía. Apagáronse los ronquidos. Les sucedió un prodigioso silencio, tan intenso, que la luz misma de la vela pareció que vibraba con un suave aleteo de mariposa. Repentinamente la habitación se llenó de agudos clamores, de gritos inarticulados, de sollozos histéricos. Aquello tenía algo de mecánico y de grotesco, al mismo tiempo. Era, sin embargo, la costumbre. Terminaron tan

impensadamente como nacieron.' Oí murmullos; órdenes dadas por una enérgica voz femenina. Hombres y mujeres se apartaron. La muerta era trasladada, del piso frío y duro del pequeño cuarto encalado, al lecho monumental, especie de vieja cuja de labrados pilares. Y entonces me asaltó la pregunta que hacía mucho rato pugnaba por formularse:

¿Por qué la vieja había expirado en la tierra y no en su lecho? ¿Era, acaso, una ceremonia funeraria, heredada de los antiguos colonos extremeños y de los indios de las encomiendas del partido del Maule? No fué el primer enigma que me sobrevino desde el velorio de doña Moñi Retamales de Aravena hasta su santo enterramiento en el pequeño cementerio del Empedrado.

Comenzó un extraño ajetreo, sobre todo de mujeres. Cuchi-cheos, ásperos mandatos, traslado de cajones y de muebles. Se abrió una ventanita que daba al campo. La noche entró al cuarto con su frescor siempre puro y alargó la llama de la vela, erizada de cuajarones de esperma como un ojo que lagrimea. Los hombres empezaron a desfilar hacia afuera. Yo me quedé en un rincón. Doña Moñi fué lavada y aderezada como nunca en su vida. La ví un momento desnuda; fuertes y de agradable contorno eran sus espaldas y graciosamente perfiladas las pantorrillas, en contraste con los pies, que el trabajo deformó. Sobre las ropas que debía llevar la difunta, se promovió entre las comadres una discusión violenta. Pero dominó la voz y el gesto mandón de una mujerota morena, de ganchuda nariz que, mientras hablaba, había presionado la mandíbula, sujetándola con un pañuelo que anudó en la nuca. Vi entrar al hijo mayor, un hombre de barba renegrada y de aspecto inofensivo. A él le correspondía cerrar los ojos de la muerta. Lo hizo con unciosa lentitud. Ya ardían cuatro velas, puestas sobre candelabros y botellas. Retorcíanse sus llamitas rojizas y temblonas; vagos fragmentos de sombras aleteaban sobre el cadáver. Las mujeres se habían hincado a rezar. Empezaban los primeros ofrecimientos. El mosconeo del rosario resonaba monótono y triste junto al lecho. Entonces me deslicé por la muralla hacia afuera.

La noche enlutaba los chatos cerros dormidos. El hielo de Agosto enfriaba la sombra densa y profunda. Había llovido la semana anterior y las aguas alborotadas del esterillo rugían en la oscuridad. El lejano estrelleo de los astros parecía un eco argentino de su interminable rumor. A un costado de la casa, un grupo de montañeses encendían una fogata. Tímidas, mordisquearon las primeras llamas la tiniebla espesa; luego, la dominaron con rápidos zarpazos rojos. Torsos oscuros se inclinaban sobre la hoguera; ángulos de ponchos. No bajé hasta la cocina,



donde debía estar mi hermano. Apoyado en el pilar del corredorcito, oí el sordo murmullo de los rezos y el claro correr de las aguas en la noche. Sentíame bien en la oscuridad. Mi poncho me abrigaba en un tibio abrazo protector. A cada minuto que transcurría, cada ruido del campo, cada palabra que el ala del viento me traía, adquirirían una individualidad más acentuada. Mis oídos se hicieron finos como los de los zorros. Esta callada elaboración llegó a producirme un morboso deleite. Si oía el grito de una lechuza, veíala, envuelta en un harapo de noche, caer sobre el pájaro adormilado. Si un grillito criquilaba, cerca de mí, sentía las sierras de sus tarsos, frotándose como si tuvieran frío. Habría sido, para mí, de un real asombro si este mundo de ruidos que empezaba a vivir en mi interior, hubiera sido distinto de como yo lo había creado.

Así fué como advertí, a mis espaldas, la presencia de un campesino en el cual no había reparado, tan inmóvil estaba en el filo de piedra del corredorcillo. El me había visto ya, estoy seguro. Al encender yo un cigarro, me pidió fuego, según la clásica fórmula campesina. No era el desconocido un hombre reconcentrado. A las pocas palabras supe que se llamaba Chano González, de Nirivilo. Cierto es que un cigarro en el campo, es casi una presentación. El fugaz resplandor del fósforo me permitió ver una típica cara de viejo de los cerros, de gran barba blanca y de rasgos poderosos, pero sin animación. Toda la vida reconcentrada en unas chispas azulencas, perdidas entre tiesos pelos. Era un pariente lejano de la vieja. Algo creía tocar en el reparto, por lo menos la cazuela del velorio. Doña Moñi era rica, en el sentido en que esta palabra se entiende en la montaña. Poseía una viñita en la loma, en cuya cima estaba la casa; una vega en el bajo para maíz y porotos; un renoval y no le faltaba una falda de cerros para sembrar, entre rojos espedones, algunos sacos de trigo. Además, ese misterioso dinero amontonado por la vieja, moneda a moneda y cuyo escondite aún no se había encontrado ni se encontraría nunca.

On Chano se consideraba como pariente y posiblemente sus relaciones con doña Moñi no eran cordiales. Más adelante pude enterarme que mis sospechas eran fundadas. Vivía a algunas leguas de Peralillo y parecía estar enterado de todos los pormenores que rodearon la vida de doña Moñi. Su voz tenía un ligero tono cantarino, como de pájaro y sus palabras una malicia característica, el sabor de las bayas silvestres. Chupaba con fruición su cigarrillo y las noticias del campo, envueltas en humo, penetraban poco a poco en mis oídos. Eran rencillas de rancho, pequeñas miserias de aldea, alusiones a ovejas perdidas y a bue-

yes que se pasaban a las sementeras y chacras; de cuando en cuando, la conversación recaía en la difunta. De pronto, una frase llamó mi atención:

—Y habrá que velala dos días, como dueña de casa qu'es y pa alejar el Malo que ronda pu'aquí una zalagarda di'años.

—¿El malo, on Chano, anda por aquí?

—Dos veces ha cantao el chuncho etrás e los corrales ¿No lu'ha oyío, su mercé? Señá es que li'ha de poner toas las impedías pa que sea enterrá en sagrao.

Súbitamente acudió a mi memoria la visión de la vieja, tendida en el duro suelo de la estancia campesina y me pareció que este viejo montañés podía explicarme la razón de la extraña costumbre serrana; pero no me dió tiempo. Sentenciosamente cerraba su razonamiento, haciéndose juez de la suerte de la vieja.

—¡Estas son las resultas de la mala vía!

Intrigado, lo interrogué:

—¿Doña Moñi no ha sido una mujer honrada, on Chano?

—¡Escandalosas adende chiquichicha, con perdón de su Mercé! ¡Dios me castigue si levanto un falso testimonio! Los mismos dolientes l'han bajao de la cama onde ha pecao pa que muera en la santa tierra y tenga perdón de Dios. Con los pies p'al puelche y la cabeza pa la travesía.

Guardó silencio. Había botado su cigarrillo y me pareció que se persignaba devotamente:

—Pero nu'hay que hablar mal de los finaos, porque dicen que le penan a uno. ¿Usted no baja? agregó en seguida.

—Todavía no, On Chano. Voy a esperar a mi hermano aquí.

Atraíalo la fogata y la animación que ya se notaba en el fondo del cajón. Su hora había llegado. La cazuela herviría en las ollas y la chicha pasaría de mano en mano, temblequeando en los vasos. Un instante tiene vida propia su figura, un poncho claro que el resplandor ilumina; luego, se funde en la masa de sombras que rodean la hoguera.

Vuelvo a asomarme al pequeño cuarto donde doña Moñi vivió y pecó. Mírola con simpatía después de lo que me ha dicho don Chano, su pariente pobre. Ya está en el ataúd, que debió ser escondido debajo de la cama de la vieja para que no lo viese, porque antes no lo divisé por ninguna parte. Lo han forrado con una choleta negra y las aristas la recubren, blancos ribetes acuchillados. Una gran serenidad envuelve el rostro blanco, tostado por las siestas veraniegas. Las mandíbulas han tornado a su lugar. Cabeza fuerte de bombeado frontal que limitan los cabellos rojizos, ligeramente grises. No hay en ella ángulos mapuches. Un lunar, de crespos pelos, se destaca sobre la comisura izquier-

da. Sigue el interminable rosario junto al ataúd. La bocanada de noche que penetra por la ventana no logra aclarar la espesa grisura de la atmósfera y las cuentas monótonas del rosario las rompe el cansancio de vez en vez y entonces se oye el crepitar de las mechas al enroscarse, carbonizadas, sobre sí mismas.

Salgo otra vez al corredor. La soledad me rodea. Sólo en el fondo la muchedumbre se anima, en torno a la hoguera reconfortante. Llega hasta mí el olor sabroso de la carne asada. La comilona ha comenzado. Deben haber bebido mucho, porque las sombras se animan y los serranos manotean, en interminables disputas. Hasta trozos de palabras revolotean en el aire negro, y se funden en la oscuridad como gotas de sombra caídas en la sombra inmensa. Voy en busca de mi hermano que debe estar con el hijo de doña Moñi, junto a la hoguera. Se yergue don Desiderio Aravena al divisarme y solícito me ofrece un trozo de asado. Lo como con apetito y esto me asombra. Debo beber un vaso de chicha. Murmura palabras incoherentes. Ya está borracho, como los demás. Se unen abrazados y llorones frente a las llamas que lamen y relamen sus caras cobrizas e inexpresivas. Entiendo que está muy halagado con nuestra presencia en el velorio de su madre. Nos vuelve a ofrecer carne y vino, cuando se entera que acompañaremos al cementerio del Empedrado los restos de doña Moñi.

Por fin, estamos en medio de los cerros. La noche parece venirse encima de nosotros, salpicarnos con el rocío plateado de sus estrellas. Los caballos nos guían por entre laberintos de senderos y caminos. A ratos, las ramas de la madroños nos dan un arañazo impensado; a ratos, una ráfaga que parece bajar del cielo, tan pura es, nos hace tiritar.

Pienso en doña Moñi y en la impensada manera como ha entrado en mi vida. El día anterior no me había movido de las casas del fundo para atravesar los cerros y acercarme al Peralillo. Hoy estaba dispuesto a acompañarla, como si hubiera sido un viejo amigo de ella hasta el cementerio de la lejana aldea. Ardo en deseos de conocer más detalles de su vida.

Interrogo bruscamente a mi hermano que fuma silencioso:

—¿Tú sabías que doña Moñi murió en el suelo, porque en la cama había pecado mucho?

—¡Claro que sí! Hace algunos años lo hicieron con un viejo medio avaro que vivía en la Rinconada. De doña Moñi, con mayor razón. Un viejo de Nirivilo, que fué mediero mío, me contó muchas cosas de ella. Era medio pariente y estaba peleado por un campito al que la vieja le corrió cerco, porque decía que era de ella. De jovencita se perdía en el monte con cualquiera que

le gustase, con una manta y un poco de harina. A los pocos días volvía a su trabajo y siempre sola. Cada uno de esos muchachos era, después, su enemigo y la pelaban por todas partes. En cierta ocasión nació un niño. Entre la vieja Fidela que vive con ella, mataron el chiquillo y lo enterraron por entre unas piedras, pero los perros descubrieron el cuerpo y así se supo.

—¿Y estuvo en la cárcel por eso?

—No, aquí no se estila eso. Mientras menos interviene el Juzgado o la Policía, mejor. La cosa queda entre ellas. Se comenta y si pelean en las trillas, se lo echan en cara. O bien, como en el caso de doña Moñi, porque le temen a la vieja Fidela, que es bruja, se contentan con decir que está condenada y que nada la salvará de las garras del diablo.

—Eso fué lo que le oí a un viejo de Nirivilo, on Chano González, que estaba en el corredor cuando tú bajaste con el hijo de la vieja.

—Ese es el mediero mío y pariente lejano de doña Moñi. El estar mal no es obstáculo para que se asista al velorio. La muerte lo perdona todo, por lo menos mientras duran el vino y el asado. Este viejo es el que más la ha difamado. A pesar de su aspecto santurrón, tiene una malicia insidiosa. El fué el que bautizó la casa de la vieja con el sobrenombre de L'Ilesia. Así decía, al ver a alguien que iba por ese camino y lo decía con aire muy serio: ¿Vas pa l'Ilesia? No, on Chano, no ve que voy pal Peralillo?—Entonces pa l'Ilesia vas. Concluyeron por darse cuenta y casi todos llaman a la casa con ese nombre. Es porque allí puede entrar el que quiere como en una iglesia. La vieja vendía licor y allí se remolía cuanto les daba la gana, siempre que pagasen la chicha. A doña Moñi se lo contaron y su venganza consistió en regalarle un barrilito de mosto al cura del Empedrado para que éste retase a los campesinos que iban a ejercicios, por el sacrilegio de llamar Iglesia a la casa de remolienda.

Empezamos a descender hacia el cajón. Ya está aquí el estero de Peñalquín, con sus aguas alborotadas y sus viejos robles de enormes troncos torcidos que montan guardia en las orillas. Se yerguen, como si se empinasen para mirar las masas negras de los cerros. Parecen abrigar su cuerpo de piedra con inmensos ponchos de sombra. Se alejan aún más las estrellas, a medida que bajamos. Siéntense gruñidos y tarascones. Son los zorros en celo que se persiguen por los matorrales. Los perros aullan llenos de erótica nostalgia. Ya estamos en los viejos corredores de la casa paterna. Pedro Mono espera a los patrones, dormitando en un rincón, todo apelotonado en su viejo poncho se-

rrano. Luego, llevará los caballos sudorosos al potrero, detrás de las casas.

---

En vano traté de conciliar el sueño durante la noche. Aullidos de zorros, gritos de lechuzas, inacabable ladrar de perros chocaban en la soledad y partían la escarcha cristalizada de la noche de Agosto. No podía apartarse de mi memoria, clavada en ella como una obsesión, la cara de la vieja, agonizando sobre la tierra dura que las cuecas apisonaron durante medio siglo. La muerte había inmovilizado su vigorosa contextura. Dentro de poco marcharía, a hombros de sus amigos, parientes y amantes de una hora, hacia el pequeño cementerio de los cerros. Como un contraste, la imaginación me la hacía ver cincuenta años atrás, en el esplendor de su mocedad campesina. La blusa almidonada de los días de fiesta se levanta con la dura presión de los pechos. Entre los hualles del monte, sonoros de hojas, se ha perdido con un mozo cualquiera, como una pareja de lloicas, al entibiar el aire el primer soplo de la primavera.

Blanqueó la ventanita de mi cuarto. En el agua fría del amanecer cayeron, como goterones de cristal, los primeros trinos de las diucas. Ya claro, me hundí en un sueño pesado y negro.

## II

No rompió el sol la niebla, escarcha hecha vapor, que borraba los contornos de los cerros y encerraba al vallecito en dos muros de niebla inmóvil. Los viejos pellines costeños, los abuelos de los que bajaron al mar y sirvieron en los astilleros, retorcidos y llenos de jorobas leñosas, resisten impasibles la helada presión de la niebla. En la falda, las cepas crispadas casi se confunden con la tierra oscura. En vuelos cortos, sin trinos, pasan los pájaros a ras de tierra.

A mediodía, se recortó en el fondo lechoso, la figura de un jinete montañés. La silueta minúscula de un caballo de cerro; el tono pardo de un poncho.

Mi hermano lo reconoció inmediatamente:

—¡Es don Chano! ¡A comprar mosto lo han mandado!

Me acerqué al filo del corredor para observarlo. En efecto, eran sus barbas blancas que el viento echaba hacia un lado como los colgantes líquenes de los pellines viejos.

Saludó amablemente.

—¿Cómo han amanecido sus mercedes? ¡Mucho se les echó de menos a los caballeritos en Peralillo!

Las gotitas azules, desvaídas de los ojos, estaban llenas de una suave complacencia. Intentó bajar; todo, avío y jinete se vinieron a un lado. Volvió a enderezarse con un cómico envión hacia el otro costado. Debía estar aún medio borracho. Disimuló, echándole la culpa al caballejo. Y era una injusticia incalificable culpar a la mansa bestezuela.

—¡Tan mañoso el manco el diablo!

Con grandes precauciones bajó otra vez. Sobre la tierra tenía un grotesco aspecto, en su torcida endeblez. Sólo la cabeza, de recta nariz y boca grande, era robusta y bien dibujada. Como doña Moñi, no parecía un descendiente de indios. Su cabeza podía ser la de un castellano o la de un andaluz.

Sabía muy bien mi hermano a qué venía, pero siempre le preguntó:

—¿Y qué lo trae tan temprano por estos lados, don Chano?

—¿Y que no vé su mercé lo que traigo en la mano?

Alargaba, sacándolo debajo del poncho, un lacio cuero de cabro, todo arrugas y tolondrones.

—No me había fijado, on Chano, no me había fijado. Perdone.

—I agora qu'está enterao, lo vamos a engordar con mosto, si a su mercé le parece, porque así, con adre no mas, se reseca y se acaba lueguitito. Continmás que hay que seguir velando a doña Moñi pa espantar al Malo que nú'hace más que rondar las casas dende anoche. La zalagarda de gritos y de tropeles que si'han sentío por los cerros.

—¿Cómo así, on Chano?

—Fíjese su mercé que hasta el cura del Empedrado, que no pierde velorio, nu'ha podio venir a ministrarle los sacramentos, porque está enfermo, icen. ¡Miren que enfermarse on Pascual, cuando no la afloja nunca! ¡Cosa el malo es no más! Va a costar enterrarla en sagrado, es lo que le igo a Desiderio y a la Fidela. Usted lo va a ver, su mercé.

Mi hermano, espíritu jovial, no toma en serio las supersticiones de los cerros, pero se interesa o finge interesarse por la vida menuda de los montañeses. Solemnemente acota las palabras del viejo.

—Raro es, on Chano, que el cura no haya venido a la'lesia, que es donde los curas están más a gusto.

On Chano ha cogido la burla al vuelo y sus ojos claros interrogan alarmados:

—Malo es juarse con estas cosas de los ijuntos, patrón.

Ha amarrado despaciosamente su caballejo a un pilar del corredor. Precaución inútil, porque el caballo no se moverá de allí. Desafloja las cinchas y mueve los pellejos. Los grandes ojos

tristes del caballo miran al amo. Hay una compenetración de años entre ellos. Juntos, son un producto de los cerros. Algo típico e inseparable. Desnudos, pierden su pintoresco relieve. La bestia es una caricatura del caballo; el viejo, casi una caricatura humana, con sus piernas torcidas y sus barbas sampedreñas.

Mi hermano lo embroma implacable.

—¿Y qué diablos tiene el Chincol (es el nombre del caballo de don Chano) en el sobrehueso?

—¿Qué no sabe su mercé que es de nación?

—Y no me acordaba, on Chano, ¡cómo voy a conocer a todos los caballos de los cerros!

Vamos a la bodega. Gorgoritea la chicha en el embudo con grumos violáceos. El cuero va cobrando vida poco a poco, a medida que se llena de líquido. Su superficie oscura y arrugada se aclara y se pone lisa. On Chano amarra firmemente la patita que sirve de boca y se lo echa debajo del brazo. Con una elasticidad de reptil se adapta el cuero al cuerpo del viejo, hinchándose prodigiosamente en dos grandes globos morenos.

En el corredor, a punto de subir a caballo, on Chano ha pedido velas. Las otras estarán ya en las últimas, explica. Mi hermano lo convida a un trago de chicha, mientras va en busca de las velas al despacho del fundo. El viejo se ha echado al coleteo dos vasos de un golpe. Le he ofrecido un cigarro. Sentado en el borde del corredor fuma voluptuosamente. Es la misma actitud, que seguramente, tenía la noche anterior en el Peralillo. Es una actitud de la montaña y de los hombres de la montaña. Todo es lento como si las piedras y los árboles comunicaran a bestias y a hombres su estatismo.

—Dígame, on Chano, le pregunto, cómo es que doña Moñi tiene tantos hijos si mataba a las guaguas?

Los ojillos inquietos sorprendidos de que yo esté enterado. Vacila, pero se decide a explicar:

—Es que apenas se ponía gorda, con perdón de su mercé, el marido la cuidaba y no le perdía pisá. Si no, quien sabe que habría pasado.

Y luego, arrepentido de haber hablado de este modo de la difunta, la defendía con su astucia socarrona de montañés. La pitanza del velorio era reciente y lo que aun quedaba qué comer.

—Pero ésto pasó cuantu'há, en vía del finao mi paire. ¡Porción di'años, su mercé! La Comaire Moñi era guainita y hartito linda mujer. ¡Y presumía no habiendo! ¡E limpiaba los dientes con la mentá yerba e la plata y se reída de cualquier ná pa que se la vieran. ¡La zalagarda di'hombres que la buscaban, su mercé! Hasta el Gobernador de Maule se alojó ahí pa unas eleucio-

nes. Pero no debaja el trabajo renunca. No habiendo pa la siembra y pa el cuidao de viña. Los dos maridos eran unos viejos muy poco alentaos y si ella los deja, este'ra l'hora que no le quedaría ni'una planta e viña. Al segundo de los ijuntos lu'hacía cavar la viña a palos y d'hay se agarraban a chopazo limpio. Lueguito quedaba en cuero su mercé, echando espuma como loca. Era como liona la comadre Moñi, su mercé!

Apenas mi hermano llega, el viejo se levanta. Ha colocado el cuero en el borrén del avío; en las prevenciones, los paquetes de velas. Se despide con exageradas manifestaciones de agradecimiento. E insiste en que debemos ir al cementerio a la mañana siguiente. Vamos a pasarlo bien.

—Qué comer no faltará, sus mercedes, porque Esiderio mató cuatro ovejas. Dos sacos de tumbas llevamos y otro cuero de chicha que le voy a ejar pagao por petición de los dolientes, pa remojarlas. Al alba salimos, porque se le va a cantar una misa de cuerpo presente en el Empedrado.

—Con todo eso el diablo no la ataja, on Chano, observó mi hermano.

—¿Y quién lo va a saber, su mercé? Es tan indino que alguna maula e ha de echar cuando menos se piense, igo yo. Si le tiene tantazas ganas a la ijunta. El chuncho no merma sus cantos ni en día claro, es que.

Con cómico apresuramiento se persignó varias veces, después de estas palabras. Subió al caballo con grandes precauciones. Daba la impresión de que temía desarmar la frágil armadura de huesos de su Chincol; pero ya está encima. Y ambos vuelven a conectarse. El caballo se pone en movimiento a un enviñón de las riendas. Manta, barba y cola de caballo toman la dirección del viento que comienza a empujar los nieblas por las faldas de los cerros. Un instante se dibujan contra la clara atmósfera; luego desaparecen entre jirones de nubes, como si se disolvieran en la blanca marea.

### III

Alto espinazo de sierra, que azota el látigo del norte. Ráfagas duras, cada vez más heladas y cortantes.

El rojo machete del camino parte el renoval de hualles en dos grandes porciones de esqueletos. El campo, una mancha pardusca y sucia bajo el alto cielo nublado. Entre los pedrones de un cañadón, un arroyo escarmena los niveos copos de su corriente.

Mi hermano y yo esperamos hace media hora a doña Moñi y



a su cortejo. No hay más rumor que el del arroyo y el del aire entre los valles. Ni un pájaro se aventura por estos riscos, dueños del viento.

—Pongámonos al reparo, me observa mi hermano. El viento sopla de este lado y se lleva las voces. No tardan en llegar.

Como evocados por un conjuro, resuenan voces agrias delante de nosotros. Luego, arrastre de cascos en el terreno pedregoso. Una escarpa nos oculta el acompañamiento. Asoma, primero, una enorme cruz de madera recién cepillada. Llévala a cuestras un huaso corpulento que marcha a grandes zancadas. Más atrás, se balancea la negra masa del ataúd, sobre un huando, en los hombros de cuatro huasos. Se oyen sus potentes jadeos. Cuatro chorros de vapor, cuatro conos grises e impetuosos salen de sus bocas. Las caras están congestionadas por el esfuerzo, junto al ángulo del ataúd, pero los pasos de los campesinos son rápidos y seguros.

Sobre sus caballejos peludos, hasta una veintena de huasos emponchados siguen el ataúd. Policromía de ponchos (bayos, rojos, pardos, negros); policromía de caballos (moros, mulatos, overos, colorados), animan la desolada grisura del paisaje serrano. No vienen tristes. Hablan en alta voz, ríen a carcajadas, agitan las tostadas manos, clavan despiadadamente a sus caballejos si se retrasan.

El ataúd negro, con sus grotescos adornos de lienzo, parece un gran pájaro que planea por las faldas, en la actitud de abatir el vuelo. Y lo abate, descendiendo sobre la parda tierra frente a nosotros. El hijo de doña Moñi se acerca a saludarnos. Sus palabras se enredan en la gran barba oscura, se las lleva el viento y nada se le entiende. Tampoco importa. Nosotros asentimos. La escena ha emocionado al cortejo que se calla súbitamente, a la expectativa. Es algo nuevo y les ha caído bien.

Pero el cajón está otra vez sobre los hombros de los huasos. Se desliza ceñudo y negro, precipitado y ciego, con su fúnebre contenido por los altibajos del áspero camino.

Voluntariamente me he ido quedando atrás. Mi hermano va junto a Desiderio Aravena, en la cabeza del acompañamiento. Yo examino a los huasos. A muchos los conozco ya. Son clientes habituales del despacho del fundo o de la bodega. Voy saludando a medida que los reconozco. Su parecido es increíble. Un mismo vaciado y una misma materia oscura. El atezado matiz de sus caras no varía, pero sí la forma de sus cabezas. Los hay de cara larga y oscuros ojos; también de redondos mofletes y claras pupilas. Los rasgos regulares, las mandíbulas fuertes. Pocas veces ví la cara aindiada en la montaña. El indio había desaparecido

en los lejanos tiempos coloniales, cuando los cerros hoy desnudos, se encrespaban del húmedo verdor de la patagua y del roble; sin embargo, quedaba su espíritu en las costumbres. en el alma de los cerros, mezclándose las extrañas supersticiones indígenas con las prácticas cristianas. Un morboso miedo al más allá, especialmente al diablo, espíritu de la vida montañesa. Dios se había empequeñecido para agrandar a Satanás. Un Satanás que tenía mucho de huaso, usaba poncho y una espuela en el tobillo izquierdo y conocía a fondo, como cualquier serrano, todos los chismes y enredos de la región. Así corren sus vidas, con la uniformidad eterna de los arroyos, entre bautizos y entierros, trillas y vendimias. No varía sino la cuantía de los corderos sacrificados o de los cueros de vino bebidos, según la fortuna de cada propietario.

—Su mercé se va quedando a la culata, me advirtió una voz que reconocí inmediatamente.

On Chano, montado en su caballejo, venía a advertirme mi distracción.

—¡Mire que estos caminos de los cerros son muy treicioneros! A lo mejor las endilga por otro camino y se vá pa'l río.

Habíanle confiado la custodia de los caballos de los huasos que hacían el turno de la primera estación. Según advertí, era también el encargado de los cueros de chicha y del saco de presas de cordero. Esto lo llenaba de una cómica vanidad. Medio borracho, gritaba a cada instante a los caballejos que, con los estribos sobre las sillas y las riendas atadas al borrén, se apartaban a mordisquear el reseco pasto de las orillas.

—¡Ah, manco mañoso! ¡Ah, pingo mal arriado, hijo'una!

Cuando se calmó, le ofrecí un cigarro.

—Creo que podemos pitar un poco. ¿No le parece, on Chano?

—Un cigarro nunca viene mal, su mercé, afirmó.

—¿Y a qué horas llegaremos al Empedrado? ¿Está lejos todavía?

—Estamos comenzando, su mercé. Ni'a lo más alto de Peñalquín hemos llegado. De ahí, bajamos p'al otro lao.

—¡Si es que llegamos! dije en broma.

Sus ojos claros se oscurecieron. Bajó la vista con sincera turbación. Sin que me dijera una palabra comprendí el cúmulo de temerosos presentimientos que pasaron por su imaginación. No insistió tampoco. Le pregunté para variar la conversación:

—¿Y al fin no me dijo, on Chano, de qué murió doña Moñi?

—¿Y cómo se lui'ba a icir si no mi'ha preguntao?

—Entonces se lo pregunto ahora.

Marchamos en silencio unos instantes.

—¡De vieja habrá sío, su mercé. oña Moñi, pa la ruina, ya había nació. Ice oña Fidela que si'acababa e comer una buena chupilca cuando se dió vuelta pa un lao, con la lengua enrrollá. Oña Cata la vino a ver y dijo qu'era un adre. Contra ná le pusieron paños calientes porque no poía mover el cuerpo. Icen que el brazo lo levantó dos veces pa la boca, onde tiene una muela di'oro. Icen que hay que sacarla, sino el cristiano se condena. Ni por ná quiso el doliente que la sacaran y ei va la ijunta con el oro y unas caravanas platiás que le dió el segundo marío. Los tacos si que los cortó oña Fidela y las muelas quién sabe, porque la vieja es gallaza, su mercé.

—¿Y para qué los tacos on Chano?

Su mirada burlona se fijó en mí breves instantes. No comprendía mi ignorancia de estas cosas tan esenciales a la vida de los cerros; por último, debió pensar que yo era un forastero y me explicó con cierta superioridad:

—Sí, pues, su mercé, se sacan los tacos pa que el finao no venga a penar por la casa.

Habíamos perdido de vista al cortejo. On Chano azuzó a los caballos y apresuró el paso. Llegábamos al filo del cerro. El viento azotaba los riscos pelados con furiosas ráfagas. Eran rápidos fustazos de hielo. Solo breves instantes. Rápidamente bajamos. Abrióse una enorme hondonada, rebosante de vapores espesos e inmóviles. Dábanme la impresión de que todas las nubes de los cerros habíanse refugiado allí, cansadas de peregrinar. Ataúd y acompañantes se perdieron en la espesa masa nebulosa. Oíanse sus voces muy cerca de nosotros. Se habían detenido. Los caballos dormitaban amarrados por las bridas. Ellos se habían sentado en el suelo y en las piedras o troncos, al borde del camino. El ataúd estaba allí mismo, negro y siniestro. Era la primera estación, según me informó don Chano. El desayuno. Allí se comería y se bebería, a dos pasos de la muerta. Era la costumbre. Costumbre de más de un siglo. Cuando llegamos, el hijo mayor, Desiderio Aravena, tenía en la mano una crucecita amarrada con un boqui. Lo vi avanzar hacia un carcomido roble, a la derecha del camino. Al pie del viejo árbol, todo él un tronco deforme y lleno de leñosas excrecencias, fué clavada la crucecita. On Chano tejió con asombrosa rapidez una corona de boqui y la puso en las aspas. Un montoncito de piedras oscuras, como un hito, subía por la áspera corteza del roble. Allí mismo había cruces caídas en las piedras, goterones de esperma y negros lengüetazos de humo. Vi agacharse a todo el cortejo después de esto, recoger pedruzcos por todas partes y arrojarlas al montón. Era un viejo lugar de descanso, la primera jornada una vez que

se doblaba el filo del cerro. Reparaban sus fuerzas y, al mismo tiempo, dejaban un piadoso recuerdo donde el difunto descansó. Su descanso lo participaba el muerto mismo. Era un compañero en desgracia. Quizá más feliz que ellos, porque iría a los cielos como todos los pobres. Por el hecho de morir, tenía una aureola de santidad. Perpetuaba su recuerdo para que él intercediera ante Dios por sus camaradas, los que seguían bregando junto a las cepas raquílicas y a los pobres trigales de los cerros.

El viento movía al viejo roble santificado. Los manojos de varillas oscuras de su ramaje agitábanse como los dedos enflaquecidos de un esqueleto. Unas grises barbas de líquén golpeábanse, a cada ráfaga, contra ellos.

Don Chano empezó a repartir las presas. Un trozo de carne gris, porosa, un pedazo de galleta. Sabrosas, carne y galleta. Mucho más al probar la helada chicha y aspirar el humo de un cigarro. Animábase la conversación. Cruzábanse ásperas bromas entre los acompañantes.

—Echele más trago, on Chano, pa criar fuerzas, decía uno.

El viejo acudía solícito y el cuero expelía sin cesar el líquido gorgoriteante.

—La ijunta pesa más que un saco e cien kilos, explicaba otro.

On Chano estrujaba incansable el vientre del cuero en el cuerno que hacía de copa y a una pulla de un huaso respondía con tono zumbón:

—Nu'haga empanás, on Pata e Cata, que los días de trabajo la gente no tiene plata.

El interpelado, un huasito flaco, de torcidas piernas, le respondía:

—Pata e Cata serís vos, ojos de vidrio.

Y se acerca, amenazador, desafiante a on Chano. Bailotean los ojillos azules de éste y su mano tosca, sarmentosa, sujeta el extremo del cuerno sin inmutarse. Interviene, conciliador, el doliente.

—No hay por qué agraviarse ni faltar el respeto a la ifunta.

Y termina filosófico:

—En la mesma tierra pialiamos todos.

Y on Chano se humilla (es su modo de ser) ofreciendo nuevamente chicha del inagotable cuero a su contrincante:

—Esculpe la mano, on Peiro, que es compañera el'otra.

Vuelven a montar. Sobre otros hombros descansados continúa su viaje oña Moñi por las encalvecidas colinas costeñas. El cortejo guarda silencio. Sólo los que llevan el cajón hablan sin término, como para ayudarse en el fatigoso menester. Los huasos parecen cansados o borrachos. Cabecean en mil actitudes

caricaturescas, echados sobre el cuello de los caballos o balanceándose con torpe oscilación de izquierda a derecha. On Chano como los demás. Ha olvidado los caballos sometidos a su custodia y yo debo arriarlos por el camino para que no se extravíen. Vuelve a obsesionarme el recuerdo de la vieja a quien acompañé tan devotamente al cementerio. Me parece que no va muerta, entre las toscas tablas del ataúd serrano; ni que es algún entierro al que voy. Es a una trilla cercana, bajo la cálida luz del verano o a una vendimia, dorada por los oros otoñales. Luce oña Moñi sus mejores galas campesinas. Su blusa recién lavada, la pollera tiesa de almidón y los zapatos domingueros. Sobre las robustas espaldas descansan las trenzas, dos serpientes rojas. Como una reina va sobre la espigas de una carreta emparvadora o entre los canastos, repletos de uva olorosa. El viento de los cerros abullona la fresca fragilidad de la percala. Los pechos, sólidos, se dibujan bajo los pliegues de la blusa.

Y bruscamente la veo semiborracha, ronca de cantar, impudicamente tendida, al cobijo de los montones de paja o bajo la verde complicidad de las cepas olorosas. Cínica y audaz, sin pudor ni remordimientos. Símbolo de la hembra campesina, pasiva y sin conciencia como la tierra misma. Como ella fecunda y eterna.

Descendíamos rápidamente. Enanchabase el valle cada vez más; erguíanse imponentes los cerros, alargando sus cabezas chatas, cubiertas de niebla. A cada instante veíamos ranchos de adobes, cuadrados y toscos, como excrecencias de la tierra árida. Ni un alma en los patios abandonados, ni un rumor en las ventanas, tapadas con tablas. Sólo gallinas, apelotonadas por el frío, en los palos adosados a las murallas. Extraños frutos de las viejas maderas, blanqueadas de excrementos.

Como una orla de la prolongada falda, culebreando al pie de las pardas colinas, espejeaba la lenta cinta de un río. Angulos de riscos y esqueletos de hualles reflejábanse en sus láminas de acero. Además, la cara blanca y descolorida del cielo de Agosto. Todo el cortejo se había acumulado a su margen. Era el vado. Caballos y hombres formaban una sola masa. El viento movía los ponchos y erizaba los pelajes invernales de los caballos, suaves como la plumilla de los pájaros nuevos. A la distancia, aquel espejo plateado, parecía muerto, pero al llegar a la orilla me dí cuenta de su hondura y de la corriente insidiosa que giraba sobre sí misma en rápidos y silenciosos remolinos. Por eso el cortejo se había detenido allí. Los huasos deliberaban antes de pasar. Por último, el huando con su ataúd en la plataforma de palos y ramas comenzó a vadear el riachuelo. Los huasos habíanse arre-

mangado los pantalones y avanzaban sin vacilar. Más adelante, la corriente opuso resistencia. Anillábanse con furia en torno de las pantorrillas de bronce. Los huasos marchaban ahora con gran tiento, las espaldas dobladas por el peso del cajón. Jadeaban los robustos pechos. El estero repetía, con tonos claros y negros, estremecidos por el aire, esa agua fuerte que el azar dibujaba en su superficie. Desiderio Aravena ordenaba desde la orilla la maniobra. Resonaban sus gritos roncocos:

—Más p'al norte, on Chuma (dirigíase a uno de los conductores) que p'al sur hay un hoyo grandazo.

On Chano fumaba, sentado en una piedra, dormitando. Disimuladamente me acerqué a él.

—Parece hondo el estero, on Chano, le dije para iniciar la conversación.

—Con estas lluvias ha crecido reharto, pero lo malo está en el barro, tan resbaloso su mercé. Con tal que no pierda pie alguno. Si no al agua con doña Moñi.

Estas palabras fueron pronunciadas con ese tonillo ligeramente burlón y al mismo tiempo grave, tan particular de la montaña. Pero no alcancé a preguntarle nada. Resóno un grito ronco, terminado en un juramento. Nos volvimos rápidamente. Uno de los conductores había resbalado en medio del turbión de aguas oscuras y el ataúd, como una tonina que se zambulle, se había hundido en las aguas silenciosas. Fué un chapoteo rápido; luego la parte trasera apareció para hundirse de nuevo como la cola del pez. Los otros hombres también habían caído al agua. Los pesados borbotones pasaron gorgoriteando sobre ellos. Se irguieron, chorreando agua fangosa. Avanzaban dificultosamente hacia la orilla, abandonando el cajón y las angarillas, que navegaban corriente abajo como en busca del ataúd. Algunos huasos montaron a caballo. Otros vadearon el estero y los de ambas orillas corrían en pos del cajón de doña Moñi, a cada instante más hundido en los enviones de la correntada, lanzando órdenes y agitando los brazos, tal como si se tratase de un animal arisco. La escena era cómica y macabra a la vez; pero más cómica era la expresión de miedo retratada en la cara de don Chano. Sus predicciones, posiblemente dichas por murmurar, comenzaban a realizarse.

—Con tal que no se desclave, lo oí decir en voz baja.

Y sólo más tarde me vine a enterar de lo que quiso decir con esas palabras.

—En aquel bajo se vara, on Ñica, grita uno de los jinetes a otro que ha logrado sobrepasar al cajón y agita su lazo, cada vez

con círculos más rápidos, dispuesto a lanzarlo a la cabeza del ataúd.

El ataúd ha cobrado súbitamente velocidad, al tomar la masa de la corriente que borbota en dirección a la orilla izquierda, describiendo una gran curva.

—Allí se ataja, porque hay unas raíces reduras enterrás, avisa uno.

—Vivo el ojo, on Ñica, advierte otro.

Silba el lazo sobre el agua. Chasquea agudamente sobre la superficie y logra coger los pies del ataúd. Se detiene, entonces, con un brusco movimiento, atravesándose en la correntada.

Los huasos aplauden. Han olvidado por completo que se trata de un entierro. Se oyen explicaciones entusiastas. Carcajadas sonoras. De pronto, una advertencia:

—Se está corriendo el lazo, on Ñica. No se vaya a soltar de nuevo.

Este le comunica al lazo una ligera vibración, al mismo tiempo que clava su caballo en dirección contraria a la cabeza del féretro. El lazo se aferra, ahora, vigorosamente al cajón. On Ñica lo tira un poco. Lentamente rompe el fango líquido de la orilla, con su pesada marcha de lagarto. Parte de la choleta oscura se ha desgarrado como una piel y muestra la desnuda madera, rezumante de agua; pero la clavazón no ha aflojado. Como no tiene manillas lo han subido a pulso al terreno firme. Allí le han quitado el fango refregándolo con hojas de pangue y alguno ha intentado clavar de nuevo la choleta empapada de agua. Otros han ido en busca de los maderos del huando, detenidos un poco más allá, en un remanso, entre las raíces de un viejo sauce alcanzado por la creciente.

Vuelvo a encontrarme, una vez cruzado el río, con mi hermano y don Chano, junto al ataúd de doña Moñi. Se comenta en toda forma la hazaña del vieño de Peñalquín, el mejor lazo de la montaña. Recuerdan hazañas anteriores.

—Y el lazo parece tener virtud, porque se la ganó al Malulo, embroma mi hermano. ¿No le parece, on Chano?

Todos miran al viejo. Sus ojos claros parpadean. Se siente en un compromiso y concluye por responder gravemente. Conoce la psicología de sus coterráneos en esa materia.

—No hay que reírse de estas cosas, patrón Jorge. El Malo anda pu'aquí, regoleteando. ¿No ha visto lo fácil que boyó el cajón?

Todos se han puesto serios y miran al ataúd, como tratando de adivinar lo que hay debajo de las pobres tablas sin labrar.

—La ijunta puee haberse perdío. El Malo, en cuenta de dueño

del agua, se la'ha llevao pa entro e la tierra, por debajo del estero. No vaya a ser cosa que li'haya pasao lo mesmo que al finao Peiro Chávez, que no estaba na en el cajón, cuando le sacaron la'almohá.

Interviene con cierta cólera Desiderio Aravena.

—¡Vos andai siempre con chunchos, viejo mal hablao!

No contestó una palabra. Su protesta se ahoga en una profunda chupetada de su cigarro.

El huando estaba armado de nuevo. Y esta vez le tocó el turno al propio don Chano. Lo ví tomar ese paso rápido, típico de los cerros para estas circunstancias y ví a su Chincol trotar entre otros caballos tras el ataúd. Había cierta maliciosa inquina en la decisión de Desiderio Aravena. Ahora vería el viejo del Nirivilo si efectivamente doña Moñi continuaba dentro de las cuatro tablas del cajón que ya estaba en poder del Malo, en alguna cueva de los cerros más altos, el Peñalquín, el Mimgre o el Name.

En los hombros de los campesinos corría rápidamente el ataúd por una especie de meseta árida. Comenzaban a removerse sobre los cerros las pesadas masas de nubes, como si de pronto perdiesen el equilibrio que las sostenía en el espacio. El viento doblaba las varillas esqueléticas de robles y de hualles. Removía los pesados follajes de boldos y litros.

Sucio, sórdido, surgió el caserío del Empedrado entre los riscos mismos. Piedras y casas tenían el mismo color. La torre tosca de la iglesia dominaba los disparejos tejados. A su vista, se aceleró la marcha del féretro. Me pareció que la cara de Desiderio Aravena se iluminaba, mirando el hombro torcido de don Chano, en el extremo derecho del cajón. Pensaba, tal vez, que allí, en la vieja nave enladrillada, bajo el doblar de las campanas, se libraría la batalla decisiva entre el Malo y doña Moñi. Dios pesaría las buenas y malas acciones de la vieja del Peralillo. Sus deudos habían hecho todo lo posible por librarla de las acechanzas de Satanás. Purificada, después de la misa, se olvidarían sus borracheras y sus crímenes. El Malo, al acecho en algún rincón de la iglesia, la cabeza torcida para no ver la Santa Cruz, se escaparía por el ángulo de un vidrio roto con el rabo entre las piernas, hacia la cueva del diablo, en el risco más abrupto de la cordillera de la costa.

#### IV

Doblaba la campanita aldeana por el alma de doña Bonifacia Retamales de Aravena. Como palomas friolentas salían las



campanadas y el viento las echaba sobre los tejados, hacia el aire libre, por cima del lomo amenazante de los cerros.

El Cura aldeano, un viejo de cabello gris y tostado rostro, revestido con sus ornamentos sagrados, había recibido a doña Moñi en la puerta misma de la iglesia. Esto era una buena señal, porque el párroco había avisado que estaba enfermo. Todo el pueblo se reunió en el árido solar que hacía de plaza. Los huasos habíanse sacado trabajosamente sus viejos y estrafalarios sombreros y las crenchas se esponjaban, cambiando visiblemente de forma a cada segundo. Fué colocado el ataúd en una especie de estrado. Sobre la choleta, gris de fango, caían las gotas del hisopo bendito y los latines agrios del cura, medio mascullados por sus labios gruesos. En los ladrillos del piso se habían arrodillado los huasos. En la nave, cuadrada como una bodega, que olía al almizcle del excremento de las lechuzas, resonaban extrañamente la voz ronca del cura y las ásperas toses de los campesinos. Afuera, el viento se llevaba los sonos de las campanas. Parecían doblar muy lejos, más allá de los cerros, arrebujaos de niebla.

El Cura acompañó de nuevo el ataúd a la puerta. Y otra vez, bajo el cielo gris, ahora en contra del viento que hacía aletear las haldas de los ponchos y las barbas de los hombres. Así cruzó el cortejo la vieja calle del poblacho, la única. Las mujeres se asomaban a las puertas, bajo los corredores desnivelados, a las ventanas sin vidrios. Algunos hombres montaron a caballo y se unieron al acompañamiento. Las libaciones no habían terminado aún. Nuevos acompañantes, nuevos tragos que beber en las cantinas del pueblo.

El cementerio estaba en la falda de la colina, a algunas cuerdas del villorrio. El camino, quebrado en las cunetas por enormes zanjas de roja greda, repechaba casi verticalmente el cerro. Cuatro torcidas murallas de pardos adobes formaban el cementerio. Frente a la enorme y gastada puerta de roble, se detuvo el huando. Descabalgaron los huasos. Los cansados caballejos se amontonaron junto a la entrada. Colores dispersos que se reunían en una sola masa pintoresca. Desolado era el aspecto del cementerio aldeano. Toscas casuchas con tejas, semejantes a ranchos, agujereados por angostos ventanillos, eran las bóvedas de los aldeanos más ricos. Cruces mal hechas, con esqueletos de coronas, erizaban la parda desnudez de la tierra. Allí se cavaba la sepultura de doña Moñi. Cerca descansó el ataúd. Los huasos se sentaron a esperar. Fumaban y hablaban. Pesados, sordos, resonaban los azadonazos en la dura tierra serrana.

El frío se había agudizado. Y el viento, la blanca inmovilidad de las nieblas, era, ahora, un negro desfile de nubarrones

espectrales. Los campesinos echaban de cuando en cuando una mirada al cielo y hacían observaciones sobre el tiempo.

—Medio anortada la travesía, decía uno.

—Bueno que llueva pa que las helás se acaben, agregaba otro.

—A los trigos no les sienta ná muy bien la escarcha, completaba un tercero.

---

La fosa estaba lista. Los cavadores tiraron sus azadones a la superficie y esperaron. Pusiéronse de pie los huasos; pero aun no habían terminado las extrañas ceremonias de los cerros. Iba de asombro en asombro. A pesar de mis recuerdos de la montaña (pasé de niño muchas vacaciones en el fundo de mi padre), todo era, para mí, de un extraño sabor primitivo. Parecía vivir en otra época. En lejanos tiempos coloniales. Las supersticiones heredadas de los antepasados españoles y desfiguradas por los indios al civilizarse, habían persistido casi sin cambiar. Todas ellas tenían un mismo fin: hacerse gratos a Dios en el momento de abandonar la tierra. Eran generosos sólo en este instante. Generosos material y espiritualmente. Los corderos asados y el licor bebido sin tasa se hermanaban con la extraña ceremonia de agonizar en la tierra y ésta de quitar la almohada en que el cadáver apoyaba su cabeza, que iba a presenciar.

Desiderio Aravena había levantado la tapa del ataúd con el filo de un azadón. El cadáver quedó al descubierto. Todos se apretujaron para mirar ávidamente. Nadie le hizo ascos al picante olor que asaltó agudamente nuestro olfato. Al contrario, me pareció que un gesto de bienestar animaba la triste expresión de las caras campesinas. Se constataba que el cuerpo subsistía en el ataúd y que los ofrecimientos y rogativas a Dios habían resultado. Ahora nadie dudaba de la salvación de doña Moñi Yo mismo, sin advertirlo, respiré con satisfacción. Busqué con la vista a on Chano. Obstinadamente sus ojos miraban el cadáver. Nada decían. Quizá estaba avergonzado de sus dudas y se arrepentía de ellas en un interno acto de contrición. Me parecía oírlo decir, como tantas veces, durante el entierro:

—Con las cosas de los ijuntos, nu'hay que juarse, su mercé.

Desiderio Aravena había levantado con cariñoso cuidado (y sería la primera vez), la cabeza de la vieja y otro huaso sacó la pequeña almohada. Se hundió el cráneo en el hueco del ataúd. Crugiendo, la tapa fué clavada de nuevo. Desiderio tomó la almohadilla y con un gesto solemne la arrojó a un extremo del cementerio, junto al muro.

El ataúd descendía al fondo del hoyo. Con ruido cayó la pe-

dregosa tierra de los cerros sobre él. Todos los huasos recogieron puñados de esa tierra y la arrojaron a la fosa. Prodújome un curioso efecto ver esas manos torpes que sobresalían de los ponchos y se hundían en el ripio. Parda la tierra y pardas las toscas manos. ¡Qué semejantes eran, en el fondo, esa tierra viva y esta tierra muerta!

Luego, comenzaron los montañeses a salir del cementerio. Ya están de nuevo a caballo y en camino del pueblo. Conversan en alta voz, se ríen, échanse los caballos en pesadas chanzas, unos sobre otros. Deshecho el orden del acompañamiento, ya no distingo los huasos. Se me han perdido Desiderio y don Chano. Mi hermano se ha reunido, por fin, a mí. Nos vamos apartando poco a poco de ellos para doblar por otra calle y separarnos de la comitiva. En una pequeña astucia que mi hermano, conocedor de la montaña, va a poner en práctica, pero no hay tiempo de ejecutarla. Toda la comitiva se ha apelonado frente al varón de una vieja casa, en los afueras del pueblo. Gritan y cruzan sus caballos en el varón. Se abre la puerta y aparece una mujer alta, de ojos grises y cabello rojo. Casi lanzo un grito, porque me parece la misma doña Moñi que hubiera resucitado. Tiene una enorme tranca en la mano y su actitud es como desafío. Los huasos no piensan en esto, seguramente, porque descabalgan alegres y atan sus caballos al varón. Saludan chanceramente a la mujerota de gesto avinagrado y ésta responde en el mismo tono:

- ¿Cómo le va, oña Rosa?
- Aquí venimos a visitarla pa que no esté tan sola.
- ¿Qué no li'ha llegao mosto del Maule?
- Una carga vimos pasar l'otra tarde, por Peralillo.
- Ejela pasá qui ya está garuando, oña Rosa.

Para cada una de estas frases tiene la mujerona una respuesta pronta, tan áspera y tan cruda como la de los campesinos, sin soltar la maciza tranca. Así debió ser doña Moñi, pienso yo, cuando un grupo de huasos llegaba en busca de vino a su casa del Peralillo y echaban sus caballos sobre el varón. La miré con simpatía. Es como un nuevo elemento que me hace revivir a la muerta oña Moñi, con la cual se empareja esta aldeana a la del Empedrado. En los cerros o en la aldea, que es como una concreción de esos campesinos y de sus costumbres, han tenido un mismo sino. Más pobre ésta, porque el desmantelado cuarto donde estamos, una vez que ella dejó la tranca en la puerta, es su única riqueza. En la tierra ripiosa que se prolonga más allá, no hay frutales ni hortalizas. Un parrón enreda sus guías negras por unas tablas podridas. Un espino subsiste allí, junto a un

muro, arrinconado y raquítico. En tal forma me la recuerda, por la contextura, por la cobriza llama del pelo, por los ojos grises y duros que espero ver, de pronto, junto a la comisura izquierda, el lunarillo de retorcidos pelos rojizos que observé, a la luz de las velas, dos días antes en Peralillo. Supe, más tarde, que tenían el mismo apellido Retamales, tan común en los cerros como los hualles y los zorros. Producto de raza que viene a equivaler al bandido entre los hombres.

Los huasos habían comenzado a beber. Conversaban animadamente, mientras la mujer roja les llenaba las copas que el espeso vino de los cerros teñía de morado. Noté que estaba descalza y sin medias. Los pies deformes metidos en zuecos que choqueaban secamente a cada uno de sus viajes. En este momento nos separamos de la comitiva. La garúa habíase tornado llovizna mojadora. A través de este cendal grisáceo surgían extrañamente las casas de adobes, con sus tejados disparejos y sus puertas desvencijadas como bocas de viejas paralíticas. No habíamos doblado la esquina cuando nos alcanzó Desiderio Aravena. No pude reprimir un movimiento de ira. ¿Acaso ese huaso nos obligaría a volver de nuevo al cuarto donde estaban bebiendo el agrio vinillo de los cerros?

Mi hermano se rió con malicia.

—Espera, me dijo.

Y las palabras del huaso fueron, en efecto, un enigma para mí:

—¿Sus mercedes vuelven por Peñalquín o se alojan aquí?

¿Qué podía importarle a don Desiderio si nosotros nos quedábamos en el pueblo o nos íbamos al campo? Pero mi hermano, sin inmutarse, le daba explicaciones.

—Nos volvemos hoy mismo, vecino, antes que se descargue la lluvia. No tenga Ud. miedo.

La cara ancha y bovina se inundó de complacencia. Nuevos agradecimientos. Disculpas por la *molestia* de los caballeros. Ya sabíamos que su casa era la nuestra en Peralillo. Volvió riendas y desapareció en la llovizna, haciendo reverencias.

—¿Y a qué viene esto? le pregunté entonces a mi hermano.

—Otra costumbre de los cerros. Dicen que si el doliente llega a su casa primero que los acompañantes del duelo se mueren en el año. Y le queda mucho trabajo por delante. Ir recogiendo a todos los huasos, los ayudará a subir a caballo y los meterá en el camino. Hoy lo vamos a encontrar a la salida del pueblo. Vas a ver.

A nadie encontramos en el momento de vadear el estero. Todo el horizonte habíase puesto en movimiento. Una cordillera de nubes oscuras se desplazaba hacia el sur en vertiginoso galope. Ululaba el viento en los crispados ramos de los hualles. Tendíase el cerro en la dirección del norte como el lomo mojado de un monstruo gigantesco. Hacia los cerros, la noche se anticipaba con la llovizna.

Al abrigo de una escarpa, un jinete trataba de resguardarse del viento y de la lluvia. Ondeaba pesadamente su poncho oscuro, cargado de agua. En rápidos golpes de aire lo modelaba el viento como al resto del paisaje bárbaro.

—¿No te lo decía? observó mi hermano. ¡Ahí tienes al doliente en espera de los acompañantes!

Se aproximó a nosotros apenas nos divisó. Veía el movimiento de sus labios gruesos, descoloridos por el frío, pero no entendía sus palabras. Debían ser las mismas de siempre. Agradecimientos, buenos deseos, frases amables. El viento desgarraba los sonidos apenas salían de su boca. Mi hermano le respondía a voz en cuello. No había por qué agradecer. Era un deber entre vecinos. Lo invitó, por último, a seguir viaje a Peñalquín.

Bajo el viento, su cara humilde se trocó en colérica. Un fulgor de odio ensombreció sus ojos negros.

—¿Cómo quiere que me mueva, don Jorge? ¡Ese viejo mal arriado de don Chano no se sabe donde está! ¡Qué rato que pasaron los otros p'al Peralillo!

Rechinaron sus dientes y sus palabras se disolvieron en el viento.

—¡Pero me las va a pagar el viejo mal hablao de don Chano!

En el tumulto huracanado, los puños del montañés amenazaron hacia el oriente. Y los ojos de don Chano, maliciosamente ingenuos, los ví azulear en la trama húmeda del viento. Dos trancos del caballo y Desiderio Aravena fué absorbido por los cerros.

Durante horas, azotó el viento lluvioso nuestras caras. Durante horas sentí en mis oídos su queja aguda, plañidera, trágica.

## LA MENTALIDAD COLONIAL (1)

**L**A idea laica del mundo en que trabajó el humanismo renacentista, se proyecta en los siglos XVII y XVIII no sólo hacia el destino individual, hacia el problema de conducir la vida (Montaigne), de embellecerla (Castiglione), o de crear el juego sagaz de relaciones humanas que se llama la política (Maquiavelo), sino de dominar más allá del hombre todo lo que le rodea: Espacio, Universo. Es un proceso mental semejante al que condujo en el mundo griego del problema moral y psicológico de Sócrates al enciclopedismo de Aristóteles y a la codificada ciencia alejandrina. Empirismo y Racionalismo coinciden en los dos siglos que siguen al Renacimiento en la idea de que «toda naturaleza tanto la animada como la inanimada se halla bajo la soberanía de leyes naturales, y de que el hombre es capaz de descubrirlas, dice un historiador de los movimientos modernos, el alemán Herkner (2). El hombre de la Epoca del barroco que ha descubierto el cálculo infinitesimal y la gravitación universal y la circulación de la sangre, que se siente en posesión no sólo de sí mismo sino también del mundo, ya puede iniciar esa disolución de sistemas, esa ruptura del antiguo orden que caracteriza al siglo XVIII. A un siglo creador y frenético de espacio, tal como lo fué el siglo XVII, ha de sucederle una centuria crítica, destructora como la del XVIII. Inglaterra y Francia—empirismo y racionalismo,—dirigen la nueva conciencia del hombre europeo.

España ha quedado detrás; España no se incorporó a este movimiento del espíritu occidental que crearía la Ciencia mo-

---

(1) El presente trabajo corresponde al capítulo IV de los ensayos de interpretación de la vida colonial hispanoamericana, que ha acogido «Atenea» en sus entregas anteriores.

(2) Heinrich Herkner. «Los movimientos económico sociales en la Historia Universal» de Walter Goetz. Tomo VII.

derna, el método experimental, la Técnica. Precisamente es el siglo XVII el que marca mejor este enclaustramiento del alma española, en que el fanatismo de la Contra-Reforma separa a España de la comunidad de Europa y el intelecto se estanca en la contemplación del pasado, en el orgullo improgresivo. Cervantes, Velázquez, Góngora, El Greco, los picarescos, forman la última y espléndida floración del espíritu hispano; después de ellos prolifera el recargo formal—sin contenido—de los culteranos, la Retórica inerte, el aplebeyamiento y vulgaridad de su siglo XVIII hasta que despunta el genio de Goya. Quevedo era ya en el siglo XVII, un grande hombre anti-europeo; es decir un alma nostálgica de la virtud antigua, una imaginación medieval poblada de oscuros sueños, un retórico sin materia moderna cuya potencia se repliega en el enrevesamiento estilístico, en la desmesurada complicación formal.

Si ello ocurre en el Arte, el problema es más grave en el terreno de la Ciencia en cuanto el intelecto español se obtura para captar la nueva imagen del Mundo y aun para utilizar sus aplicaciones prácticas. Un liberal como Buckle se entretuvo en el siglo pasado en señalarnos en un librito muy conocido, todo lo que la vieja España ignoraba, y en transmitirnos una interpretación inglesa y protestante de la Historia española. En torno de la idea de Progreso—idea muy revisada por la crítica de nuestro tiempo—se edifica el libro de Buckle, y no vale ya la pena seguirle en sus cerrados denuetos contra la mentalidad hispana. Pero queda de la teoría de su libro y de la documentación que complementa cada capítulo, la certidumbre de que España no sólo se amuralla contra las ideas europeas, sino finca en ello un vano orgullo. Ante la nueva época científica, analista, razonadora que ya desde el siglo XVII se perfila en el horizonte histórico con la ascensión creciente de las burguesías de Francia e Inglaterra, España se repliega en su individualismo guerrero o religioso, manejando valores espirituales, formas de vida o de pensamiento, ya desplazados por la historia. Ni más ni menos que como en días más recientes, hacia 1898, el pueblo de Madrid nutrido por las revistas cómicas y las declaraciones empenachadas y fanfarronas de los políticos monárquicos—vestidos de negro y con sombrero de copa—, no dudó que podrían vencer a los Estados Unidos, porque un hombre español—decían aquellas revistas—tenía más tradición guerrera y más arrojo caballeresco que un salchichero de Chicago. Como si la guerra moderna fuese cuestión de valor individual, de apostura o fanfarronería romántica, y como si la técnica militar de Estados Unidos estuviese en manos de los salchicheros. Pero esos polí-

ticos y esos periodistas que vieron el desastre español del 98, razonaban un poco como había razonado Forner un siglo antes cuando al poner en parangón en su «Oración Apologética» la inteligencia española con la de las demás naciones europeas, casi alardeaba de no encontrar en su país un Newton o un Descartes. «No hemos tenido en los efectos un Cartesio ni un Newton—escribía Forner—; démoslo de barato; pero hemos tenido justísimos legisladores y excelentes filósofos prácticos, que han preferido el inefable gusto de trabajar en beneficio de la humanidad a la ociosa ocupación de edificar mundos imaginarios en la soledad y silencio de un gabinete». Y el pobre y ofuscado Forner se empecina en pensar que las medioevales universidades españolas son superiores a las de los otros países de Europa, «porque no se dejan deslumbrar con los ásperos cálculos e intrincadas demostraciones geométricas con que, astuto el entendimiento disimula el engaño con los disfraces de la verdad».

«Ásperos cálculos e intrincadas demostraciones», esta frase de Forner digna de un escolar perezoso a quien no le gustan las Matemáticas, nos explica en parte por qué a partir de la Contrarreforma, la mentalidad española que había aspirado a ser europea con hombres como Vives, se estanca, sigue elaborando una vieja materia medioeval que como no se acrecienta ni renueva debe disimularse bajo la complicación de la forma. Contra la Inquisición y la penuria de ideas, lo que pudiera llamarse el pensamiento español de los siglos XVII y XVIII, ofrece una inflada envoltura retórica. Cuando en el siglo XVIII los llamados clasicistas le quitan este ropaje, aparece en su escuálida y temblorosa desnudez. Un hombre como Feijoo es para la España del siglo XVIII el sencillo maestro de escuela que en el pueblo rural y supersticioso, ha negado la existencia de las brujas.

---

Si esto es España, la metrópoli, ¿qué serán las colonias de América? La visión del mundo nuevo; la diversidad de costumbres, episodios y sucesos había producido en el intelecto español del siglo XVI—especialmente en los hombres que vinieron a América—un estímulo de cosas concreta que se expresa en una literatura historiográfica tan llena de hechos, de observaciones de la naturaleza y el hombre, como la del libro de Oviedo y la sencilla y palpitante relación de Bernal Díaz. El Inca Garcilaso—ya lo hemos dicho—es el primer exponente de una nueva mentalidad hispano-criolla que se afana en descubrir para la pupila europea el testimonio virgen, el insospechado relato de América. Pero los Reyes y las autoridades de España no quieren que se desarrolle en sus colonias una Literatura de esta tendencia;



fomentaría entre los nativos un Nacionalismo precoz, les daría la ilusión y la fuerza de un pasado mítico, y en sus leyendas, en su folklore, en el conocimiento de su Naturaleza, se iría fincando el nuevo sentimiento criollo. Así llegan a prohibir por medio de Ordenanzas y Reales Cédulas que los americanos escriban sobre temas de América. Aun en el siglo XVIII, en el siglo más tolerante de la Colonia, el Virrey del Perú, don Teodoro de Croix, promulga unas Ordenanzas para el régimen interior del Coliseo de Lima, en que entre otras cosas se prohíben las comedias sobre «reyes y conquistas, especialmente las de parte de dominios de América, por las poderosas y atendibles razones que constituyen en la clase de irregular, perniciosa e inoportuna, su representación en el teatro (1)». Queda excluída así de la imaginación representativa del criollo el propio medio en que actúa, sus recuerdos, sus emociones, las formas de que fuera cargándose su subconsciente. Y como por otra parte, la Educación clerical de entonces no le presentaba tampoco un material que le revelara los fenómenos del mundo, la vida de otras naciones, las leyes que rigen la Naturaleza, se refugia en lo convencional y abstracto. No es la propia experiencia, la síntesis que el individuo pensante y responsable ha elaborado, la que lo guía en medio del Caos de las cosas. Es un criterio infantil de autoridad: las farragosas citas que colman sus discursos, traídas sin medida ni selección de los padres de la Iglesia, los autores latinos, los maestros de la Escolástica; es la máquina alegórica, las metáforas y la Mitología extraída de los libros de Retórica, algo que se repite rutinaria y mecánicamente sin relación alguna con el individuo; es la artificiosa deducción que parte de lo más lejano para llegar al hecho próximo y simple. El doctor colonial razona como aquel profesor de la Universidad de París en el siglo XIII, de que nos habla Huizinga en su hermoso libro sobre la Edad Media, que al oponerse a la promulgación de un derecho de matrícula toma un texto de los Santos Padres, no lo relaciona con el suceso contemporáneo que originó la disputa, sino al través de las citas y las demostraciones de sus silogismos, abate con su gimnasia dialéctica la paciencia y voluntad de los oyentes. El hecho histórico, la circunstancia inmediata, no le interesan tanto al argumentador como las frases de la Patrística que exornan su recargado discurso. Es una forma de intelecto que carece de espíritu histórico. No observa el acontecimiento mudable ni las reacciones del grupo social; al hecho nuevo aplica la fórmula vieja, el dictámen que aprendió, sin arraigarlo en su personalidad, sin

---

(1) V. Medina «Literatura de Chile». LXXXV.

afanarse en la comprensión directa e inmediata del presente o en la previsión del futuro. Pedro de Oña, por ejemplo, es un poeta colonial cuya juventud transcurre en los azorosos días de la Conquista de Chile, en una de esas ciudades-fortalezas cuyo asiento mudaba con las marchas y asaltos de los indios. Ha conocido a los araucanos, en guerra y en paz, como podía conocerlos un contemporáneo de don García Hurtado de Mendoza. Se va a Lima, sigue estudios de Sagrada Teología, y escribe un poema. Pero no puede mencionar en su poesía—porque le parece contra las mejores tradiciones de la Retórica—, las plantas y los animales de Chile aun no ennoblecidos por el Arte, y su selva araucana está recorrida de «jabalíes cerdosos y fieros» que sirven de antítesis a los «gamos tímidos y ligeros», como unos imaginarios tigres que nunca los consintió la verde humedad de Arauco, se contraponen a las «corcillas y venados» de costumbres más suaves. El interés de la antítesis prevalece aquí, sobre el contenido histórico a que el poema aspiraba.

Lo que nuestro espíritu moderno tiende a individualizar y diferenciar por medio de la Historia, el hombre colonial lo encierra en lo más rígido y estilizado de la Alegoría. En su imagen mental del mundo—o a lo menos en la que dan los libros en que se le enseña—, lo Humano no es más que la primera etapa, el más humilde escalón en la marcha hacia lo Eterno y lo Divino. Lo Humano—lo enseña la Mística ya desvaída que ha venido a América—es la «estación purgativa; la fuerza laboriosa que hace el alma en la tierra para contener sus potencias mal habitadas». Venciendo lo Humano se llega a la «estación iluminativa», en que el alma empieza a hallar la verdad que desea, se va serenando y descarnando, y por último, en un esfuerzo final del espíritu purificado, se alcanza la estación «unitiva» en que el alma se hunde en el seno de Dios (1)».

Pero estas ideas tan llenas de impulso místico y creador en la época de Dante, en la época de Tomás de Kempis, de Gerson, degeneran hasta lo grotesco en el medio casi rural, sin pasión creadora, de nuestra Colonia. El fraile colonial que ha empezado con una idea platónica termina alabando a Cristo en imágenes groseras, como estas de una poesía colonial argentina:

Bizcocho cocido al fuego  
De tu amor en tus entrañas,  
Con dulce, que al que te gusta  
Nunca ofendes ni empalagas;

(1) Véase. Medina «Literatura Colonial de Chile». Tomo I. Cap. XV. Tomo II. Cap. II, V.

amasado pan con leche  
De una Virgen Soberana (1).

Cuando del mundo abstracto de su Teología, el fraile ha descendido a buscar las palabras de un lenguaje más expresivo e íntimo, no ha encontrado más que estas metáforas burdas. Todo un sensualismo sin espiritualidad—que es el de los Conventos de esas ciudades mestizas donde la Tierra da buenos frutos y se come abundantemente,—está en los empalagosos versos del fraile. Vuelve a recordar en alabanza de Dios o de la Virgen, los manjares del Convento:

Blanco manjar, que de leche  
Virgen de harina floreada,  
Con carne de Ave María  
Se hizo tan gustosa masa;  
Y de promisión racimo,  
Trigo de la Tierra Santa,  
Fruto de una tierra virgen  
Que te dió quedando intacta.

El pensamiento del hombre colonial parecería primitivo si la autoridad de los viejos librotos o las órdenes de la Santa Madre Iglesia que se aceptan sin crítica, no disiparan un poco el terror que el primitivo siente ante el Universo. Pero quedan fuera de la órbita de lo puramente religioso muchos fenómenos de la Naturaleza o hechos sociales a los que se les da una explicación mágica, casual o fatalista. Entre lo que pudiéramos llamar la Cultura Colonial—Teología, Retórica, Lógica Escolástica. Derecho Canónico,—se deslizan algunas falsas ciencias que como la Astrología intentan explicar o conciliar algunos aspectos de la Naturaleza o el Mundo que la Religión no satisface del todo. Ni la Inquisición que ejerce la policía de las conciencias se atreve a destruir completamente ese natural apetito de misterio que hay en las almas. Algunos frailes no temen ser astrólogos y leer en los signos de los Astros el destino de hombres y naciones. No ha nacido la Economía Política ni la Sociología que pueda relacionar los hechos sociales; el hombre tampoco interpreta el Universo como un sistema sometido a leyes, que conocemos por la experiencia y la observación. La Contrarre-

(1) V. «Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires», por Juan María Gutiérrez en «La Revista de Buenos Aires», T. VIII, 1865.

forma se había colocado en oposición al avance libertador de la conciencia moderna, y «prefiere buscar la solución de los problemas cósmicos y físicos en Aristóteles o en una especulación pura desprovista de base empírica» antes de acudir a Copérnico, Galileo y Newton, anota el argentino Korn (1)».

Así lo mítico reemplaza a lo verdadero, y más allá de lo instintivo y elemental, se levantan las potencias oscuras de la Fatalidad y el Destino. La Naturaleza no obra por sí, desarrollando su propio proceso, sino como la manifestación o el signo de un Dios colérico o justiciero. «Se abre la Tierra, se despedazaron los montes, sepultáronse gentes y animales, reventaron volcanes de fuego, piedra, arena y agua de diferentes colores, se cerraron los caminos y desbordaron los ríos», ésta es la descripción del suceso cósmico para un cronista colonial. Pero veamos como repercute en el alma colectiva: «Fué grande la confusión que causó a la gente que acababa de retirarse de la procesión del Señor de los Temblores. Confundidos todos, volvieron a salir a la plaza con extraordinarios clamores. Acudieron a confesarse con fervorosos actos de contrición como que tenían la muerte a los ojos. Hubo gran número de penitentes, azotándose unos y cargando pesadas cruces y arrastrando cadenas los otros. Los padres jesuitas exhortaban a la multitud con pláticas de grande espíritu (2)». En una Naturaleza y un mundo casual donde los hechos suelen resolverse por el combate entre Dios y el Demonio, por la «voluntad de Dios» o por las libertades que éste concede a su enemigo el Diablo, el hombre quiere asegurarse la alianza de uno u otro Soberano, y como consecuencia de la falta de espíritu científico surge la Magia y la Superstición, si ellas no existieran ya en el alma del indio o del negro. La vida espiritual de la Colonial presenta así dos zonas: una es la cultura de los claustros y los colegios jesuíticos, la que puede enseñar al escolar las bellezas de la lengua latina, los ornamentos de una tortuosa sintaxis, el aprendizaje memorizado y rutinario, el acopio de datos o la mecánica habilidad dialéctica de que puede hacer gala en la conversación o en el debate, y otra es ese terror oscuro—tan próximo al terror del primitivo—, que le asedia ante lo desconocido, ante el fenómeno cósmico o los días que vendrán. Hay numerosos intérpretes de ese mundo misterioso, desde el brujo aborígen pasando por la beata criolla, hasta el astrólogo pedantesco que reviste su dictámen de aparatosa forma científica. Tribaldos de Toledo, el cronista de Chile, quiere buscar una expli-

(1) A. Korn. «Las influencias filosóficas en la evolución nacional». Revista de la Universidad de Buenos Aires. Tomo IX.

(2) V. «Anales del Cuzco (1600-1750). Lima, 1901, págs. 99, 166 y 205.

cación moral a la tremenda e inexpiable guerra de conquista que los españoles hacen a los araucanos, y para ello estudia la Astrología. Aprende en los astros que cruzan el cielo de Chile, que la inclinación de la gente que allí habita «no aspira a otra cosa que a contiendas, barajas, furor bélico, disensiones y tumulto militar» y de ello deduce—sin que la Conciencia se le asquee—que «era indispensable que los araucanos fuesen exterminados uno a uno (1)». Otro cronista observa que cuando parte de Chile el Gobernador don Francisco de Meneses, cuyo Gobierno se caracterizó por la constante guerra y peligrosa intranquilidad de los indios, se desvaneció del Cielo un cometa que mantuviera a los colonos en aterrada zozobra. Ello se entiende como el augurio de días más prósperos y menos perturbados (2).

---

Como el individuo no realiza el esfuerzo libertador, crítico, que elimine ese material de sueños, de supersticiones y terrores que gobiernan su vida, el poco de orgullo creador que pueda quedarle, lo aplica a lo meramente formal y expresivo. La Colonia es fundamentalmente una Edad retórica en cuanto aprecia más el nombre que la Cosa. La vanagloria retórica cubre e hincha todas las manifestaciones del individuo o del grupo social. Los cabildantes de El Cuzco se reúnen un día de 1614 para determinar que todas las escrituras y documentos de los escribanos, deben ser precedidos de la pomposa frase: «En la Gran Ciudad de El Cuzco, cabeza de los reinos del Perú», y dictaminan también los castigos y las multas que merecerán los infractores».

La pasión española por las formas solemnes, por el «empaque» y el «ademán» explican la profusión de los títulos y epítetos, el carácter barroco de la prosa laudatoria con que el escritor colonial—como Peralta y Barnuevo en el Perú—, intentan granjearse la voluntad de los Virreyes, de la Audiencia, de la Inquisición.

El conceptismo y culteranismo españoles del siglo XVII degeneran hasta lo monstruoso en esas fábricas de literatura cortesana y de estafalarios sermones, que son los conventos de América. Los jesuitas han conservado algo de esa curiosidad por la Naturaleza y los aborígenes americanos, que caracterizó a la Literatura historiográfica del siglo XVI, pero la forma escolástica de su Cultura no les ha permitido ordenar científicamente sus observaciones. En ellos se produce el conflicto entre

---

(2) V. Medina «Literatura Colonial». I. CXXIII.

(3) Medina «Literatura Colonial», I. CXXIV.

la «abstracción» medioeval y lo «concreto» moderno. «Las producciones tan meritorias de estos padres—escribe Korn—en general carecen de carácter científico por falta de sistematización y se hallan plagadas de referencias fabulosas, de patrañas burdas y de supersticiones inconcebibles. La creencia en los hechizos y en el comercio con el demonio es corriente. Las vetas de metales en el Famatina, (Argentina), han sido encantadas de modo que no se les puede explotar por los españoles; el oso hormiguero mata a su presa aferrándose a las quijadas, así sea un tigre; el anta se practica sangrías; el quirquincho mata al ciervo; hay culebras que traban a un hombre y violan mujeres, y otras, después de servir de pasto a las aves y quedar reducidas a esqueleto, resucitan. Toda la enseñanza escolástica se propone vincular lo visible a lo invisible, las cosas a sus ideas trascendentales, y esta tendencia exagerada por sugerencias místicas, adquiere suficiente imperio para amoldar todas las impresiones y ocurrencias, a las categorías preestablecidas en el entendimiento (1)».

La palabra desprendida de su impresión sensible, es en el retórico colonial, el retorcido adorno con que se oculta el pensamiento vacío. Las reglas de su preceptiva barroca le enseñan la antítesis, la trasposición, la alegoría. Hasta el libro hagiográfico en que se cuentan los milagros de algún santo y que está destinado a la devoción casera de la familia colonial, ostenta el título ampuloso y traspuesto: «Exaltación magnífica de la Betlemítica Rosa, de la mejor americana Jericó», se llama por ejemplo, una novena (2).

Pobre de contenido, el escritor colonial aspira a ser complicado en la forma. La Cultura es otra manifestación de receloso individualismo. No se sirve con ella ningún alto fin social, se demuestra ingenio, o bien es el instrumento de una dominación esotérica. Explicando la misma fe, las congregaciones religiosas de una ciudad pleitean por la elegancia de sus sermones, la profusión de sus citas, el efecto público que producen sus pláticas. La historia de una Universidad Colonial como la de Córdoba, en Argentina, es siempre la lucha entre dos órdenes religiosos. En Córdoba el combate se traba entre los jesuitas y franciscanos con una violencia y un furor dialéctico semejante al de los franciscanos y dominicos en la Edad Media europea. «Aunque hermanos teóricos en la fe de Cristo, reñían como simples sindica-

(1) A. Korn. Artc. citado. «Revista de la Universidad de Buenos Aires», Tomo IX.

(2) V. Vicente G. Quezada «La vida intelectual en la América Española»

tos comerciales por los beneficios de enseñarla», escribe José Ingenieros (1).

Dentro de esa imagen enrevesada y conceptista de la Cultura, cada gran convento americano tenía—lo que llamaríamos hoy un «campeón» de ingenio. Ese fraile no puede lanzarse a interpretar las escrituras por su cuenta, estaría expuesto a las persecuciones de la Inquisición, pero puede en cambio exprimir su meollo para una labor de juego intelectual vano y solitario. Es entonces el fraile que compone dísticos retrógrados que se podían leer del principio al fin, o del fin al principio sin alterar su sentido; el otro que compone largas páginas de prosa omitiendo el uso de una vocal, el que hizo un centón de los versos de Góngora cambiándolos de lugar para formar nuevos poemas, el poeta de los acrósticos o el varón laborioso e inútil que como el cura Alegre en México, emplea parte de su vida en verter el griego de Homero en exámetros latinos (2).

En ese mundo casual en que el hombre vive, regido por fuerzas invisibles, divinas u oscuras, cunde también la profecía o la interpretación mágica de las cosas. Un sacerdote pronostica en El Cuzco hacia 1745 que la guerra entre España e Inglaterra terminaría ese año, deduciéndolo de una explicación numérica que hacía de la Antífona «Da pacem Domine». Daba a las letras vocales de dicha Antífona la significación de un número; la A equivalía a 1, la E a 2, la I a 3, la O a 4 y la U a 5. Descomponía en cifras el texto de la Antífona, las sumaba y obtenía el total de 1,745, en la siguiente forma:

Da. ....	1
Pacem. ....	12
Domine. ....	432
In. ....	3
Diebus. . . . .	325
Nostris. ....	43
Quia. . . . .	531
Nonn. ....	4
Est. ....	2
Allius. ....	135
Qui. . . . .	53
Pugnet. ....	52
Pro. ....	4

(1) «La evolución de las ideas argentinas», I. 58.

(2) Véanse. Menéndez y Pelayo: Historia de la poesía hispanoamericana, I; Barros Arana, Historia de América, II; Quezada: Vida intelectual en la América Española; Medina: Literatura Colonial de Chile,

Novis. . . . .	43
Nisi. . . . .	33
Un. . . . .	5
Deus. . . . .	25
Noster. . . . .	42
	1,745

El intelecto colonial no sólo es improgresivo, sino puesto en contacto con una sociedad primitiva y supersticiosa, se infantiliza en la repetición o en la materialización grosera de lo espiritual e imponderable. El Catolicismo penetra en las masas porque ha aprovechado los mitos indígenas y ha traducido en imágenes perceptibles al hombre nativo, cuanto había de meramente conceptual en su doctrina. Así como la estrategia jesuítica en la Europa de la Contrarreforma es servir la Religión al uso de las Cortes, buscar la protección de los grandes disimulando por medio de una casuística hábil los deslices y concupiscencia de éstos, en América sabe adaptarse al mundo imaginativo del aborigen. Podría hacerse un curioso ensayo de psicología colectiva sobre los métodos de la catequización jesuítica en el Paraguay, sobre esa pedagogía flexible y oportunista que habla al natural, utilizando sus propias imágenes. Unas láminas como las que exornan la curiosa traducción al idioma guaraní de «Lo temporal y lo eterno» del Padre Nieremberg, serían más reveladoras en este caso que cualquiera disertación sociológica. El infierno y el cielo barrocos del Padre Nieremberg al verse al indio han tomado los elementos del paisaje ambiente; las penas del infierno se materializan en horrible plasticidad, y la paz del cielo se parece a las de las aldeas guaraníes el día domingo, cuando los aborígenes vistieron ropa limpia, oyeron la misa conventual y se entregaron a sus sencillos juegos,

La multitud indígena o mestiza necesita hacer tangibles los conceptos; convertir en sensorial lo abstracto. El Cura colonial le ofrece en sus pláticas y sermones tan apetecidos elementos. En un «Devocionario Vía Crucis» impreso en Buenos Aires en 1784, se explica la Pasión de Cristo con infantiles nociones estadísticas. El devoto debe saber que Cristo en los cuatro días que transcurrieron desde la entrada a Jerusalén hasta el drama final del Calvario, recibió «siete caídas desde el huerto de Getsemaní hasta la casa de Anás», «ciento cuarenta y cuatro puntapiés», «ciento veinte puñadas», «veinte y ocho golpes en el pecho y ochenta en la espalda». Y sigue inventariando el Devocionario: «Se-



tenta y ocho veces tiraron de las sogas que llevaba al cuello; trescientos cincuenta repelaron el cabello de Su Santísima cabeza, sesenta tiraron de su venerable barba. Los azotes que le dieron pasaron de cinco mil. La corona de espinas atravesó su cabeza con mil punzadas. Su santísimo corazón fué cubierto con setenta y dos angustias. Dió en el discurso de su pasión ciento nueve suspiros. Tuvo en su cuerpo mil cuatrocientos setenta y cinco heridas entre grandes y pequeñas sin las mil de la cabeza. Derramó doscientas treinta mil gotas de sangre. Las lágrimas que por nosotros vertió fueron seiscientas mil doscientas (1)».

Si la religión parece en la vida colonial el espectáculo por excelencia, no es tanto como lo hace notar Ingenieros porque ella da rango social, y la Iglesia reemplaza en aquellas aldeas al Club o al Casino, sino más bien porque sólo como espectáculo puede ser comprendida. ¿Cómo hacerle entender por ejemplo, a los habitantes de El Cuzco la finalidad de la Orden de la Merced; cómo conseguir de ellos abundante limosna para la redención de los cautivos en Africa? Más que una larga predicación sirve para esto un espectáculo. El tercer domingo de Septiembre recorre las calles de la ciudad una coloreada comparsa donde jóvenes vestidos con orientales atavíos hacen su papel de turcos, atraillando cautivos que arrastran grillos. A las tres de la tarde la gente se congrega en el templo de la Merced. Un fraile predica en el púlpito para la población española, y otro en el atrio del templo habla a los indios en idioma quechua. «Acabado el sermón—dice el cronista—, puesto el Gran Turco en un trono que habían arreglado los religiosos, fueron con mucha sumisión a tratar del rescate, y el turco se mostró muy severo hasta el punto de dar mucha risa. Hechas estas ceremonias salió el paseo montando en caballos y mulas. Iba por delante el acompañamiento de ciudadanos, caballeros, vecinos y colegiales; los más llevaban escapularios de la Orden y escudos del Rey don Jaime. Salieron los religiosos, unos a pie, otros a caballo, llevándole alguno de ellos el palafren y otros el estribo. Hubo algunos vestidos de turcos, y otros tantos cautivos con grillos. Sacaron los frailes una imagen del Señor de la Columna, y un religioso iba desatándole las sogas, llevando por delante cinco mulas con barras, y seis talegos de plata (2)».

Aquel despliegue sensorial de colores, músicas y escenas, es para el criollo la Religión Católica. A un espectáculo regocijado

(1) V. Gutiérrez. Bibliografía de la primera imprenta en Buenos Aires. «Revista de Buenos Aires». Tomo VIII. Págs. 250 y 251.

(2) V. «Anales de El Cuzco». 1600-1750, pág. 340.

donde prima el rojo y el azul—que son los colores del Gran Turco—, puede suceder el espectáculo sombrío como el que en un caserón colonial entre las verdes velas del alma, el negro de los trajes talares, las mujeres arrodilladas que rezan las más patéticas oraciones jesuítas, preparan al agonizante para el tránsito de la muerte. ¡Cómo contrasta este mundo de la religiosidad plástica, sensorial, materializada hasta lo infantil, con la grave concentración religiosa, con el desnudo templo en que reza el puritano!

Retórica, ornamento, liturgia, prejuicio y superstición, han impedido al hombre de la época plasmar una conciencia libre. Su audacia intelectual, cuando llega a tenerla, no va más allá del detalle, no puede traducirse en una nueva idea del mundo. Felices con las rutinas adquiridas, se suceden y pasan las generaciones. Lo que entonces se llama «la ilustración» son formas estilizadas y lejanas que no reciben nunca la verificación de la vida. Los escritores de aquellos libros coloniales de México o de Lima, pocas veces tienen algo directo que decir. Hasta se ha perdido en la sedentaria molición de la villa criolla aquel afán de aventuras, de hechos y de fábulas extraordinarias que moviera la pluma de los primeros cronistas. Leemos a Bernal Díaz o al Inca Garcilaso, pero no podríamos leer ya a un Peralta y Barnuevo. Sobre la naturaleza envidiable que estos hombres podían ver, primaba la Mitología y la terrible digestión de sus citas escolares.

En los veinte últimos años del siglo XVIII advertimos ya los primeros hombres modernos. Son como en toda época que va a morir, los revolucionarios: un Nariño, un Manuel de Salas, los que en el viaje a Europa o en los libros de contrabando descubrirían los pensamientos explosivos, para vestir y dar forma a su inexpresada protesta.

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## LOS PROGRESOS SOCIALES DE ESPAÑA REPUBLICANA (1)

**E**S motivo para mí, de honda y legítima satisfacción el ocupar hoy esta tribuna, a pedido de la Universidad de Concepción; de esta Universidad que es honra de la cultura americana, y orgullo de Chile, por los sabios ilustres que ella alberga, por la orientación inteligente de sus actividades y por la comprensión exacta del rol que debe desempeñar en la vida cultural y en el progreso general del país.

En estos momentos de inquietudes espirituales y materiales, en que principalmente, en estos países de América Hispana, se nota una desorientación en casi todos los aspectos de la vida colectiva, en que se constata con inquietud una disgregación de los valores, nada más noble y trascendental que la obra de investigación científica, de divulgación cultural concurrentes a la solución de los graves problemas del presente. Esta acción de intensa cooperación social de la Universidad tiene una trascendencia grande en nuestro país en que un egoísmo enorme y el olvido de los altos intereses colectivos, agravan la solución de todos nuestros problemas y constituyen una amenaza seria para el porvenir. No hay progreso posible, en ninguna sociedad humana sin el desarrollo del concepto de solidaridad social.

Nada más grato para mí, en esta ocasión, que hablar de España, a la que he aprendido a admirar y a querer desde niño: primero en el Liceo recordando la epopeya homérica y no igualada de Colón, recorriendo la historia del imperio más grande que haya existido en el mundo en la época de Carlos V y Felipe II, visitando más tarde sus grandiosos monumentos, sus obras de arte, sus museos de pintura donde se plasma y sobrevive el al-

---

(1) Conferencia leída por su autor en la Universidad de Concepción.

ma heroica y artista de un pueblo grande en el pasado y más grande aun en el presente y que nos legara tradiciones de esfuerzo, de tenacidad y de valor.

A través de diez años de viajes periódicos por España he podido apreciar la evolución que allí se ha operado en la cultura de ese gran pueblo, en las instituciones políticas y sociales; transformación notable especialmente después de la República, en que España estructurando su vida política sobre principios de una sólida, verdadera y avanzada democracia se coloca a la cabeza de los pueblos civilizados del presente. España, destruyendo las barreras espirituales que nos separaban, ha realizado y esta realizando una transformación profunda en el dominio económico-social, cuyo ejemplo es valiosísimo para las Repúblicas del Continente Hispanoamericano, que atraviesa por una crisis profunda de valores, de concepciones y una desorientación en la vida política, social y económica.

Para comprender y aquilatar los progresos sociales de España Republicana es indispensable decir dos palabras sobre la obra cultural preparatoria de la República.

Fueron en gran parte los elementos intelectuales de España —los que constatando los errores de la monarquía, la ausenciade, una organización democrática en las instituciones, la carencia de una orientación verdaderamente nacional en la solución de los grandes problemas,—los que primero iniciaron una ofensiva ideológica contra un régimen de privilegios de clases y de castas, que mantenían al país en un estagnamiento de inquietantes perspectivas para el futuro: Unamuno, el gran sabio y esteta español; Blasco Ibáñez, el novelista-sociólogo insuperable; Marañón, el célebre psiquiatra y médico; Araquistain, eminente escritor; Ortega y Gaseet, Altamira y muchos otros más, realizaron durante años una labor inteligente, continuada, muchas veces ingrata y hasta dolorosa, de difusión del ideal republicano.

El Ateneo de Madrid, de histórica recordación en esta época de gestación de la República, fué el baluarte de una pléyade de escritores, intelectuales y políticos, que no se sintieron amedrentados, por las persecuciones, las venganzas y el sufrimiento.

En el pueblo mismo el ideal republicano se encontraba difundido y defendido por eminentes políticos como Lerroux, Indalecio Prieto y muchos otros.

Por su parte, el gran Pablo Iglesias, el fundador del partido socialista español, había logrado, a través de su vida admirable de apóstol y de luchador, difundir el evangelio republicano entre las masas obreras,

La Unión General de Trabajadores, fundada hacía 22 años,

que agrupa las instituciones obreras más numerosas y mejor organizadas de España, ejercía su acción en todos los centros obreros; acción lenta, de difusión y de cultura socialista republicana, que logró formar a través de los años *una verdadera conciencia social entre las masas*, conciencia de su personalidad, de sus derechos, así como de sus deberes colectivos y sociales. Es a la Unión General de Trabajadores a quien le corresponde un sitio de honor en la jornada republicana; con su actitud elevada, su acción enérgica y su dirección inteligente demostró al mundo lo que puede ser una masa obrera culta e idealista. La Unión General de Trabajadores no preconizó el odio de clases, sino la lucha por el ideal republicano y socialista. Y es así como pudo llevarse a cabo el advenimiento de la República, sin violencias, sin venganzas y sin tragedias. Es necesario recordar que la Unión General de Trabajadores cuenta como con dos millones de obreros sindicados, todos perfectamente penetrados del ideal republicano, consciente de sus derechos como de sus deberes y dispuestos a sacrificarse por el bienestar común.

El ascendiente moral de la Unión General de Trabajadores sobre la clase trabajadora de España, se explica por el hecho que siempre ha tenido como dirigentes hombres eminentes por su rectitud, su preparación y su espíritu de sacrificio; que jamás se inspiraron en un deseo egoísta de provecho personal. Ocupa el primer lugar entre los dirigentes de la Unión General de Trabajadores, Largo Caballero, actual Ministro del Trabajo de España, luchador y apóstol infatigable, como Iglesias, de recia personalidad moral, de gran cultura y enorme ascendiente sobre los obreros, que se ha conquistado un puesto de honor en la vida de la República Española. Para que se aprecie a este hombre debo relatar que en el último tiempo de la monarquía, fué perseguido y encarcelado, y amenazado de muerte. Semanas antes del advenimiento de la República, cuando la Monarquía agonizaba, los políticos amigos del rey, le insinuaron que sería una salvación del regimen obtener la colaboración de Largo Caballero como Ministro del Trabajo. El Rey, aceptó la idea y envió al Jefe de su gabinete al Presidio de Madrid, donde estaba Largo Caballero, preso, a ofrecerle el Ministerio del Trabajo. Largo Caballero contestó que prefería la prisión, con todas sus inquietudes y horrores, que sentarse al lado del Rey a colaborar en su gobierno.

Se comprende que con hombres de este temple, que contrasta con la miseria moral de hombres de otras latitudes, la Unión General de Trabajadores haya jugado un papel preponderante desde el advenimiento de la República Española, y que sus pos-

tulados figuren en la Constitución política y en el programa de Gobierno.

Antes de hablar de los progresos sociales de España Republicana estimo de justicia recordar que la legislación social española se ha distinguido siempre por su carácter generoso y humanitario y que sus disposiciones más características fueron dictadas inmediatamente después del descubrimiento de América. Ya en el siglo XIII ciertos textos mostraban las tendencias de un espíritu social que se ha manifestado más tarde con tanta evidencia e intensidad.

Durante el período colonial, España puso en práctica, por primera vez en la historia humana, la doctrina de la protección y de la tutela de las razas coloniales, que ella consideraba como la expresión de un mandato histórico de las razas superiores y civilizadas.

La manifestación más conocida de esta doctrina es la consagración por las leyes de Indias del estatuto jurídico que reconocía la libertad de los indios.

Numerosas otras disposiciones de las Leyes de Indias, de tendencia francamente social, constituyen en su conjunto un verdadero Código del Trabajo, en el que se establecía la protección del salario de los indios, la libertad de trabajo, el derecho de éstos a cultivar sus tierras, la protección a la madre indígena, la jornada de ocho horas para ciertas categorías de obreros, las indemnizaciones por accidentes del trabajo, el cuidado gratuito de los obreros en caso de enfermedad, etc.

Aunque esta legislación no fué aplicada conforme al espíritu del Poder Central, basta para demostrar su base de generosidad y de justicia, espíritu que revive en la legislación social de la España Republicana.

---

En un discurso memorable pronunciado en una de las reuniones internacionales de Ginebra, por el actual Ministro del Trabajo Largo Caballero, declaraba que España había permanecido extraña al progreso general del mundo, pero que ahora se dispone no sólo a mezclarse a la gran familia de las democracias modernas, sino que desea esforzarse por crear nuevas reglas de organización política y social.

España era una nacionalidad empequeñecida por las torpezas e incapacidad de un Estado, encerrado en una estructura de Edad Media y cuya inteligencia dormía el sueño de la muerte a la sombra de las tumbas faraónicas del Escorial.

Nosotros los maestros de ayer—decía Largo Caballero—, éramos en el concierto de la civilización moderna, los parientes pobres, los retardatarios de la historia; España era la última de las Colonias de este Estado Imperial y despótico que durante tres siglos aportó a América los elementos de la civilización occidental, contenidos en las Leyes de Indias de las cuales muchas son dignas de ser admiradas, aun hoy día, y cuyo espíritu humanitario pleno de fraternidad universal animó a hombres célebres de la época como Bartolomé de las Casas y tantos otros. Pero de estas leyes y de este espíritu la mayor parte de los representantes de la monarquía se burlaron constantemente, y obligaron a esos países a romper los lazos políticos que los unían a la metrópoli.

Los españoles puramente liberales, los republicanos y los socialistas han pensado siempre que nuestras guerras de la independencia fueron mucho más que guerras civiles, fueron guerras revolucionarias, guerras de separación, no de un pueblo que nos ha dado su sangre, su lengua y su cultura, sino contra un Estado anacrónico; guerras contra una forma de gobierno que se rehusaba a aceptar las libertades conquistadas por las grandes revoluciones de Inglaterra y de Francia y por la Independencia de los Estados Unidos.

La revolución española de 12 de Abril de 1931, única por su claro proceso jurídico, única porque el derecho y el hecho revolucionario se han fundido en una ejemplar síntesis pacífica es la última de las revoluciones hispánicas. Y al hablar de revoluciones me refiero a las guerras de la independencia y una que otra revolución por elevados principios que hemos tenido en América; no me refiero a las mascaradas políticas de predominio de caudillos y de grupos, que en los últimos años hemos tenido y que nos han desprestigiado ante el mundo civilizado.

Lo que une más firmemente a los pueblos y a los hombres, no es la historia del pasado,—aunque lo que hay de hermoso en ella sirve a veces de lazo sentimental para los pueblos que la han vivido, sino la conciencia del porvenir, la idea de una misión común. No basta a los hombres y a los pueblos hablar la misma lengua para comprenderse. Aunque sea imposible desconocer la inmensa fuerza de atracción del idioma, lo que aproxima más a los hombres no es el lenguaje natural, el lenguaje materno, sino el lenguaje de designios comunes. Sobre el lenguaje de la comunidad histórica y del idioma los pueblos anteponen ahora la comunidad de ideales.

Los ideales inmediatos de la República Española, nos acercan a ella más que todo nuestro pasado histórico. Estos ideales expresados por un eminente político se resumen así: Democracia política, la más libre y la más eficaz posible; Paz internacional, la más durable la más económica posible; Justicia social, la más profunda y la más completa posible.

España estaba gobernada por un conjunto de oligarquías históricas, a la cabeza de las cuales estaba el Rey. La República, al terminar con esas oligarquías, no sólo se ha puesto a la vanguardia de todos los países republicanos, sino que constituye para América Hispana un ejemplo digno de imitarse. Numerosas son las repúblicas de este continente dominadas por grandes oligarquías tradicionales. España ha organizado la República con Poderes Públicos radicalmente democratizados, es decir controlados por el pueblo, gracias al sufragio universal del Parlamento y a la Constitución dictada por la sola soberanía de la voluntad popular.

España es una nación dotada de madurez política suficiente, como lo demostró en las elecciones históricas del 12 de Abril de 1931, para no tener necesidad de ninguna dictadura, sea militar, sea civil. No necesita ni de la dictadura de un hombre, ni de un partido ni de una clase.

Cedo la palabra al respecto al Ministro del Trabajo Largo Caballero que en su comentado discurso de Ginebra decía lo que sigue:

Fieles al espíritu del socialismo europeo nosotros somos esencialmente constitucionales y pensamos que los pueblos progresan más seguramente y más rápidamente por los medios democráticos en una integración total de la nacionalidad, que gracia a los estados de fuerza y de violencias. Leales a las doctrinas clásicas del socialismo nosotros reconocemos siempre la existencia de un hecho que hemos recibido de la Historia como una herencia: *la lucha de clases*; pero nosotros no queremos resolver esta lucha por la violenta destrucción de la clase antagónica, sino más bien absorbiéndola gradualmente según un proceso de evolución jurídica, transformando por la ley y el consentimiento mutuo el régimen de propiedad en vigor. Nosotros no seremos, como lo temen algunos ignorantes o timoratos, una segunda edición del comunismo ruso, sino la prueba viviente y evidente que para instaurar un régimen de libertad y de justicia, que para fundir las clases tradicionales en una síntesis superior, no es necesario al Derecho Nuevo imponerse por la fuerza, ni en las relaciones interiores entre los ciudadanos, ni en las relaciones exteriores entre los estados.

En consecuencia, nosotros no queremos que se perpetúen las oligarquías históricas, nosotros no queremos ni dictadura de la derecha, ni dictadura de la izquierda, sino que una democracia integral; la democratización del Poder, de la riqueza y de la cultura.

¡Qué síntesis más admirable del espíritu social de la nueva República de la Gran España! ¡Cómo contrasta con el de nuestras pseudo democracias americanas, trabajadas por dictaduras militares, por un personalismo y egoísmo aterrador! ¡Qué lección para nuestros demagogos socialistas criollos, que predicán no la lucha de clases en la forma noble y elevada planteada por la República Española, sino el odio de clases, el esterminio y la violencia!



España ha realizado gran parte de su programa de democracia integral, ha aniquilado las viejas oligarquías tradicionales, ha suprimido el militarismo y el caciquismo, y está en vías de democratizar el Poder, la riqueza y la cultura.

---

La obra de la República Española en el terreno exclusivamente social, ha sido intensa y admirable, y ha contribuído a la transformación de la mentalidad y de las condiciones de existencia de las clases trabajadoras.

Esta labor presenta dos aspectos del más alto interés: un aspecto exclusivamente nacional y un aspecto internacional.

---

En su aspecto nacional, la base de las reformas sociales de la República Española se encuentra en el artículo primero de su Constitución Política, que dice que España es una República democrática de trabajadores de todas clases, que se organizan en un régimen de libertad y de justicia.

Esta declaración constituye el más elevado exponente de la ideología social de la República Española, que ha tratado inmediatamente de inspirar una amplia acción creadora, como podremos comprobarlo.

#### CONTRATO DE TRABAJO:

En la mayor parte de los países la acción social se ha desarrollado en el sentido de protección de los individuos o de los grupos económicamente más débiles (mujeres y niños) o en aquel de la previsión de la higiene del trabajo, más que en el sentido del reconocimiento de los derechos y capacidades de los trabajadores. La primera y más importante medida dictada durante la República Española y que constituye la llave de sus sistema de protección de los trabajadores es la ley de contrato de trabajo, en la que se fijan las reglas que condicionan las relaciones entre los trabajadores y las empresas o los patronos, y que evita los abusos de la parte, que en este contrato base del Derecho Social moderno, se considera como la más fuerte.

Las reglas fundamentales de este contrato son dos: 1. En cuanto a su finalidad, sustituir el régimen de necesidad y de fuerza que presidía las relaciones entre el capital y el trabajo, por un régimen de humanidad y de justicia. Así se le quita al trabajo la condición de simple mercadería estimada según los principios de la

ley de la oferta y de la demanda, convirtiéndolo en un lazo de colaboración, condicionado a la vez por las necesidades económicas y por los principios de solidaridad. 2. En cuanto al procedimiento, persigue la ley sustituir el contrato individual, casi siempre injusto, por consecuencia de falta de independencia económica de los trabajadores, por el contrato colectivo en el cual las fuerzas equilibradas pueden pactar relaciones justas.

La ley española no ha depasado la justa medida: reconoce la existencia de los contratos individuales y no hace obligatoria la intervención de los sindicatos.

#### LEY DE ASOCIACIONES PROFESIONALES:

La ley de contrato de trabajo quedaría letra muerta si las asociaciones profesionales no existieran y no obraran como organismos sociales y jurídicos, con vigorosa personalidad, que reemplace las de las personas individuales, a fin de reglar las relaciones entre el capital y el trabajo. Es decir, que es únicamente por intermedio de las asociaciones que pueden establecerse las relaciones entre patronos y obreros sobre un pie de igualdad y dentro de un espíritu de colaboración deseable.

El fin de esta ley social de la República Española, es adaptar las reglas de la antigua ley de 1887 a las tendencias y necesidades modernas, facilitando vías jurídicas al movimiento vigoroso del sindicalismo profesional, que tantos progresos ha hecho en España, merced a la maravillosa labor de la Unión General de Trabajadores, que cuenta como con dos millones de asociados, el de acordarles a estas entidades personalidad y responsabilidad, para que puedan ejercer los derechos colectivos y profesionales de sus miembros, y, finalmente, para que puedan determinar las relaciones entre los asalariados y los patronos.

En los casos que los trabajadores no respeten los contratos de trabajo, resultarían en la práctica aisladamente irresponsables. Las asociaciones profesionales fuertes son, pues, la garantía indispensable para que el contrato de trabajo no sea una ficción. A esta finalidad responde también la ley mencionada.

#### JURADOS MIXTOS:

Por otra parte no basta que los trabajadores tengan una personalidad y una independencia real para que su situación, dentro de la vida de trabajo, este del todo garantida. Es necesario darles así una opción para resolver las divergencias surgidas entre los dos elementos. Estas reglas inspiran la ley de jurados mixtos profesionales, que tienen una tradición típicamente española, y cuyo origen remonta a 1873.

Los jurados mixtos persiguen los tres fines siguientes: 1.º Resolver amigablemente las divergencias y los conflictos que pueden surgir entre los asalariados y las empresas, sea en el caso aislado de un conflicto entre un patrón y un obrero o en el caso de un conflicto colectivo; 2.º Reglamentar las condiciones del trabajo conforme a la justicia y conveniencias mutuas, especialmente las cuestiones de horarios, de percepción de salarios, de despidos, de reglamentos de taller, de cada oficio u especialidad. 3.º La inspección de las leyes sociales, del cumplimiento de los acuerdos del Jurado y de los contratos de trabajo.

La jurisdicción de ellos se extiende a todas las modalidades del trabajo, comprendiendo el trabajo a domicilio.

Comprenden tres categorías de relaciones: 1.ª Entre patrones y obreros industriales y agrícolas y llevan como título «Jurado Mixto del Trabajo Industrial o Rural»; 2.ª entre propietarios y arrendatarios agrícolas; llevan como título «Jurado mixto de la propiedad rústica», 3.ª entre los agricultores y los industriales, cuya industria deriva directamente de la agricultura; tienen como título «Jurado Mixto de producción o de industrias agrarias».

La creación de los jurados mixtos es atribución del Ministerio, del Trabajo, que obra según su propia iniciativa o a petición de una de las partes. Cada jurado comprende seis miembros patrones y seis miembros obreros, nombrados por elección, cada tres años, por las asociaciones profesionales respectivas.

#### COLOCACIÓN DE LOS OBREROS:

Una de las preocupaciones sociales de la República Española es la organización adecuada del mercado del trabajo, para una eficaz distribución de la obra de mano en todo el país. Con este propósito se ha dictado la ley que crea la Organización Nacional de la colocación obrera. Los principios que la inspiran son los siguientes: dar a la colocación de la obra de mano un carácter nacional, público y gratuito, a fin de que desaparezcan las oficinas de colocación pagadas que explotan a los obreros.

Este nuevo organismo tiene como rol: *a)* registrar las vacantes y las ofertas de trabajo que se producen; *b)* poner en relación patrones y obreros a fin de satisfacer las demandas recíprocas; *c)* ocuparse de las cuestiones relativas a la cesantía, tales como los servicios de aprendizaje y de perfeccionamiento profesional, observación de los movimientos migratorios, subsidios, asistencia a los desocupados, etc.

El organismo encargado de tal misión se extiende a todo el territorio nacional y comprende las divisiones siguientes:

a) todas las municipalidades deben tener un registro de ofertas y demandas de trabajo; b) las ciudades de cierta importancia, deben tener una Oficina de Colocación; c) en las capitales de provincias debe existir una Oficina de Colocación encargada de coordinar los servicios municipales análogos y el movimiento regional del trabajo; d) una Oficina Central de Colocación, que centraliza todas las informaciones, estudios y estadísticas, juega el rol de «Cámara de Compensación del Trabajo Nacional».

En esta forma la distribución de la mano de obra nacional y la atención a los desocupados, se hace con el máximo de eficiencia y el mínimo de burocracia, y un control estricto, que evita cualquier pérdida o dilapidación de los dineros del Estado.

Son numerosísimas las leyes y disposiciones adoptadas por la República Española de protección a las clases trabajadoras, además de las que hemos mencionado.

Citaré las más importantes, que se inspiran en los ideales sociales de elevada solidaridad humana proclamada en la Constitución:

1.—Ley que reforma el régimen de indemnizaciones en caso de accidentes del trabajo. La antigua legislación española establecía el pago en forma de capital, entregado de una sola vez, en caso de muerte o incapacidad permanente para el trabajo. La ley de 4 de Julio de 1932 establece que este pago debe ser hecho en forma de renta para salvaguardar mejor el derecho de los obreros accidentados y de sus familias. Se obliga, además, al patrón a proporcionar a los accidentados, no sólo los cuidados médicos y los gastos de farmacia, sino que además la atención quirúrgica, los aparatos de prótesis y de ortopedia que deba servir a la víctima del accidente, y el pago de una persona, cuando sea necesaria, para que cuide de la víctima permanentemente.

La ley crea una Caja Nacional de Seguros de Accidentes del Trabajo en el Instituto Nacional de Previsión.

2.—Por ley de 9 de Septiembre de 1932 se implantó en España, sin condiciones, la jornada de 8 horas, ratificando en la práctica el acuerdo de la Conferencia Internacional del Trabajo, de Washington de 1919. La ratificación de este convenio por parte de España, hecha en 1928 estaba subordinada a la ratificación de Alemania, de Francia, de Inglaterra y de Italia.

3.—Por ley de 9 de Septiembre de 1932 se creó un servicio de previsión contra la desocupación. Una Caja Nacional contra la desocupación, ha comenzado a funcionar en el Instituto Nacional de Previsión. Esta Caja tendrá no sólo la misión de estudiar atentamente el problema de la cesantía en España, y servirá de consejera del Estado en la lucha contra la desocupación, sino que

administrará las sumas que le acuerde el Estado, para la lucha contra este mal de la época moderna; se ocupará, asimismo, de subvencionar las entidades que practiquen el seguro de desocupación.

4.—En el año 1931 se estableció el seguro obligatorio de Maternidad; este seguro se atiende por una cotización trimestral patronal de 1.90 pesetas por los patrones y 1.85 por las obreras. Se concede a éstas el beneficio del seguro aun en el caso en que por culpa del patrón no han sido oportunamente inscritas.

5.—Por ley de 9 de Septiembre de 1931 se hizo extensiva a la agricultura la ley de indemnización en caso de accidentes del trabajo de los obreros industriales.

6.—Por decreto del 23 de Agosto de 1932 se indica el grupo de empresas que están obligadas a readmitir los obreros despedidos del trabajo, sin causa justificada.

7.—Se han dictado numerosas disposiciones referentes a la protección del trabajador ferroviario, del obrero marítimo y de otras categorías de asalariados.

El Gobierno de la República ha presentado a las Cámaras un proyecto de ley de control obrero de las empresas industriales, estableciendo un régimen parecido al implantado en Austria, Alemania, Checoeslovaquia, Noruega y otros países.

La República Española ha comprendido que la cooperación es el complemento natural y lógico de un régimen socialista. La cooperativa es la mejor escuela de solidaridad social, y contribuye eficazmente, cuando se le practica con honradez y espíritu de sacrificio inicial, a luchar contra la carestía de la vida, suprimiendo las ganancias desproporcionadas de los intermediarios.

Una de las primeras leyes de la República fué de instituir un régimen jurídico especial para las sociedades cooperativas, dotándolas de un estatuto propio que permita su desenvolvimiento dentro de una gran libertad, y que persigue, además, el fomento de las actividades cooperativas, dándole todas las garantías y el apoyo de parte del Estado.

*Organismos técnicos de la política social.*—Pero la obra social de la República estaría incompleta y seguramente destinada al fracaso si se hubiera dejado a los dos elementos fundamentales de la producción arreglar por ellos mismos y entre ellos mismos sus relaciones, sin tener en cuenta los intereses generales de la producción y de la economía, así como los principios superiores de humanidad y de justicia. En nombre de estos principios y de estos intereses superiores el Estado no puede desentenderse del problema; debe, por el contrario, obrar cada vez con mayor energía para reglamentar las relaciones entre esos elementos

exigiéndoles la obediencia estricta a las leyes y reglamentos, así como a las cláusulas de los pactos y contratos. Con este objeto el Estado tiene necesidad de un organismo particular especializado y con este fin la República Española procedió a reorganizar el antiguo Ministerio del Trabajo por ley de 13 de Mayo de 1932.

Esta ley ordena, además, la creación, en cada provincia, de una Delegación del Trabajo, formada por un delegado y un personal auxiliar, que tiene como misión asegurar todos los servicios de carácter social de la provincia. La función del Delegado del Trabajo tiene una doble utilidad: por una parte él es el jefe de los servicios administrativos de la Delegación y por otra parte tiene una misión de política social, que consiste en intervenir en los conflictos del trabajo en representación del Ministerio. Al Delegado le incumbe las funciones de carácter social que antiguamente tenían los Gobernadores civiles y aquellas que pertenecían a los inspectores del trabajo regionales; ellas son ejercidas con absoluta independencia vis a vis de los gobernadores. En esta forma se da unidad de acción a una actividad que por su esencia es netamente técnica y social, que debe permanecer al margen de las funciones políticas.

El Ministerio del Trabajo, tal como existía durante la Monarquía era una aglomeración de organismos incoherentes en oposición absoluta los unos con los otros. Los servicios propiamente sociales o de defensa de las clases trabajadoras, estaban asfixiados y perdidos en esta aglomeración. El Ministerio adolecía en provincias de falta de organismos técnicos y adecuados de acción social. Finalmente tenía una centralización exagerada en sus servicios.

La organización que la República ha dado al Ministerio del Trabajo tiende a ser de él el órgano no sólo animador y promotor de toda la política social, sino que el fiel ejecutor de ella. Se han eliminado desde luego, todos los organismos y servicios extraños a la política social. Se ha constituido en un elemento vivo de acción, que completa los órganos de información ya existentes y que podrá obrar con una fuerza igual no sólo en Madrid, sino que en todas las provincias, campos y ciudades. El Ministerio ha seleccionado un grupo de personas para el estudio y la acción social, dándoles las garantías necesarias para cumplir su misión. Se han descentralizado los servicios para que cada uno despliegue su actividad según reglas y directivas fijas, con la independencia y responsabilidad necesaria que sólo los obligue a recurrir al Ministerio para los casos de extrema gravedad. Así se evita quitarle al Ministro y al Subsecretario su tiempo en cosas de detalle

y sin importancia, como ocurre en algunos organismos semejantes de América, y que impide ocuparse a los jefes de los grandes problemas.

Pero la República se ha ocupado de dar a los servicios sociales no sólo una mejor organización técnica y una más grande eficacia, sino que por sobre todo les ha inculcado un espíritu nuevo; le ha impreso a la política social nuevas orientaciones, nuevas tendencias. No serviría de nada, en efecto, crear el instrumento sino se determinaran concretamente los métodos y los fines que deben alcanzarse.

La visión orgánica y de conjunto de los problemas sociales, que no existían en el régimen anterior, es perfectamente definida en la República.

La Dictadura pretendió dar a la política social un carácter sistemático. Por eso se ensayó en 1926 de dictar un Código del Trabajo, refundiendo todas las disposiciones sociales vigentes. Por eso también ella creó en el papel la organización corporativa, con el fin de unificar los problemas y los métodos de aplicación de las leyes obreras. Sin embargo, ese Código del Trabajo representaba una especie de «carta» dada a semejanza de las primeras constituciones europeas del siglo XIV. Significaba una simple concesión del Poder.

Frente a esta tendencia la República ha opuesto su espíritu de justicia para resolver los problemas sociales. No ha hablado de sentimientos de caridad sino que de derechos y de deberes jurídicamente establecidos dentro de un concepto moderno económico social.

El Ministerio del Trabajo está constituido por 5 grupos de actividades: 1. *El Subsecretariado*, que está a cargo del eminente sociólogo español don Antonio Fabra Rivas, que reúne los servicios de carácter administrativo y los servicios sociales complementarios, tales como el Servicio de Cultura, con su Escuela Social, el Museo Social y la Inspección de Seguros; 2. *La Dirección General del Trabajo* que es el órgano ejecutivo de la política social y constituye un mecanismo de información, reglamentación y control de factores, elementos y problemas sociales; 3. *El Consejo del Trabajo*, que constituye el órgano consultivo de la política social, y es, en consecuencia, el complemento de la Dirección General del Trabajo. Su fin es que cada acto administrativo de la Dirección vaya acompañado de un informe y opinión del Consejo, redactada después de haber apreciado el criterio patronal y obrero, al mismo tiempo que el de los juristas y de los expertos de la misma manera a cada iniciativa del Ministro del Trabajo corresponde un informe bien estudiado del Con-

sejo. El Consejo se compone de miembros titulares y de representantes patronales y obreros y de algunas instituciones de carácter social. El nombramiento de los consejeros se hace por elección y duran en sus funciones cuatro años. El Consejo del Trabajo se compone de una Asamblea Directiva que se reúne dos veces por año, de una Comisión Permanente, elegida por la Asamblea, y que debe celebrar dos sesiones por mes; y por diversas subcomisiones y organismos técnicos. 4. *Un cuarto grupo de servicios dependiente del Ministerio del Trabajo lo constituyen los servicios provinciales sociales denominados Delegación del Trabajo, a la cual me he referido.*

Finalmente, el 5.º grupo lo forman diversos organismos, ya sean dependientes, asimilados o en estrecho contacto con el Ministerio y que merecen una breve exposición.

El más importante de estos organismos es sin duda el *Instituto de Nacional, Previsión* encargado de la gestión y administración de los seguros sociales. El Instituto Nacional de Previsión es un organismo autónomo que sólo está en relación directa con el Ministro del Trabajo. Se compone de un Consejo de Patronato, formado por representantes de la técnica, de la acción social, de organismos de ahorro y de representantes de la clase patronal y obrera; y de la Gerencia confiada a un Consejero Delegado, con los asesores técnicos necesarios y un personal indispensable.

La acción del Instituto Nacional de Previsión es admitible y se ha desarrollado y completado con la actividad de 20 cajas colaboradoras que difunden en todo el territorio español la obra de previsión popular. Estas cajas son entidades autónomas, pero realizan un trabajo de conjunto merced a un sistema especial de coordinación.

El primer servicio establecido por el Instituto fueron las pensiones de retiro de carácter voluntario con bonificaciones acordadas por el Estado. A principios de 1932 se habían realizado 175,000 operaciones lo que representaban 25.500,000 pesetas. Este sistema ha perdido gran parte de su fuerza con el establecimiento del seguro obligatorio que reconoce a todos los asalariados que ganan más de 4,000 pesetas por año, el derecho a una pensión o a un pequeño capital, según la edad en que hubieren entrado al seguro. Cuatro millones de trabajadores españoles están asegurados de esta manera y el total de cotizaciones reunidas a principios de 1932 era de 333.000,000 de pesetas.

Del Instituto depende también el seguro infantil, que tiene por objeto constituir dotes y pensiones para la vejez; el seguro obligatorio de maternidad que beneficia a 185,000 obreras industriales.



El Instituto realiza otra importante labor social derivada de sus actividades particulares, la de las *inversiones sociales* de sus fondos: ha prestado a las municipalidades, y a otras entidades diversas sumas para la construcción de escuelas, de casas baratas y para otros fines sociales y educativos, por un total de 114.000,000 de pesetas.

Aquí en Chile se han invertido los fondos del seguro obrero en palacios costosos y en instituciones ajenas a todo fin social.

El régimen republicano español apreciando la gran labor de previsión y de educación social que realiza el Instituto, cuya fundación data de 1908, ha extendido su esfera de actividad y sus atribuciones. Desde luego, se han aumentado los miembros del Consejo para permitir una representación más eficaz de las fuerzas sociales. Le ha encomendado tres servicios muy importantes: La Caja Nacional de Desocupación, Los Fondos de garantía por los accidentes del trabajo y el seguro obligatorio de maternidad. En cuanto a los préstamos de carácter social del Instituto, la República ha introducido nuevas modalidades: préstamos a los pequeños agricultores para sus siembras y cosechas, (6,000 de estas operaciones se realizaron en 1931), y préstamos a las municipales para obras públicas para darle trabajo a los cesantes.

Entre los organismos dependientes de la Subsecretaría del Trabajo, merece citarse la biblioteca social con 35,000 volúmenes y la *Escuela Social*, a cargo de un hombre eminente el Dr. Palacios. La finalidad que persigue la Escuela es de especializar en materia social un grupo de personas y de funcionarios. Este organismo se compone de un Consejo de Cultura Social y de una Dirección y un cuerpo de profesores especialistas. La enseñanza se desarrolla en tres cursos, al final de los cuales se le entrega al alumno el título de «Diplomado de la Escuela Social». Un Curso Complementario le da derecho al título de Diplomado Superior. La enseñanza dada en esta escuela es obligatoria para todo el personal técnico de los comités mixtos. Desde la creación de esta escuela los poseedores de los títulos por ella acordados, han sido elegidos de preferencia para ocupar puestos en el Ministerio del Trabajo. Paralelamente a la enseñanza reglamentaria la Escuela realiza numerosas conferencias y cursos de vulgarización sobre los temas más interesantes y de actualidad en el dominio científico y social. Escuelas semejantes han sido creadas en Barcelona, Valencia, Zaragoza y Granada. La escuela Social de Madrid tenía en 1932, cuando la visité, 80 alumnos.

---

En los servicios técnicos de la política social de la República Española se comprueba un hecho digno de anotarse: la existencia de una burocracia eficiente y restringida a las necesidades estrictas de los servicios o función social que desempeñan. Eso contrasta con la excesiva burocracia de algunos países de América Hispana, que teniendo poblaciones reducidas y menor que la casi totalidad de los países de Europa, tienen un cuerpo de funcionarios para poblaciones diez veces mayores.

---

Sin duda alguna una de las reformas más trascendentales emprendidas por la República Española, trascendental por sus vastas proyecciones económicas y sociales es la reforma agraria. El problema agrario, sin resolverse en toda América Hispana, con la excepción honrosa de Méjico, lo ha abordado España Republicana, con valentía y dentro de un concepto social avanzado. España ha iniciado su reforma agraria socializando los bienes señoriales y los latifundios y devolviendo al pueblo las tierras mal cultivadas por los grandes propietarios, tierras que fueron del pueblo en otras épocas. Pero España no ha caído en el error de otros países que han emprendido reformas agrarias, no ha distribuído las tierras entre individuos poco o mal preparados técnicamente u económicamente para explotarlas o conservarlas, España ha adjudicado las tierras a las comunas, a los sindicatos, a los grupos de campesinos, bajo el control vigilante del Estado. España ha inaugurado una economía agraria de producción colectivista, dejando al trabajador el producto integral de su trabajo.

La reforma agraria española se aplica principalmente a las propiedades feudales transmitidas por vía hereditaria, a las tierras incultas, a las propiedades mal cultivadas, a aquellas susceptibles de ser regadas, a las que han sido arrendadas por más de doce años y, finalmente, al latifundio que representa más de la quinta parte de la superficie comunal. Todas estas tierras pueden ser expropiadas y su pago se hace mediante una capitalización que varía entre el 5 y el 20%. El Estado se reserva el derecho de explotar directamente las grandes propiedades de tipo industrializado.

La aplicación de esta vasto sistema de reforma agraria es confiada por la ley al Instituto de Reforma Agraria, que es autónomo y que posee recursos propios, aumentados por una subvención anual del Estado de 50.000,000 de pesetas.

Una de las finalidades de la ley agraria de la República Es-

pañola ha sido proteger directamente a los trabajadores de los campos. La crisis de la desocupación se dejaba sentir en España, especialmente en los campos de Andalucía, crisis agravadas por la terrible sequía del año 1931. En Enero de ese año, solamente en la provincia de Sevilla existían más de 50,000 obreros sin atrabajo o sea más de la mitad de la población agrícola. Con la aplicación de la ley agraria gran parte de esa desocupación ha desaparecido.

Además diversas disposiciones legales extienden a los asalariados agrícolas el mismo sistema de protección social que para los obreros industriales; se han creado jurados mixtos agrarios, comisiones mixtas de arbitraje agrícola; se ha acordado a las Sociedades de trabajadores del campo el derecho de celebrar contratos de arriendo colectivo sobre una o varias propiedades; se ha creado un servicio para favorecer a los obreros agrícolas que se encuentran involuntariamente sin trabajo; el Instituto Nacional de Previsión puede acordar préstamos a los alcaldes de las comunas agrícolas para que ellos a su vez hagan préstamos a los pequeños propietarios o colonos a fin de que puedan efectuar sus cosechas.

---

Otras disposiciones de la Constitución Política Española, además del artículo primero que he citado antes, reafirman el aspecto social de la nueva República. El Estado, dice uno de ellos debe proporcionar asistencia a los inválidos y ancianos, a los niños y a las madres y se compromete a hacer suyas las declaraciones de Ginebra denominada «Carta de derechos del niño».

Una disposición prescribe que «la propiedad de todos los bienes podrá ser objeto de expropiación forzosa por causa de utilidad social, mediante el pago de una indemnización equitativa. Más adelante establece que el Estado podrá intervenir, mediante una ley, en la explotación y coordinación de las industrias y empresas, cuando lo estime necesario, para la racionalización de la producción, o en la virtud de los intereses de la economía nacional, *«El trabajo bajo todas sus formas, es una obligación social»* declara otro artículo y finalmente «la República asegura a todos los trabajadores las condiciones necesarias a una existencia conveniente».

---

La República Española no ha olvidado a la mujer, colaboradora eficaz de la vida social y económica y cultural, en todas las épocas de la historia humana. La Constitución Española

acuerda a la mujer la plenitud de sus derechos civiles, políticos y sociales. La mujer española pasa de lleno a ocupar el lugar que le corresponde por su cultura, su abnegación, su talento y su capacidad.

¡Qué hermoso ejemplo para otras Repúblicas en que la mujer permanece en una condición injustificable de inferioridad al hombre!

---

España no se ha limitado exclusivamente a organizar una República de carácter social; la obra de la República Española tiene un aspecto internacional de cooperación decidida a los grandes ideales de paz y de justicia. España, según declaración de su Ministro de Relaciones, no quiere una paz armada sino una paz jurídica. Es por esta razón que los socialistas españoles, el Gobierno, en una palabra, ha aportado su concurso entusiasta a la Sociedad de Naciones, tanto en lo que respecta a la parte política de esta obra como en lo que se refiere a la parte social que realiza la Organización Internacional del Trabajo.

La Constitución Española contiene en forma de declaración concreta los principios generales de política social que constituyen la base fundamental de la Carta del Trabajo del Tratado de Versalles. El art. 76 de dicha Constitución dice así: «Los proyectos de convenio de la Organización Internacional del Trabajo serán sometidos a las Cortes en el espacio de un año para su ratificación».

Uno de los primeros actos del Ministro del Trabajo de la República Española Largo Caballero, fué de ratificar el convenio sobre la jornada de 8 horas.

España ha ido aún más lejos, en la expresión de sus sentimientos de colaboración social internacional. En el mismo momento de ratificar el convenio sobre la jornada de 8 horas resolvió exaltar el símbolo de esta célebre reivindicación de la clase obrera declarando fiesta oficial el 1.º de Mayo. El Director de enseñanza primaria publicó al respecto una circular, invitando a todos los maestros y maestras a explicar a los niños la significación del primero de Mayo, al mismo tiempo que los orígenes y el carácter de la Organización Internacional del Trabajo. El primero de Mayo es igualmente conocido en España con el nombre de la fiesta de la Paz.

España ha comprendido mejor que ningún país del mundo la trascendencia y la importancia de la Organización Internacional del Trabajo, como órgano ejecutor de una política social in-

ternacional, y ha ratificado la casi totalidad de los convenios internacionales del trabajo, en número de 42, colocándose así en primera fila entre todos los países.

Esta voluntad decidida de colaborar intensamente a la obra de la Organización Internacional del Trabajo se ha traducido inmediatamente en una serie de medidas legislativas unas, administrativas otras, que han puesto en práctica todas las medidas y los principios adoptados en las diversas reuniones de las Conferencias internacionales del Trabajo desde su origen hasta la fecha.

Esta actitud de la República Española constituye no sólo la expresión de su elevado espíritu de colaboración internacional en el dominio social, sino que una demostración de la fe profunda que tiene en los principios e ideales de reforma social que inspiraron la parte XIII del Tratado de Paz de Versalles y que dieron origen a la Organización Internacional del Trabajo.

El gran Alberto Thomas, prematuramente desaparecido, la figura más notable en el dominio social de los tiempos modernos decía:

¿Qué es necesario para realizar la obra de justicia y de paz diseñada al fin de la guerra? Solamente y siempre actos de fe y de voluntad.

España ha realizado ampliamente ese acto de fe y de voluntad y ha pasado a colocarse así a la cabeza de los pueblos civilizados por su labor maravillosa en el dominio social y ha realizado esta obra eminentemente humana y solidaria en medio de esta crisis profunda que hace dudar a los espíritus aun a aquellos que habían demostrado un sólido optimismo.

Un autor francés ha dicho:

El que no sabe limitarse no sabe escribir.

El mismo principio se aplica en política, aquel que no es capaz de contenerse no es capaz de gobernar. Los socialistas españoles, al intervenir en el movimiento revolucionario que instauró la República, y en el Gobierno más tarde, no han querido impulsar la nación más allá de las posibilidades y de las necesidades (ni exigir de aquélla más de lo que en la Justicia debe considerar como una conquista de las clases trabajadoras, y como una condición necesaria e indispensable para que la República acepte los postulados sociales ya admitidos, pero abre las puertas a los progresos que las clases trabajadoras podrán realizar).

Muchos hubieran deseado que la República Española hubiera ido más lejos en su transformación económico social. En toda las sociedades humanas hay gentes desprovistas de todo sentido

histórico, de toda noción del desarrollo natural de los pueblos. Son los utopistas, los visionarios, aquellos que de un salto querían llegar al ideal y realizar de un golpe el estado social perfecto. Es lo que Lenin llamaba con justa razón «el radicalismo infantil de las revoluciones».

El socialismo español, que ha inspirado los actos de la República, socialismo constitucional, ha realizado sin violencias, ni extremismos la obra admirable que he expuesto, obra de justicia, de cooperación y de solidaridad humana, que podrá servir de ejemplo precioso a las repúblicas del continente hispanoamericano.—MOISES POBLETE TRONCOSO.

## CRITICA DEL SOCIALISMO

**E**S indudable que el señor Aníbal Bascuñán V. ha hecho una labor digna de elogios al ofrecer a nuestro público una versión, siquiera sintética, de una obra como la de Alberto Aftalion, que se hace admirar, aun de los que no participan de sus ideas, por la serenidad de sus argumentaciones y por la precisión crítica con que afronta los problemas estudiados, desde su punto de vista personal.

En general, y si sale fuera de los círculos estrictamente intelectuales, las ideas que nuestro gran público tiene del socialismo son bastante curiosas. La mayoría de nuestras gentes ya se trate del tipo aparentemente culto del charlador o charlatán de club, ya del funcionario administrativo ya del asambleísta de partido se ha formado del asunto una concepto sencillo. Para esta mayoría, el socialismo es una doctrina más o menos ininteligible e indudablemente tenebrosa que aspira a esclavizar al individuo y a derogar una ley que ha oído llamar de la oferta y la demanda. La tarea realizada con éxito por el señor Bascuñán V., pone al alcance de todas estas gentes un resumen hecho con habilidad y que contiene la doctrina del autor sobre los puntos fundamentales de la grande y compleja cuestión social de nuestros días.

Es verdad que Aftalion critica el socialismo y que, por tanto, para apreciar debidamente su obra y aceptar o rechazar sus doctrinas es preciso conocer con alguna exactitud la doctrina social criticada. Pero de todos modos, es preferible que la gente tenga alguna idea sobre el asunto, sea blanca o roja, a que no disponga sino de prejuicios para afrontar la realidad actual. Por esto, como lo dice el señor Bascuñán, el fin que se ha propuesto al pu-

blicar esta obra no es el que se acepten o no las ideas de Aftalion sino el de aportar elementos de juicio y comparación para rectificar, afianzar o nutrir nuestro propio pensamiento.

Comienza Aftalion por constatar que socialismo y marxismo se han identificado en el pensamiento obrero contemporáneo y manifiesta que no se detendrá a hacer una crítica del marxismo, pues éste no tiene ya crédito científico alguno. Su intención es averiguar si el fracaso del marxismo significa también el fracaso del socialismo en general. Para el logro de este fin, se propone tres órdenes de asuntos. Es el primero averiguar si otras teorías socialistas han logrado demostrar que las actuales instituciones sociales permiten a ciertos individuos apropiarse de una utilidad o beneficio que esos individuos no han creado y que debería ir a otras manos. La segunda cuestión se refiere a establecer si el socialismo es el régimen que puede dar a cada uno lo que en justicia se le debe; y finalmente el tercer punto versa acerca de saber si el respeto al principio de distribución de la riqueza importa la abolición de la propiedad privada.

Antes de hacer algunas observaciones de carácter general sobre las conclusiones a que llega Aftalion, cabe llamar la atención a un punto digno de tomarse en cuenta. En efecto, no parece que pueda hablarse de una manera cierta del fracaso del socialismo porque fuera de que hay muchos matices en el amplio campo de su doctrina, el sistema no se ha aplicado todavía sino en forma demasiado restringida para obtener conclusiones definitivas. Aunque se quisiera tomar como tipo único del gobierno socialista al que impera en Rusia; y aunque se estableciera, además, que esta forma de gobierno ha fracasado allí, no habría razón suficiente para tener desde luego por erróneo el sistema socialista entero. Del mismo modo que no parecería aceptable que del fracaso del parlamentarismo en Chile se indujera la falsedad de ese sistema.

Por otra parte, las causas que pueden hacer fracasar el socialismo, o parte del socialismo, en tal o cual país pueden ser completamente ajenas a la esencia del sistema mismo. Tal sería el caso de malograrse el sistema por falta de comprensión en las masas, por la fuerza material de una reacción capitalista, por las intrigas de la política o por carencia de una dirección eficaz de parte de los gobernantes. Más aun, suponiendo que el socialismo fracasara como tal, es decir, en su esencia, ello no importaría la justificación del sistema capitalista actual. Las graves injusticias que este régimen ha llegado a producir en su desarrollo natural no se convertirían por eso en cosas aceptables. Todos los problemas políticos, económicos, intelectuales y morales que

preocupan al mundo actual quedarían íntegramente en pie. Habría que buscarles, de todos modos, una solución y muy poco importaría para el caso cómo se llamara el sistema que sirviera para ello.

Además, es preciso también tener en cuenta que fuera de los pocos países que han implantado el socialismo, en forma más o menos completa, las instituciones socialistas van infiltrándose, con más o menos rapidez, en todos los países. Es natural que estas instituciones sufran algunos cambios impuestos por el medio capitalista en que se desarrollan, pero cada día van no sólo extendiendo su imperio sino que depurándose de los elementos extraños que hubo que aceptar en el comienzo. Alemania con su economía asociada (1), Estados Unidos con su sistema llamado de economía concertada, Francia con una mezcla de ambas formas, Italia con su cooperativismo, etc., etc., señalan la marcha ascendente de las formas generales de la economía socialista. El espíritu socialista lejos de fracasar no hace sino desarrollarse en todas las legislaciones del mundo, sin perjuicio de las naturales diferencias de métodos y de las modificaciones impuestas por los diversos medios sociales.

Estos hechos que no pueden ser desconocidos constituyen por sí solos una respuesta bastante precisa a los que, entre nosotros, creen que las reformas sociales son, como despectivamente se las llama, «cosas de libros». A este respecto es curioso anotar cómo se ha desarrollado en nuestra burguesía el terror al libro, es decir, a las ideas impresas; y es no menos curioso observar que, al fin de cuentas, las únicas ideas que se estiman absurdas son las que han sido sometidas al proceso de impresión tipográfica y no las ideas que esas mismas gentes oponen verbalmente a aquellas.

Pasando, ahora, a considerar los diversos grupos de problemas que se propone Aftalion, cabe hacer en torno a ellos algunas breves reflexiones. Al discutir la cuestión relativa a averiguar si los ingresos capitalistas son legítimos, expresa Aftalión que debe tenerse por legítimo todo aquello que tenga una base en la realidad económica misma; y que sólo cabe discutir sobre la legitimidad o ilegitimidad de lo que es agregado a esta realidad económica por el sistema jurídico imperante. Es decir, que si se establece que la renta, el interés o los beneficios, que constituyen el ingreso capitalista, son fenómenos naturales de la economía debe aceptarse su legitimidad. Luego después recuerda que la producción necesita de tres factores: dos primarios, tierra y

---

(1) Carmille. *Les Théories de l'économie dirigée*. «Journal des Economistes». París, 15 Julio 1932. Pág. 359.



trabajo, y uno secundario, el capital, producido por los anteriores. Ahora bien si en la creación de un valor económico intervienen estos tres factores a cada uno de ellos corresponde una parte del valor producido.

Colocada la cuestión en este punto queda todavía por resolver si las personas que ahora reciben la cuota de valor que corresponde a la tierra, y al capital tienen derecho a esas cuotas, independientemente del sistema jurídico que así lo establece. Aftalion manifiesta que para resolver esta cuestión es preciso elevarse a la forma cómo ha sido adquirida la tierra y el capital. En cuanto a la tierra el título de prescripción no le parece abonado por razones de justicia sino por consideraciones de utilidad social. Por lo que al capital se refiere expresa que ni el ahorro ni los intereses que los forman sirve de justificación del capital, pues queda por averiguar si ese capital que se ha ahorrado o que gana intereses fué o no legítimamente adquirido. Si no lo era primitivamente, toda adquisición hecha más tarde por intermedio de él sería injusta y debería, por tanto, pertenecer a la sociedad.

El principio de que lo que tiene base en la realidad económica debe aceptarse como legítimo y de que sólo es discutible aquello que ha sido agregado por el sistema jurídico imperante es, sin duda, alguna, exacto. Pero desgraciadamente no nos libra de incertidumbres, pues la cuestión se traslada a averiguar dónde comienza el campo de uno y otro reino. Se debe recordar, por ejemplo, que Aristóteles consideró la esclavitud como un fenómeno espontáneo de la naturaleza y por lo tanto inmodificable (1). Creía también que la guerra era uno de los medios naturales de hacer riqueza (2). Si se estima que Aristóteles se refería a la naturaleza, pero a la naturaleza de su época, se admite que ésta pueda cambiar y por tanto los ingresos capitalistas que Aftalion legitima por estar apoyados en la naturaleza económica pueden dejar de ser legítimos en cuanto esa naturaleza haya cambiado. Y cuando ese cambio se haya operado, lo que ahora nos parece apoyado en la realidad se nos presentará como una creación del sistema jurídico imperante, y, por lo tanto, sujeto a discusión. Varias escuelas socialistas estiman que este cambio se ha operado ya y que los ingresos capitalistas no corresponden, sino al orden jurídico que los mantiene.

Justifica Aftalion la legitimidad en sí del interés producido por el capital, invocando para ello dos razones principales: una relativa a la naturaleza del interés y otra a la naturaleza del ca-

(1) Aristóteles. POLÍTICA, Lib. I. Cap. II, 5, 7, 8, 13 y 20.

(2) Aristóteles. POLÍTICA. Lib. I. Cap. III, 6 a 8.

pital. En cuanto a la primera estima aceptable la teoría de la depreciación en el futuro. De modo que «el interés no es un suplemento, sino la diferencia en valor que existe entre un bien presente y un bien futuro. Al percibir el interés, el capitalista no hace sino recuperar el valor del capital que había adelantado». (Pág. 37). Sin embargo, esta justificación no aparece completamente clara a los ojos de muchos, pues se observa que ese aumento de valor, presupone el interés. Pero sea ello como fuere, el caso es que durante largos siglos se ha negado la legitimidad de los intereses, posiblemente porque se les estima imposición arbitraria, no basada en la naturaleza económica.

En el Antiguo Testamento se encuentran ya disposiciones contra el préstamo a interés (usura) el cual quedaba prohibido entre hermanos o sea entre los hebreos. Sólo era permitido cobrarlo a los extranjeros. La razón de esta diferencia, según los comentaristas, es que, siendo el préstamo a interés un elemento de dominación del acreedor respecto del deudor, sólo cabe emplearlo como arma política para la dominación de los pueblos enemigos (1). El Nuevo Testamento ordena también prestar sin que mueva la esperanza de recibir algo por ello (2).

Aristóteles estimaba que el interés del dinero es contrario a la naturaleza de las cosas porque la moneda fué creada para el cambio y el préstamo la multiplica sin que haya cambio (3). Más tarde el cristianismo combatió el préstamo a interés, que encontró en la legislación de Roma. El Concilio de Nicea (325) prohibió al clero el prestar a interés. Carlomagno hizo extensiva esta prohibición a los laicos. Idénticas prohibiciones se repitieron en los concilios del siglo IX.

En el siglo XIII la Iglesia renovó sus luchas contra el cobro de intereses y pueden recordarse al respecto los cánones del Concilio de Letrán (1179), bajo Alejandro III. Además, debe añadirse a estas resoluciones la predicación de las Ordenes Mendicantes que instaban al abandono de los bienes materiales. Santo Tomás de Aquino sistematizó y reforzó las argumentaciones contra el cobro de intereses. Finalmente pueden citarse las prescripciones del Gregorio X, Concilio de Lyon (1274) y las resoluciones de Clemente V (1311), quien dispuso que debían considerarse nulas todas las legislaciones en favor de la usura y tratada como herejía la creencia de que la usura no era pecado; dictó excomunión contra cualquiera que en contratos o convenciones futuras estableciera que el deudor pagaría interés o que el

---

(1) Deuteronomio. Cap. XXIII, 19. Exodo, XXII, 25.

(2) San Lucas, VI, 34-35.

(3) Aristóteles. POLÍTICA. Lib. I. Cap. III, 23.

usurero no estaba obligado a restituir lo recibido; y para hacer efectivas estas prohibiciones impartió órdenes estrictas a los inquisidores de proceder al castigo de la herejía referida (1).

Aun en los comienzos de la edad moderna no era todavía legítimo el cobrar intereses. En efecto, en 1532 diversos comerciantes españoles de Amberes pidieron a la Universidad de París, por intermedio de su confesor el franciscano Jean-Baptiste, que declarara si era o no lícito el cobro de intereses (2). Generalmente se atribuye a la difusión del derecho romano y a las doctrinas individualistas de Calvino, la propagación de la costumbre de cobrar intereses. Pero sea como fuere, ello es que durante largos siglos no sólo no se consideraba natural que el dinero produjera intereses sino que se estimaba ilícito y punible el cobrarlos.

Todos estos cambios, en lo que se refiere a la estimación de lo que corresponde a la naturaleza económica en un momento determinado, debilitan considerablemente los argumentos en favor de la legitimidad permanente de los ingresos capitalistas. No es absurdo pensar que la situación actual pueda cambiar, o por lo menos, que si se juzga no ya justo sino solamente útil el que capital produzca intereses, se llegue a cambiar en cuanto al usufructuario de ellos.

La última parte de su obra la dedica Aftalion a estudiar los peligros que se derivan de la aplicación del socialismo, o sea, las injusticias que puede acarrear. Analiza esos peligros y estima que no cabe separarlos de la justicia y, por lo tanto, invoca a ésta para rechazar el socialismo. Luego después, mitiga un tanto el rigor de su conclusión, o aclara su sentido en la siguiente forma: «Sin duda los años del socialismo no residen en su esencia, sino en su funcionamiento de hecho. Pueden trazarse planes y reglamentaciones apropiadas que, en el terreno teórico, y, aun en ciertas naciones, puedan amenguar los efectos nocivos del régimen». (Pág. 99).

Aftalion no da, pues, por muerto al socialismo y, en definitiva, le absuelve de culpa esencial. El propio Aftalion aparece, a través de sus doctrinas, como un socialista reformista. Estimando justo y natural los ingresos capitalistas, admite la posibilidad de que sea el Estado quien deba percibirlos. Aconseja el mantenimiento de la propiedad privada «siempre que se mitiguen con adecuada política social y legislación las injusticias

(1) W. J. Ashley. *Histoire et Doctrines Economiques de l'Angleterre*. Giard, París, 1900. Pág. 186 y siguientes.

(2) Cita de Henri Sée. *Les Origines du Capitalisme Moderne* Colin. París 1926. Pág. 45.

individuales que acarrea» (pág. 97). Mas ¿por qué mitigar solamente las injusticias? Sería preferible suprimirlas; y parece humano el desearlo así, aunque en la práctica no se alcance totalmente ese ideal.

Pero mientras se discute acerca del valor de tal o cual sistema, los hechos marchan y obligan a soluciones inmediatas. El mundo sufre trastornos violentos y no puede esperar para remediarlos, o intentar remediarlos, que se pongan de acuerdo los sociólogos o los economistas. No se puede esperar de la naturaleza humana un sistema perfecto e inmutable. Los que hicieron la revolución de 1789 estaban lejos de poseer un sistema completo e indiscutible para reemplazar a la monarquía, pero sabían lo que querían: suprimir los privilegios de la nobleza y los abusos del monarca. Ninguno de esos hombres podía conocer del alcance filosófico de las doctrinas que proclamaban ni calcular la evolución de las instituciones que creaban. Pero era necesario reformar un estado de cosas que había llegado a ser insoportable; y así en medio de tanteos y experiencias abrieron una nueva época para el mundo.

Los fenómenos sociales no se desarrollan en un momento. Pero es un hecho que hoy todos los pueblos del mundo, aun aquellos que parecen menos accesibles a modificaciones fundamentales, se orientan, con mayor o menor celeridad, hacia formas de vida cada vez más distantes de los principios otrora incommovibles del individualismo liberal.—LUIS D. CRUZ OCAMPO.

## CONSIDERACIONES SOBRE EL TEATRO CHILENO

(Continuación)

### EL TEATRO CLÁSICO CHILENO

El teatro clásico chileno...

He dicho el teatro clásico chileno, y no lo he dicho con ironía. El que sepa cuanto cuesta realizar una obra de arte en nuestro ambiente me comprenderá. Si ya he demostrado que hasta se debe pelear con los pseudo oficianes de arte que han proclamado el culto de la mediocracia.

¿Pero tendremos algo que podamos llamar *el teatro clásico chileno*?

Azorín hablando sobre esta materia dice:

No han escrito sus obras clásicas los autores, las va escribiendo la posteridad. No ha escrito Cervantes el *Quijote* ni Garcilazo las *Eglogas* ni Quevedo *Los sueños*, los han ido escribiendo los diversos hombres que a lo largo del tiempo han ido viendo reflejada en sus obras su sensibilidad.

Hasta aquí Azorín; yo comprendiendo que no siempre basta el dictado de los estudiosos que suelen enamorarse de un detalle y que han amontonado como clásicas varias obras que no significan nada y que corroboran el acerto aquél de que los clásicos valen más por viejos que por clásicos, pienso que una obra para alcanzar el dictado de clásica, debe marcar en su época un avance definido. Es decir, debe haber mostrado perfección o novedad de forma y clara profundidad de pensamiento. Consideremos que en todas las épocas, la vida es muy parecida, cualesquiera que sean sus detalles, bastará por consiguiente tratar con perfección de factura, problemas o situaciones que sean capaces de adentrarse en los siglos. Para mí, de todas las obras clásicas del teatro español la mejor es *El Alcalde de Zalamea* porque las palabras de fuego de Pedro Crespo harán arder la indignación y el deseo de justicia en todos los tiempos. Este mismo sentir explica que la Alemania de hoy dé preferencia a *Los bandidos* de Schiller sobre las obras consideradas casi divinas, de Goethe.

¿En Chile no habrá ninguna obra de teatro que haya podido comunicar inquietudes a los estetas o caminos a los autores? ¿No habrá nada que haya exprimido algún problema vivo, que por lo menos haya tratado de extirpar un error generalizado?

Dentro de nuestra América, ¿no podríamos considerar clásico el teatro de Florencio Sánchez que entregó a la expectación del público el panorama argentino sentido y verdadero, en dramas llenos de infinita angustia y deseos de redención? Por haber captado el dolor vivo de América, yo lo considero un clásico, y también a Ernesto Herrera y a Sánchez Gardel y a León Paganó y a Pérez Petit, a Pairó, etc.

Pregunto una vez más: ¿En Chile no habrá habido nada en teatro que haya tenido alguna de las características que he señalado en el teatro argentino? Cuando se habla de novelistas, nadie vacila en citar a Joaquín Edwards, si de cuentistas a Mariano Latorre, si de poetas a González, Pezoa Véliz o Magallanes. El nombre de Rafael Maluenda va asociado a *La Pachacha*, y a otras pequeñas novelas; luego estos escritores tendrían o tienen obras verdaderamente clásicas.

En 1917 en un teatro de barrio se estrenó *Almas perdidas*. He aquí el comentario que hizo Eduardo Barrios, crítico en aquel entonces de la gran Revista *Los Diez*:

«Almas perdidas» es un drama criollo de conventillo, y tiene desde luego como primordiales méritos, exactitud en la observación del ambiente y de los tipos populares, y cierta fuerza sencilla y honrada en el juego de las pasiones.

Más adelante dice:

«Pocas veces—acaso ninguna—los tipos populares nos habían sido presentados con mayor verdad.»

En suma, *Almas perdidas* fué la primera obra chilena que presentó sin falseamiento el ambiente chileno, la que según los críticos orientó el teatro por la verdadera senda. El señor Peláez de Tapia, crítico de *El Mercurio* de Valparaíso dijo: «De *Almas perdidas* se deriva todo el buen teatro nacional». ¿Con estos antecedentes, podría ser *Almas perdidas* una obra clásica en nuestro teatro?

Hay otra obra *Vidas inútiles* de Juan Ibarra Reyes que recogió el aplauso de los más severos críticos y que encara problemas del ambiente con mucha honradez y acierto. A mí me parece una obra clásica. Y como estas dos podría citar por lo menos unas seis más que ya hacen un fondo apreciable dentro de nuestra pobreza artística.

#### EL PANORAMA ACTUAL: EL CINEMATÓGRAFO: LA PLÁSTICA

El panorama teatral del momento en el mundo no tiene nada de tranquilizador. Ráfagas de una nueva política conducen a la humanidad por caminos nuevos. Conceptos estéticos novísimos destruyen, sonriendo, verdades que se creía inamovibles; el ritmo, el color, en suma, la expresión, se renuevan. La muerte de lo burgués, de lo reposado llega sin remedio. El mundo se lanza en gestas inverosímiles a través de los océanos, domina los abismos, nada resiste a la ciencia; solamente falta el triunfo definitivo de la vida sobre la muerte; puede considerarse construída la Torre de Babel; pero las lenguas no han sido confundidas. Se han amalgamado las sensaciones de todas las razas para fundirlas en una sola. El factor hombre va perdiendo día por día su valor mesiánico, el *Super-hombre* de Nietzsche despierta sonrisitas irónicas... Es un vértigo que se resuelve en una constante disgregación y al mismo tiempo reintegración de valores, como jamás ha existido. Los renacimientos anteriores de la Historia parecen haber tenido otros aspectos. La gran guerra produjo otra sensibilidad, el hombre aprendió a despreciar a la muerte y al miedo, ya no le producen ningún efecto

los fusiles ni el poder de los hombres que, en realidad lo tiene porque se los dejan... se sabe más terrible que ninguna fiera y también... más miserable y para evitar detalles que lo avergüenzan, situaciones que lo vejan quiere construir un nuevo mundo. Y en esta tarea deben ayudarle sus sociólogos y tau-maturgos y sus estetas y sus artistas y éstos vacilan sin encontrar la forma.

En el campo de la belleza pura, el arte pictórico, la plástica en general se ha orientado primero. He aquí como yo creo que se ha generado ese fenómeno. Los artistas de la plástica han resuelto la imagen que la retórica retuerce, con una línea o un matiz, han recorrido vertiginosamente infinitos caminos. Considerado desde que Delacroix dió el golpe de gracia al clasicismo, hasta que el impresionismo y el expresionismo fueron rechazados y surgieron mil maneras inverosímiles que nada le decían al profano, a pesar de sintetizar la vida, la savia de una generación de artistas que expresaban de mil modos su inquietud y su dolor, el espacio de tiempo que contuvo este torbellino de realizaciones plásticas fué muy breve. La plástica entró muy pronto a un período de serenidad, de reintegración. ¿Cómo descubrió su nueva estética? No descubrió, en verdad una nueva estética ni una nueva belleza; aprendió sencillamente a mirar y a relizar de una nueva manera y a producir emoción con procedimientos más dinámicos, de acuerdo con el tiempo que es algo vertiginoso, algo que nuestros abuelos no pudieron soñar. El artista llegó a penetrarse de que cada nueva manera que encontraba en su búsqueda dolorosa no constituía sino un detalle del todo que buscaba. En su inquietud angustiada de creador volvió los ojos al pasado, y comprendió todos los caminos seguidos hasta hoy; vió que cada época había encontrado su perfección, que naturalmente había legado a la historia. Estableció que uniendo esa cadena de perfecciones podía formar un todo nuevo y armonioso; comprendió con mayor claridad que el universo estaba dentro de su cerebro y que era poseedor de su nueva estética. Y es así como la plástica de hoy ha refundido con nuevos procedimientos lo que el mundo ha producido a lo largo de miles de etapas. Ah! La simplicidad de una roca que atalaya el mar es más grandiosa que todo lo creado por Miguel Angel, Rodin, Metzner, Bourdelle... El hombre comprendió por fin el sentido total de la síntesis. Una sonrisa o un ay! de dolor valen más que un discurso. Si esto lo hubiera comprendido Esquilo habría sido más dios que Zeus...

¿Qué sucedería si los autores de comedias pidieran al pasado, al presente y al futuro, la virtuosidad que les falta?

Y mientras luchan buscándose e inventando cada día nuevos caminos, el cinematógrafo les ha hincado su garra de oro!

Sabios comentaristas, ilustrados conferenciantes creen en la decadencia aguda del teatro y señalan como causa capital el avance del cinematógrafo... ese murciélago de la expresión que es industria y que es arte. En realidad el cine cuenta con un recurso poderosísimo: el capital que, muy bien organizado tiene a su servicio todos los factores que pueden sacarlo adelante: argumentistas, directores o intérpretes que siempre son los mejores de que el mundo puede disponer, ya que allí concurren todos atraídos por los precios fabulosos que pueden obtener y por satisfacer la muy lógica vanidad de trabajar para todo el mundo.

Las Empresas productoras de películas que tienen vinculaciones comerciales en todo el mundo, pueden gastar cuanto sea necesario para lograr efectos comerciales. Nada les arredra, ni las nieves polares ni los cálidos desiertos, ni los mares tempestuosos, ni las grandes reconstituciones históricas; lo más fantástico les resulta más comercial. Además ellos no buscan la calidad espiritual de la obra aun que tampoco la rechazan en absoluto.

No la rechazan en absoluto por que la obra consagrada que se deciden a adaptar lleva siempre el público asegurado. Por consiguiente el cine ha presentado la obra de arte, *El Pájaro Azul* y otras obras semejantes, solamente por razones de carácter comercial. Jamás hará el cine nada que valga espiritualmente si a ese valor no agrega el más indiscutible éxito económico, no se aventura por caminos nuevos, no explora, no se expone y solamente gana dinero. Si tuviera que probarlo señalaría la inmensa producción no sólo sin calidad, más aun, perjudicial. Los dramas policíacos han influído sin duda malamente en nuestros niños y también los dramas o comedias donde las flappers se ríen de cuanto sagrado hay en la vida y cuando utilizan el cine para hacer propaganda a sus costumbres y para despreciar a los suramericanos. (Me refiero, naturalmente al cine norteamericano).

El teatro no puede seguir ni en dinamismo ni en presentación escénica al cine; para luchar con él no le queda sino un camino: LA CALIDAD. EL ESPÍRITU.

Se ha visto el fracaso del atrezo; la visualidad más fantástica, el color, lo más suntuoso ha sabido darlo el teatro, pero el público ya no lo quiere ver o no asiste en la cantidad suficiente que compense el esfuerzo que esas presentaciones representan.



Se han fabricado los escenarios más costosos, se ha echado mano de los grandes detalles y se ha tenido, por lógica, que cobrar caro por el espectáculo, pues en caso contrario, la quiebra era inevitable.

Ha surgido una revolución estética dentro del teatro; los grandes espíritus modernos han renovado el teatro; pero parece que lo han hecho demasiado intelectual, tan intelectual que se han colocado lejos del alcance de la masa, y en general han fracasado. Se dice el público le tiene mala voluntad a la innovación, pero que tampoco asiste a lo viejo: no han tenido los hombres del teatro la inducción de los de la plástica.

Algunos dicen que el naturalismo ha perdido al teatro por cuanto le ha quitado a los artistas todo el sentido de perfección; pero es el caso que inclusive el símbolo demasiado literario no ha encontrado espectadores, ni como ya lo he dicho, tampoco las más modernas sensaciones. Cada nueva conquista o cada nueva forma interpreta una manera que es sólo una parte del todo que aun no se ha encontrado. Otros dicen que el teatro está agonizando; yo no lo creo, me remito a mi afirmación anterior, todo es cuestión de calidad, de camino, es una cuestión de estética simple, necesitamos el arquetipo que sintetice esta época, que nos dé la pauta, el punto de partida.

El cine no puede vencer al teatro porque antes que todo debe servir los intereses comerciales de corporaciones, entre las cuales podrían fácilmente haber ciegos del espíritu y el teatro no está sujeto a ningún standard, sino obligado por este siglo estupendo lleno de inquietudes y de sorpresas a marchar de acuerdo con la visión del mundo que está borracho de novedad. Ahora la juventud dura, en algunos casos, horas solamente... no nos podemos sentar como en las odas bucólicas a la sombra de los árboles, cabe las fontanas...

Para los que combaten el realismo en el teatro voy a citar la obra de Erwin Piscator en Alemania. Este hombre es el creador del teatro político en su acepción verdaderamente revolucionaria. Estuvo en las trincheras matando para no morir, sufrió todo lo imaginable y como todos los del frente cambió su moral, y comprendió que se debía ir a la formación de un mundo nuevo que fuera mejor...

Piscator renovó totalmente la técnica: utilizó por primera vez en el mundo el cine, el dibujo, las grandes orquestas, los grandes grupos de bailarines y las inmensas muchedumbres: Su idea era (él logró este resultado) que la obra que estuviera en el escenario tan complicado como fuera necesario, fuera interpretada por los artistas propiamente tales y por el público.

Es decir, el género de teatro que Piscator ha pedido a los autores y logrado obtener penetra por su argumentación, por su forma como una cuña de emoción en el espectador, el cual toma parte en la representación gritando sus impresiones, se hace actor por que se siente protagonista, porque se ve en la obra que se representa. En cuanto a los escenarios hechos por Piscator han sido los más fantásticamente costosos y eficaces: ha sido un alquimista del teatro.

Ahora hablaré de su sentido moral, de su sentido humano y profético del teatro. He aquí los hechos que han generado la idealidad de Piscator; así lo expresa el mismo en su libro sobre el teatro político:

Mi cronología empieza el 4 de agosto de 1914.

Desde entonces sube el barómetro:

13 millones de muertos, 11 millones de inválidos; cincuenta millones de soldados movilizados; 6 mil millones de tiros; y 50 mil millones de metros cúbicos de gas.

De aquí parte Piscator. El no tuvo idea del hambre y del caos político que seguiría a la guerra; tal vez su impresión se habría hecho más sombría. . .

Copio de su libro ya citado los principios fundamentales de la ideología de Piscator:

## LÍNEAS FUNDAMENTALES DE LA DRAMATURGIA SOCIOLÓGICA

### 1.—FUNCIÓN DEL HOMBRE.

Para lo que he llamado *nuevo punto de vista* tiene un valor fundamental la *posición del hombre*, su aparición y su función dentro del teatro revolucionario; el hombre, sus emociones, sus ligaduras privadas o sociales, o su posición frente a los poderes sobrenaturales (Dios, destino, hado o en cualquier otra forma que revista este poder en el curso del progreso). . . ideas acariciadas por los dramaturgos de todos los siglos. La tesis del *arte para el pueblo* llevada por el rodeo de la *grandeza humana* se transformó en esta otra perfectamente contraria: *Soberanía del arte*. Es este un largo camino que pasa por las estaciones del individualismo burgués, que no sabe expresar más que el dolor de las *almas individuales*. . .

Demuestra luego que el teatro ha debido encarar una nueva función, la de analizar y presentar los problemas palpitantes desde el punto de vista del pueblo y que esta nueva misión «fué generada por las circunstancias mismas». Y estas circuns-

tancias se llaman GUERRA y REVOLUCIÓN. Ellas fueron las que cambiaron al hombre su estructura espiritual y su posición ante los problemas universales. Terminaron la obra que cincuenta años antes había empezado el capitalismo industrial. La guerra enterró definitivamente al individualismo burgués bajo una tormenta de acero y aluviones de fuego. En realidad, el hombre como ser individual, independiente, o al parecer independiente de los lazos sociales, girando egocéntricamente al rededor de la idea de sí mismo, yace bajo la lápida marmórea del *soldado desconocido*. O tal vez como Remarque lo ha formulado: «La generación de 1914 ha muerto en la guerra, aunque haya logrado escapar de sus granadas». Lo que volvía con vida de la guerra no tenía ya nada de común con aquellas ideas de hombre, humanidad o grandeza humana que, exhibidas como joyas en los cuartos elegantes del mundo de la preguerra, habían simbolizado la eternidad de un orden establecido por Dios.

«Las columnas de ejército que en 1918 tornaban a Alemania atravesando, arrolladoras, el Rin—en retirada llevada a cabo bajo su propia dirección y autodisciplina, sin órdenes broncas—, y que pisaban el suelo alemán con la firme voluntad de implantar, fusil en mano si fuera necesario, un orden mejor y más justo... estas columnas estaban muy lejos de representar al hombre que siente, piensa y obra inspirado por la colectividad, y el compañerismo, tipo que constituye el *fin* (no la condición previa, como se cree falsamente) del socialismo; pero eran ya una forma precursora de este tipo. Fundidas en el crisol de la gran industria, endurecidas y soldadas en la herrería de la guerra, las masas de 1918 y 1919 se alzaban delante de las puertas del Estado, amenazadoras y exigentes, y ya no eran el montón informe de antes, la chusma revuelta, sino un nuevo ser vivo, dotado de nueva vida propia, y este ser no era ya una suma de individuos, sino *un nuevo y potente yo*, impulsado y determinado por las leyes no escritas de su clase.

«¿Es posible que haya todavía quien, a la vista de este enorme trastorno, del cual no puede excluirse a nadie, quiera sostener en serio que la imagen del hombre, de sus emociones, de sus vinculaciones, es una imagen eterna, absoluta, a la que el tiempo no osa tocar? ¿O se reconocerá al fin que la queja de Tasso se rompe contra la torre de cemento y las paredes de acero de nuestro siglo, sin arrancarles el menor eco, y que la neurastenia de Hamlet no puede contar con ninguna compasión en una generación de lanzagranadas y de campeones? Se acabará de comprender que el *héroe interesante* sólo interesa a la época que ve encarnada en él, su propio destino, que los dolo-

res y alegrías que ayer todavía parecían sublimes han de parecer pequeñas y ridículas a las miradas de un *hoy*, combatiente?

«Esta época, que, con sus exigencias sociales y económicas, acaso ha quitado al individuo lo *humano* que tenía, sin regalarle, en cambio, la más alta humanidad de una sociedad nueva, ha erigido sobre el pedestal un *nuevo héroe*: se ha erigido a *sí misma*. El *factor heroico de la nueva dramática* ya no es el individuo, con su destino privado y personal, sino la época misma, el destino de las masas.

«¿Pierde por esto el individuo el atributo de su personalidad, odia, ama o sufre menos que el héroe de la anterior generación? Ciertamente que no; pero todos los sentimientos han sido colocados *bajo otro punto* de vista. Ya no es el solo, aislado, suelto, con un mundo para sí, el que vive su destino. Está indisolublemente unido a los factores políticos y económicos de su tiempo, o, como dijo con agudeza Brecht: «cada kuli chino, si quiere ganar su comida, está obligado a hacer política mundial». Cualquiera que sea su posición, está ligado en todas sus manifestaciones externas e internas al destino de su época.

«En el escenario el hombre tiene para nosotros la significación de una *función social*. Lo central no son sus relaciones consigo mismo ni sus relaciones con Dios, sino *sus relaciones con la sociedad*. Donde quiera que él se presenta, se presenta, juntamente con él, su clase o su capa social. Cuando se ve en un conflicto de orden moral, psicológico o práctico, se ve en conflicto con la sociedad. Por más que la antigüedad considerara como punto central su posición frente al destino y la Edad Media su posición frente a Dios, el racionalismo su posición frente a la naturaleza y el romanticismo su posición frente a los poderes del sentimiento... , una época en la cual están a la orden del día las relaciones universales, la revisión de todos los valores humanos, la revolución de todos los estados sociales, no puede considerar al hombre más que en su posición frente a la sociedad y al problema social de su tiempo, es decir como *ser político*.

«Aunque esta acentuación del carácter político de la que no somos responsables nosotros—sino la discordancia de los estados sociales actuales que hacen política de toda manifestación de vida—lleve en cierto sentido, a una desfiguración de la imagen ideal del hombre, esta imagen tendrá, en todo caso, la ventaja de corresponder a la *realidad*. Pero para nosotros, no puede limitarse la tarea a reflejar la realidad sin *crítica*, a concebir el teatro tan solo como *espejo de la época*. Y si este no es su cometido, menos lo es impedir que este estado trascienda al tea-

tro, negar esta discordancia con veladuras, presentar al hombre revestido de grandeza sublime en una época que le desfigura su carácter social; en una palabra: producir un efecto idealista. El cometido del teatro político consiste en tomar la realidad como *punto de partida para llevar la discordia social a elemento de acusación y de revolución y preparación del orden nuevo.*»

#### CONCLUSIÓN.

He aquí diseñada a grandes rasgos la situación del teatro mundial del cual, por humilde que sea, forma parte el nuestro. Este comentario ha permitido determinar la crisis porque atraviesa el teatro y las formas que se buscan para sustentarlo. Piscator dice que ha surgido un hombre nuevo, luego para este hombre nuevo debemos escribir teatro nuevo. Este hombre quiere un mundo nuevo en el que será más feliz y el teatro que puede presentar los hechos vivos, debe ayudarle en su tarea. Se me dirá aquí no hubo guerra... Es verdad que no hubo guerra contestaré; pero toda la humanidad paga las consecuencias de las ansias comerciales de unos cuantos porque se sacrificó la mejor parte de ella y la que quedó, quedó escéptica, incrédula y dispuesta a la rebeldía más indomable. Nosotros tenemos nuestro país que es uno de los más ricos del mundo retorciéndose de hambre, muriéndose sobre un granero. Tenemos la masa que forma ese cuerpo social que pide ante las puertas del Palacio de Gobierno o que se calla y piensa...

A mi me consuela una cosa: el verdadero espíritu de sacrificio del pueblo chileno que es capaz de cooperar de nuevo al progreso si ve en sus gobernantes algún gesto de interés. Yo sé que tiene la visión trágica de los que en la guerra murieron; pero sé también que es patriota. Cómo no va a serlo cuando no teniendo nada que defender, por cuanto no ha tenido nunca nada de su propiedad en su país, le ha ofrendado siempre que lo ha llamado su sangre, su vida, sus ilusiones...

Nosotros estamos en el punto de partida, podemos ensayar toda la gama de teatro y quedarnos con el que más se aproxime dentro de un sentido de avance, al gusto del público. Debemos reunirnos los que no hemos caído envueltos en la quiebra de valores espirituales que aplasta a nuestro país y trabajar con la más alta dedicación. No tenemos medios, se nos ha despreciado injustamente, jamás los poderes públicos que subvencionan ópera italiana que no sirve más que los intereses espirituales de unos cuantos diletantes, se han preocupado del teatro probablemente porque no se han detenido a pensar en lo que

como fuerza de sugerencia y de impulso representa el teatro. En los países menos indiferentes que el nuestro los gobiernos se preocupan de preferencia de esta actividad tan objetiva; aquí ni siquiera se nos ha defendido de los intereses extranjeros que *polonizan* nuestros esfuerzos, negándonos sus salas en las que explotan el absurdo biógrafo que es un negocio enemigo de nuestro pueblo. No tenemos el teatro nacional, ni nada que nos pueda alentar a proseguir en nuestra labor. El teatro, cesante, deberá irse también a los albergues, símbolo de la época tan terrible que juega a los malabares con el hambre sobre volcanes dormidos. . . .

¿Habrá en este hermoso país alguna esperanza para el teatro o terminaremos a corto plazo siendo una factoría yanqui? Ya hay novelistas que encuentran indios de ojos azules y rotos que tienen nombres en inglés; pero nosotros somos chilenos y queremos seguir siéndolo a pesar de todo!—ANTONIO ACEVEDO HERNÁNDEZ.

## «DON SEGUNDO SOMBRA»

DE RICARDO GÜIRALDES

**L**A novela cuyo es el título de estas líneas, pertenece a la familia del Facundo y del Martín Fierro. No digo que es como ella—toda comparación, ya se sabe, apareja lo inexacto a lo odioso—sino que es de entre ellos por la índole generosa y la gallarda valentía. Llena una página, en blanco hasta hoy, de la vida gaucha, que no por ser más humilde en ella cede a los otros como humano interés. Describe la formación del trabajador rural de nuestra campaña ganadera, o sea lo que es el gaucho y lo que siempre fué, salvo excepciones episódicas: el «hombre de pampa y de huella», como dice con vigoroso acierto el propio autor, acomodado por temperamento a su tarea combatiente y vagabunda. Pues toda ella consiste, si bien se ve, en dominar el ganado y en arrearlo con baquía, mediante un complicado sistema que participa de la sabiduría y del arte.

Siendo aquella índole profundamente individual, como que de ella proviene el amor a la vida errante, que toma a la pampa entera por suya, con andarla sin cesar sobre los caminos sin dueño, cada uno de esos hombres debe bastarse en todas las situaciones determinadas por ella, constituyéndose, así, al poder exclusivo de su ingenio y de su energía, una educación completa

que abarca en su sencillez, resaltante de su estricta aplicación al objeto, cuanto ha menester el hombre para vivir la vida integral, desde el pastoreo, hasta la medicina, y desde la esgrima hasta la música.

En su género, pues, el gaucho completo, que nada tiene, por cierto, de excepcional, es un pozo de ciencia; vale decir un hombre que en todos los casos, sabe lo que debe hacer.

Como lo aprende por sí mismo y en sí mismo, a costa de trabajos, que recuerdan el imperioso dolor de una labra en piedra, el gaucho es natural y enteramente dueño de sí mismo. Y como la libertad consiste en poseerse, no en poseer, forma un tipo de hombre libre, que es la cepa genuina de nuestra raza y que caracteriza ya nuestro predominante individualismo.

A diferencia fundamental del hombre urbano: fracción social o pieza de máquina, aquél constituye una entidad indivisible, que coopera en la formación de la patria, hasta el sacrificio, si es menester, pero sin perder nunca su unidad voluntaria.

De ahí proviene su mesurada hidalguía, pronta a la aceptación de cualquier superioridad, pero igualmente dispuesta a resistirla si amenaza trocarse en humillación. Nobleza y libertad son sinónimos en el alma. Y con esto arraiga en ella la seguridad que torna fácil la simpatía. Ingenio y valor, resultan, a su vez, las condiciones naturales de la vida que así debe lograrse, constituyendo, de suyo, una selección que representa un triunfo sobre Hombres y Naturaleza.

Tipos así forman los pueblos heroicos, lo que no significa, precisamente, guerreros, sino animados de voluntad triunfal. En la cepa gaucha entroncarán, pues, con ventaja las razas fuertes y concordes, que nos conviene atraer, puesto que ella está intacta por ventura. El carácter gaucho no ha desaparecido. Se ha adaptado, como el país, a las nuevas condiciones de la civilización, lo cual prueba que es capaz de subsistir en ella. Y, en consecuencia, de sobrevivir con la patria, tan argentina como él. Si el gaucho no es agricultor, ni artesano, nadie lo supera en la faena agrícola, ni en el manejo de utilería y maquinaria, cuando adopta esas tareas poco interesantes para él. Pero, ahí, mejor que en su predilecta actividad ganadera, se ve cuánto vale aquella educación práctica para la vida integral. Esta última es, en su sentir, el desempeño natural del hombre, o sea, aquello a que aspira todo ser humano, digno de su condición.

No cree, así, realizar, con ello nada extraordinario. La noción de la vida, como un acto de dominio, permanente, es herencia del antiguo conquistador, cuyo mismo idioma conserva en su castellano arcaico y sabroso. Posee el concepto exacto de que el

heroísmo es una virtud triunfal, o mejor dicho, la voluntad de vencer; no un agente pasivo de la adversidad. Su estoicismo no es resignación a la impotencia, ni firmeza sustentada en el concepto purgatorio del dolor, sino viril aceptación del destino; una forma elevada de la dignidad. De ahí su serena indiferencia religiosa. Morir, significa para él concluir el desempeño de la vida, perder un lance o salvar el honor; es decir un episodio que corta la existencia, pero que no la determina con proyección trascendental. Fatalista, pues, o sea uno que ama y vive la vida misma, tal como puede vivirla según sus posibles, disfruta su libertad con amor de artista, es decir, sin sacrificarla a ningún temor consecuente o previsible. Por esto, no se preocupa de atesorar, ni le pide al trabajo más que el costo de su día. El encanto profundo de su vida errante—otro legado del conquistador—, está en la posibilidad cotidiana de la aventura. No hay, sin embargo, mendicidad ni parasitismo en la campaña. El gaucho sirve siempre de algo y puede ganarse su parca vida hasta pisar la senectud. Su educación para el desempeño integral, explica una y otra cosa.

El libro de Güiraldes es la descripción de una de esas vidas. Pero, digo mal. Descripción significa estudio de afuera para adentro, o sea lo que han realizado más de una vez otros y yo entre ellos. Don Segundo Sombra como Martín Fierro, es el gaucho mismo. Representa en prosa lo que aquel otro en verso. una vida viviente. Y aquí estriba desde luego, su importancia nacional.

Lo propio que el del poema mencionado, el protagonista de la novela cuenta su historia en su propio lenguaje. Es un bastardo, que su protector, don Fabio Cáceres, arranca a la madre, en la primera infancia, para entregarlo a dos tías santurronas, con el objeto de darle educación en la escuela del pueblito donde ellas viven, pues aquél reside habitualmente solo en su estancia. Dicha bastardía, que es la condición novelesca conducente al desenlace explicatorio de la misma narración personal, acentúa la formación individual del protagonista, tristemente aislado en un verdadero desamparo de cariño. Pues lo cierto es que las tías, a quienes desagrada en extremo su índole aventurera, sólo se ocupan de enseñarle a rezar, enviándolo sin mayor interés a la escuela, que abandona al cabo de tres años, para tornarse uno de los chicuelos azotacalles de la población, donde la vagancia le transforma con precocidad el ingenio en picardía.

Mientras tanto, su protector ha desaparecido, sin que él comprenda por qué; pero aquella ausencia acaba con las únicas muestras de afecto que, de cuando en cuando, recibía su orfandad.



Su simpatía vacante, hállese, así, pronta a dejarse ganar por la primera admiración que le subyugue la voluntad levantisca y mañosa. En eso ocurre su encuentro casual con el perfecto gaucho que es Don Segundo Sombra, a quien acaba de prestigiar ante él un episodio de romanesca valentía. Apegado desde el primer momento a ese hombre, en quien adivina por instinto una correspondencia cariñosa, que la reserva gaucha, manifiesta apenas bajo la forma de consentimiento tácito, fúgase para seguirlo, adopta a su arrimo la vida del resero, que es, por cierto, la suya, y conduciendo reses adquiere a la vez paternidad adoptiva, oficio y carácter, o sea, la posesión completa de sí mismo en que consiste la verdadera libertad.

La novela es eso. Un relato, sin complicaciones, de la indicada formación física y moral, en el desarrollo, por decirlo así rectilíneo, del propio rumbo pampeano. Protagonistas y paisaje determinanse, pues, recíprocamente, constituyendo la poderosa unidad que caracteriza, desde luego, a la obra lograda. Tras algunos años de vida común, el muchacho recibe un día la noticia de que como hijo natural de don Fabio, su protector, quien acaba de fallecer, hereda sus campos y estancia, hallándose, así, rico y patrón de la noche a la mañana. La nueva posición indúcelo, poco a poco, a instruirse como es debido, lo cual explica con acierto, su capacidad de narrar, su sensibilidad a la emoción artística, de episodios y paisaje, y la adopción del idioma gaucho en que saldrá más propia, por la mayor intimidad del recuerdo, su expresión ya literaria. Pues la adquisición de la cultura mental, no ha destruído en su alma el cariño gaucho que define su sensibilidad y caracteriza su estilo.

Realizarlo con maestría apenas discutible en una que otra expresión, demasiado literaria, quizá, venciendo la doble paradoja, estética y psicológica que resulta de semejante situación, revela un alto temperamento de artista. Y lo realza mejor, si cabe, la otra dificultad—honrada, pero tremenda dificultad—de conservar el interés, más que permanente, vivísimo, sin acudir a ningún recurso del oficio o de la fábula, en una serie de cuadros episódicos, reducidos a tres elementos pobres: el rasgo directo, lo que es decir fotográfico, el diálogo y la metáfora objetiva, o sea el modo más primitivo de comparar. Es el procedimiento de la poesía, llevado a la prosa, vale decir, con la desventaja esencial de la suplencia, que sólo a fuerza de temperamento puede salvar el escritor. Pero ello significa también el triunfo de la calidad pura, en que consiste la genuina excelencia de la sazón frutal. Y el riesgo de no tener alternativa entre la belleza lograda y la afligente trivialidad; entre el equilibrio sutil del pá-

jaro que se sostiene volando y la revolcadura del pelele desparrado; entre la gallarda naturalidad y la afectación ridícula. Conseguirlo en cerca de cuatrocientas páginas desarrolladas de un tirón, sin fábula ni sorpresas, es un esfuerzo triunfal nunca igualado, entre nosotros. La prueba decisiva del verdadero escritor.

Tanto así, que su idioma es limitado y defectuoso, bajo el aspecto gramatical, o sea como expresión literaria; pues, cuando lo hablan directamente los gauchos, sale castizo con naturalidad. Pero la innata maestría sobrepónese a la imperfección del instrumento. Inútil añadir que lo menciono como una afirmación crítica de aquélla, no como una aprobación de lo que, siendo corregible, resulta estética y honradamente inaceptable. En arte no hay término medio ni capitulación posibles: lo que puede estar mejor debe estar mejor. Porque el deber de belleza impone la aspiración a lo perfecto.

Una índole artística tan poderosa como la de Güiraldes, merece la severidad viril con que Sombra, el gaucho de bronce, trata al mismo protagonista de su novela. El perdón es la piltrafa de los menguados. Por esto, el héroe antiguo, según lo enseñan los modelos de la *Iliada*, ultimaba a su adversario, rindiendo así a esa valentía, por digna que era de la suya, el último honor, con no dejarla sobrevivir derrotada. Cuando Héctor cae, vencido por Aquiles, no es la vida lo que le implora, sino la honra póstuma que ultrajarían los perros. Quien ha nacido artista de la palabra, tiene el deber de formarse escritor. Es la exigencia a que los demás tenemos derecho sobre el talento. Porque éste es una virtud dominadora, y no podemos consentirle que nos subyugue sino con armas templadas a la perfección.

Entre tanto, la calidad sigue imponiéndose en las páginas de ese libro hermoso y fuerte. Tratado, diremos así, a la manera de los pintores, es una serie de cuadros sin continuidad aparente; pero su unidad como la de la vida, que constituye, en suma, una colección de episodios, consiste en vivir. Y ahí está el secreto de su prestigio irresistible. Lo que interesa en él es lo que va viviendo, no lo que va contando el autor. Esto es el desiderátum mismo de la obra de arte. Nada más difícil de conseguir por medio de la escritura, que no representa directamente a la Naturaleza, como las artes plásticas, ni despierta de igual modo la emoción, como la música, sino que tan sólo evoca. Güiraldes posee el más alto grado ese don en que todo el escritor se manifiesta con síntesis natural, como el pájaro en su canto.

Cuando se dijo que pintaba bien las cosas campestres porque

las conoce bien, confundíase el don de pintar con los menesteres de la pintura.

No, a buen seguro. Pinta bien el campo, no porque lo conozca, sino porque es artista. Cuántos habíanlo conocido antes, con igual perfección, sin pintarlo nunca. Ni es verdad que saber mucho las cosas induzca al arte. Leonardo dibujó como botánico millares y millares de flores; y en su pintura, la flor está casi ausente. Las más notables que recuerdo son, por cierto, las azucenas convencionales del ángel de su Anunciación. Boticelli, que no sabía botánica, fué un divino pintor de flores.

Insisto en decir pintura, pues repito que es pictórico el sistema descriptivo de este autor, así como su procedimiento es poético. De aquí, sin duda, su intensidad simpática.

Muchos de aquellos cuadros son magníficos en sí, y más de uno quedará clásico.

Así el de la lluvia sobre el primer arreo (cap. IX), el del baile (cap. XI), el de la riña de gallos (cap. XIII), el del embrujado (cap. XV), el del rodeo (caps. XVI y XVII), y en este último los del cangrejal y la lucha con el toro...

Por último, los de la carrera (cap. XX), la doma de potros (cap. XXII), el duelo a cuchillo (cap. XXIII) y el último arreo (cap. XXIV). Son, también, de mencionar los cuentos, sobre todo, el segundo (cap. XXI).

Y los caracteres. Con ser todos hombres del mismo oficio primitivo y monótono, no hay uno solo entre tantos—pasan de veinte—cuya personalidad no cause vivo interés. Basta describirlos exactamente como son, para que cada uno vaya imponiéndonos su poderosa individualidad; o, lo que es igual, el generoso encanto del hombre libre. La lealtad del lenguaje con que nos lo dice y nos lo hace hablar el autor, acentúa esa simpatía. Su sabor de veracidad familiar tiene gusto a patria.

Otro rasgo importante, y bien gaucho por cierto: la mujer apenas cuenta, episódica y como apagada en la vigorosa sombra varonil; más bien temida que deseada por aquellos hombres cuya dura vida retráelos en una especie de bravía honestidad. Faltan, asimismo, con veracidad no menor, el vicio y la política, que apenas se insinúa en su ridícula bajeza, ante el sarcástico abandono con que el gaucho siempre la vió. Periódica suciedad que pasa en el vasto soplo de aquella vida a campo raso, como una basura en la punta del viento. Hasta en eso es argentino y actual este libro noblemente consolador.

Pues lo que infunde, sobre todo, es la confianza en el carácter nacional, que parece estar resonando con genuino timbre de bronce. Paisaje y hombre iluminánse en él a grandes pince-

ladas de esperanza y de fuerza. Qué generosidad de tierra la que engendra esa vida, qué seguridad de triunfo en la gran marcha hacia la felicidad y la belleza. Y qué éxito tan justo el del artista que ha sabido evocarlo. ¡Esto sí que es cosa nuestra y de nadie más, en la absorción absoluta de los grandes amores! Patria pura, diré, así, como quien refiere la calidad del vino en que también se substancian el frescor del pámpano, y el tenor del sarmiento; patria pura, hasta desdeñar por instintiva elevación los fáciles gracejos con que el gauchismo de arrabal nos despacha al comisario y al gringo. Igualmente ajena al suburbio de la nueva Salónica, en que los mestizos del alma y de la sangre sueñan inaugurar el paraíso de la canalla, y a la trastienda clandestina de las mixturas de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y las vanguardias sin ejército, adereza el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria. Unos al fin con los sin patria en la negación de un fracaso idéntico.

Estas realizaciones de belleza genuina, de fecundidad natural, de salud sin recetario, de vida triunfante, en suma, son otras tantas afirmaciones de patria. Crear, no formular; poner todo el temperamento, a lo que dé, en la gran corriente vital, no en el cuentagotas del escamoteo equívoco; vencer a todo el rigor del esfuerzo, como en la doma pampeana, no a hurtadillas de la materia rebelde; templar por derecho, diríamos en lengua de payador; eso es saber triunfar, saber amar, saber vivir, saber portarse como hombre y como artista.—L E O P O L D O L U G O N E S.

## ASPECTOS DE LA DISCONFORMIDAD

**A**L intelectual, al artista, siguen muchos colocándole fuera de las normas esenciales de la vida política de los pueblos. Se dice que la característica del político es la acción y la del intelectual, la contemplación. Harto podría discutirse esta nueva división de poderes. Ogaño, frente al desbarajuste del mundo, es una cómoda postura atribuir al intelectual la culpa (o la causa, que así suena más dulce) del fracaso de un sistema corrompido, que al llamársele así, *corrompido*, indica precisamente que sanándolo puede dar buenos efectos. Acontece como si uno quisiera comerse una manzana y la hallase podrida y en vez de buscar otra manzana en sazón, decidiese apagar su garganta con un membrillo. Claro está que la culpa, al distribuir-

la entre todos, en esos trocicos que a todos nos corresponden por ignorancia o negligencia, (ya que no hay tanto que pensar en malas intenciones), cae también con su buena parte, al fin y a la postre, sobre los intelectuales. Pero no toda ella. O acaso, ¿han llevado ellos la dirección absoluta del mundo? ¿Se les ha hecho tanto caso y prestado tan exquisita atención, que pueda sobreponerse su influencia a las de los negociantes, mercaderes, y profesionales de toda laya?

Creo haber respondido, si bien someramente a esta cuestión en otras ocasiones, comentando la falsa y desvirtuada interpretación que se ha dado por los antojadizos a esa disputa acerca de la responsabilidad de los intelectuales, de su echazón al margen de la sociedad, tan bien enfocada por Berl, Guehenno y Bernanos. Como en una discusión de familia, sin trascendencia callejera, expusieron su punto de vista los intelectuales. En seguida, por arte de birlibirloque, se transforma la discusión en reyerta de verduleras y los más inmediatos responsables del desastre (Sylok y Harpagón), se lo achacan, sin dolerse prendas, a los que piensan y discurren.

Más certero sería profundizar en la influencia que con su disconformidad han ido trazando los artistas y los pensadores, en cualquier régimen político. Qué correcciones no han ejercido con su influencia, qué sistemas no han enderezado cuando comenzaban a torcerse. Se me dirá: «esa manera de vivir, en absoluta disconformidad con todo, con lo nuevo y con lo viejo, más tiende a desilusionar que a dar ánimos y favorecer». Pero es que hay varias clases de disconformidad con los ambientes.

Hay una disconformidad esencial, que proviene de bases elementales, imposibles de arrancar de raíz, por cuanto estas son profundas, retorcidas, petrificadas y colosales. Esta disconformidad puede ser la reacción del individuo superior frente a los adocenados, el *taedium saeculi*, que Daudet atribuye a Baudelaire. Este horror al ambiente no daña la política sino de rechazo, puesto que no atiende al particularismo de un programa, sino a la totalidad de los demás, de los que no son el propio hombre marginal por elevación. El mismo Baudelaire decía: «¿Me huís porque creéis que tengo la viruela? ¡Ah, ya veréis qué magníficos granos voy a pintarme sobre la piel!» Pero esta inconformidad en mayor o menor grado, la siente todo el mundo. No todos tienen el valor de manifestarla en los ratos en que la sienten, porque para corregirla están las zalemas sociales, el trato (¿por qué se le llamará así?) y la educación. La falsa educación, naturalmente. O también la dependencia, a falta de li-

bertad espiritual, el temor de desagradar al jefe, al protector. Gemela de este tipo de disconformidad es la otra, de base racial, no aparente pero indudable, la que sentía Heine por Alemania y que se le transmitió a Nietzsche, a pesar de lo sajón que es eso de la superhombria o de la superiombredad. Eran factores étnicos, religiosos, y familiares los que influían en este criterio. Que por otra parte no era constante, sino arrebatado y momentáneo, aunque los momentos y los arrebatos se repitiesen por años arreo.

De estas dos especies, a la otra que resta, que es la que precisamente quiero exponer, hay un abismo de diferencia y separación. Para coger casos recientes, no hay que olvidar y citar como de paso, algunos casos más viejos. Desterrados por sus propios amigos, por los que habían trabajado con ellos en un ambiente para crear otro, viven Descartes, Spinoza, Rousseau, Voltaire. El retiro de este último a Ferney no es sino una manifestación de inconformismo, de asco por la mala interpretación oficial y popular, de algo que él mismo ha traído con grandes trabajos. Estorbadores y estorbados, los llama Drieu la Rochelle a todos ellos. Y cita el caso de la falta de acomodación de Voltaire, tan desplazado de la Francia de 1760 como de la de 1793. y los casos de Tolstoy y Dostoiewsky, los cuales al mismo tiempo que preparaban una revolución, la minaban de antemano. Viniendo más a lo actual, ahí están las disconformidades esenciales de Ludwig y Remarque con la nueva Alemania, hasta el extremo de solicitar y obtener la ciudadanía helvética.

¿Se puede tomar esto a broma, o despreciar estos síntomas, o deducir que esa gente no ha servido para nada? Sería demasiado atrevido. No se hubiera hecho la revolución francesa sin Voltaire. Indudablemente. Ni la rusa sin Tolstoy, aunque no haya llevado, por supuesto, el fuerte paso inicial y postrero sobre los hombros. Sin amenguar en un ápice el mérito revolucionario de Lenin, las cosas no hubieran venido como vinieron sin los precedentes de Tolstoy. Y además, de Dostoiewsky, de Andreiev, de Chejov y (por muy pretencioso que os parezca) de Turguenev.

Cierto que esas decisiones demasiado radicales, a lo Ludwig y a lo Remarque, no son las más razonables en su apariencia. Se pueden traer a colación dos nombres de inconformistas contemporáneos, vivientes, que desorientan y marean, pero cuya labor, en dos sentidos opuestos, no puede ser más encaminada a un mismo fin de interés de obtención y depuración nacional: Bernard Shaw y Unamuno. El primero usa más de los contrastes de la ironía y del golpe de cerebro para decir cuantas verda-

des se les vienen a las mientes sobre Inglaterra, su patria grande y sobre Irlanda, su patria chica, con la que no ceja más en la mordacidad y en el comentario burlón. Nadie, sin embargo podrá decir que Bernard Shaw es menos inglés que Kipling. Al contrario. Tal vez a uno que no sea inglés, esos poemas gloriosos de Kipling le hagan los mismos efectos que los versos de un himno nacional, malos generalmente. Se necesita ser sajón y británico para tragar sin agua un canto a las glorias de la rubia Albión, que indudablemente se lo merece, pero que estraga los paladares de los ajenos al caso. Bernard Shaw, diciendo lo que dice, tergiversando el chiste o haciendo juegos de historia imaginativa, consigue para Inglaterra—y para su política inmediata—más admiración que rencor o enemistad. Se supone que no está aislado, que ha de tener influencias y que han de haber los suficientes secuaces de G. B. S. para dar una idea independiente y eficaz de la tierra que los vió nacer. A don Miguel de Unamuno se le ha echado en cara que se ponga frente a una situación de cosas con la que antes soñaba. En primer lugar, él no se ha puesto de frente sino ante unos acontecimientos aislados, a un procedimiento que juzga torcido. La libre discusión que asiste a un régimen de libertades, hace que se puedan formular juicios o aventurar ideas que en otros tiempos merecerían las más severas reprimendas. Pero indignarse frente a unas afirmaciones más o menos radicales y rebeldes, ¿para qué? Unamuno sigue siendo el gran republicano español, respetable y magistral. Y sus palabras, si corrigen algún defecto, serán beneficiosas. Sin hacer ninguna mella esencial, en lo político cotidiano, a los por él criticados.

Lo que hay es que chocar con espíritus abiertos. En el último número de ATENEA, nos recordaba Balseiro la actitud dimisionaria de Valle Inclán, sus palabras fuertes y al mismo tiempo, la intención del ministro español Fernando de los Ríos de solicitar una pensión para el gran don Ramón de las barbas de chivo. (Sé que es la diez-millonésima vez que se lo repiten y me complazco en usar el tópico comparativo rubeniano, que ha hecho furor). Atender a las palabras que vienen de los privilegiados es nota de buen proceder. Y muchas veces, no hay que mirar como artistas o intelectuales a los que ejecutan ciertos actos, sino simplemente como hombres, como ciudadanos. Es difícil separar las calidades, pero si se hace un pequeño esfuerzo, se consigue. El gesto de Fernando de los Ríos, es ejemplar.

Hay, por último, una disconformidad de constitución sentimental, de factura individualista. La de Oscar Wilde. Pero esta

pertenece a los psiquiatras y a los médicos. No he de entrar en su comentario, porque no es asunto de pocas líneas y porque no tengo los conocimientos suficientes para ello.

Y, en resumen, a guisa de colofón, por encima de todas estas justificaciones, que no sé si tienen un valor de convencimiento, creo que es interesante plantear el problema y cosa de suma trascendencia el análisis de esta calidad de descontento, que si bien puede dar buenos frutos, puede producir las más extrañas desorientaciones y pérdidas de dirección. A lo que no creo que se deba llegar es al ostracismo. Aun de aquellos que no intervienen con sus opiniones en la política, su labor de artistas o de intelectuales ayuda al trabajo del organizador o conductor de pueblos. Son unos obreros como otros cualesquiera. Recuerdo a este propósito que en París, actualmente, en todas las alcaldías hay un comité de socorros a los *sin trabajo*. Entrando a las oficinas, se ven los letreros de las diferentes profesiones, distribuidos en distintas puertas. En una de ellas se lee: «Artistes et artisans d'art, au fond de la cour, a gauche.» En otros se especifican los demás gremios: Albañiles, mecánicos, etc. Allí, al fondo del patio, a la izquierda, se encuentra uno con el pintor que hace diez años revolucionó la prensa de París, discutiéndosele. Buena enseñanza.—J O S É M A R Í A S O U V I R O N.

## FIGURAS DE PARIS.—M. FRANCOIS COTY

**C**ADA cierto tiempo el nombre de M. Francois Coty suena en París como el badajo en la campana. Este hombre que ha procurado sensaciones de paraíso artificial a hombres y mujeres tiene también el poder de exasperar los nervios de muchísimos periodistas y políticos, y no es raro que con tal material exacerbado se produzca la explosión. De ella sale, bien o mal, la doble personalidad embriagadora e irritante de M. Coty, pero siempre más sonora.

Sus enemigos se fastidian con sus éxitos, pero, es innegable que su ascendencia judía, aunque él la niega, le ha dado la visión de los «grandes golpes». Tienen lo que los franceses llaman «flair» y nosotros, vulgarmente «olfato». El hecho que regalara un día al aviador Costes el aparato que le permitió atravesar el Atlántico, y que le costara un millón de francos, le significó un acrecentamiento de su rebuscada fama de francés nacionalista que él trabaja desesperadamente por dejar establecida. La prensa entera calló este gesto, pero M. Francois



Coty tiene a su vez su prensa que se encargó de divulgarlo en gruesas letras y que aprovechó la ocasión de presentar al propietario de *L'Ami du Peuple* como un hombre desterrado de la república por el solo hecho de amarla demasiado.

M. Francois Coty quiere ser, cueste lo que cueste, el amigo del pueblo, y, para impregnar tal convencimiento emplea los profundos conocimientos que ha aprendido en su larga e intensa vida comercial.

Mientras los demás periódicos se venden a veinticinco, treinta y cuarenta centimos él hace vender el suyo a ¡diez céntimos!

«Pueblo francés—dice a diario en sus editoriales—este hombre que os ama y os admira no trepidará en sacrificio alguno por ayudaros y haceros llevadera la lucha por la vida. Los extranjeros, instalados insolentemente entre vosotros, cogen con indolencia la primicia de cuanto os pertenece, pero hay alguien que vela por vuestros intereses y que hará cesar esta situación insostenible! Yo os haré asequibles los artículos de primera necesidad, trabajaré porque tengáis habitaciones limpias y baratas, haciendo desalojar a los «meteques», y os denunciaré, implacable, a los políticos que hoy entregan, criminales, la Francia al extranjero.»

Figura de Sweet Marden es esta de M. Francois Coty. Cuenta la leyenda, que comenzó su carrera perfumada el día que se presentara con sus esencias extractadas a los almacenes de las Galerías Lafayette, en donde obtuviera, solamente, una respuesta amable. Pero quiso su marcada buena estrella, (que apareció por vez primera y en forma decidida en su horizonte), que cayera, destrozándose, uno de los frascos de perfume, y, que al esparcirse por el aire el suave aroma, las clientes lo aspiraran con delicia, exigiéndolo imperiosamente para su uso personal. Ante un éxito tan inesperado como manifiesto, el gerente de las Galerías—continúa naturalmente la leyenda—tuvo a bien rectificar su actitud, haciendo al fabricante un inmediato encargo de importancia. Después vino la guerra y mientras los demás cerraban sus talleres para irse al frente M. Coty continuó atendiendo sus laboratorios. Así cuando volvieron los competidores él ya tenía un gran camino adelantado. En seguida su hábil presentación de los envases y mil factores más, de los que sus enemigos dicen cosas poco halagadoras, se traducen hoy en una de las fortunas más considerables de la Francia.

Director y co-propietario del *Figaro*, *L'Ami du Peuple* y varios más, dueño de hermosos castillos en el sur de Francia y residencias señoriales en el centro de París, los millones de Coty exaltan la imaginación de todos los que piensan que es una

verdad inamovible la famosa frase «puede el que cree que puede».

Cuando lanzara *L'Ami du Peuple* a diez céntimos y fuera boycoteado por la casa Hachette, todos sonrieron jubilosamente pensando que esa vez tendría un gran fracaso. Obligado a reclutar vendedores especiales, que eran perseguidos encarnizadamente por los enemigos, y perdiendo considerables sumas en los primeros días de aventura, llegó, sin embargo, a montar una máquina tan poderosa y formidable que hoy ese diario constituye su mejor pilar político.

En resumen M. Coty gana cuanto quiere, pero, sin embargo, no consigue lo que quiere. Nacido en la misma isla del gran Corso, ha soñado, mientras regalaba rejas que custodiaran los sagrados sitios, ser una nueva y colosal figura histórica que llevara la bandera de Francia muy lejos, más allá de sus fronteras. Así entró, como tantos otros, en la lucha electoral, pero, según parece, creyó necesario recurrir a la alianza de un célebre bandido, lo cual solo le valió que le fuera negada su elección, ante un tan poco ilustre colaborador.

Negádale la posibilidad de hacer política oficial se lanzó en las vías individualistas, colocándose solitario frente al Elíseo y Parlamento, y frente a los países extranjeros. Pero, desgraciadamente detrás de él estaba el elegante cortejo de frascos y de cajas llamado L'Or, L'Aimant, Emeraude, Origan, etc., destinados a aumentar los atractivos de la flapper pizpireta de la América del Norte, de la romántica inglesa envuelta en neblina londinense o a atenuar la savia de la alemana exuberante.

Así los respectivos gobiernos de los países en que se producen tan variados ejemplares amenazaron en distintas ocasiones, boycotear los productos del agresivo periodista, acallando súbitamente las campañas. Quiéralo o no, M. Coty ha debido oír estas verdades que han circulado impresas en diarios y revistas de personas que no han gritado su patriotismo en tan ensordecedora forma.

Así se comprende el silencio concentrado alrededor de sus iniciativas, por muy fecundas, oportunas o generosas que ellas aparezcan, y que la Francia no solicite sus servicios por muy efectivos que pudieran ser. Para que tal cosa sucediera M. Coty debería convencer que no es un «homme d'affaires» y eso es imposible.

Bueno, y ¿qué pretende este señor,—se preguntan sus comentaristas—que ama al pueblo para la exportación, que revuelve la política escudado en su interés nacionalista, cuando ha dado pruebas manifiestas de supeditar este interés a su negocio?

Es que—se pregunta, por ejemplo, M. Latzarus que le ha dedicado un libro de ataque—¿M. Coty cree en la posibilidad de un movimiento fascista en Francia? Porque si bien todo esto le reporta popularidad generalmente este excitante se busca para algo, máxime cuando se trata también de alguien que no suele quedarse en la mitad de su camino.

Es de desear, para evitar un inútil desgaste de energías, que estarían tan bien empleadas en distinto campo, que el distinguido fabricante se convenza que «L'Or de Coty» es exquisito en el rastro que deja una mujer, pero que no es ni aplicable ni bastante fuerte para producir la embriaguez de todo un pueblo. Y aun agregaremos, de un pueblo ¡tan equilibrado!

Así fijada primeramente su línea de conducta de actuación interna, ya sólo verá en nosotros los americanos que tan entusiastamente insulta día a día un inmenso número de compradores a los cuales dedicará la mejor de sus sonrisas ¡la clásica y graciosa sonrisa comercial francesa!—MARTAVERGARA.

## LOS LIBROS

### NOVELA

VOYAGE AU BOUT DE LA NUIT por  
*Céline, Luis F.*

Fué rechazado por la Academia Goncourt y prohijado por otra Academia. El macizo volumen (más de 600 páginas) pasó como una áspera pelota de las refinadas manos de los sucesores de Edmundo de Goncourt a las menos escrupulosas de otra Academia, la Academia Renaudot, otra de las tantas Academias de este país de Academias.

Sin embargo, nada menos académico que este enorme libro de memorias que recordaría el método proustiano sino fuera otra su orientación y el medio social descritos. Recordaría a Proust por la minuciosidad del análisis psicológico y porque el héroe, Bardamu, es actor y narrador, al mismo tiempo, del medio y de los acontecimientos que se desarrollan en el libro; pero se diferencia por la crudeza de la exposición, en que la invectiva muchas veces procaz, reemplaza al humorismo dieciochesco del buceador del tiempo perdido. Es también el tiempo per-

dido el que describe este viajero de la noche, pero su voz es bronca, acusadora. Nada tiene del chismorre genial del creador de Albertina y de Charlug.

Su tono panfletario recuerda el espíritu batallador de los últimos libros zolaicos, pero Céline no es descriptor. Para él casi no existe el medio físico. Es el ambiente moral el que le importa. Su procedimiento no es objetivo sino psicológico. El libro es así un largo reportaje que llega directamente, por la elementalidad de su ideología y por la sencillez de la forma, al grueso público. Libro muy del tiempo presente y que emparenta de cerca con los dos libros de Remarque sobre la guerra.

Como éste, empieza con la narración de combates al final de la guerra europea. Las circunstancias del país en armas, la irresistible fuerza de la masa empujan al héroe a la guerra. No se puede hacer otra cosa en Francia que ir a las trincheras. En él no hay vocación ni fe en esta civilización que lleva a los hombres a destruirse con los más refinados instrumentos de muerte. La húmeda tragedia de las trincheras con la mugre y

la muerte en acecho a cada recodo de las galerías. El terror de las granadas que cruzan el cielo como pájaros mortíferos. Agudamente está descrita la defensa del hombre arrastrado por el hombre mismo a este caos de horror y de miseria. Las descripciones de Remarque y de Barbusse son ensayos de retórica al lado del drama interior de un solo individuo en medio de la batalla colectiva. Aquellos pintaron a muchos hombres en guerra: Céline a uno sólo y más que todo, a su conciencia.

La sensibilidad de un intelectual, de un médico (Bardamu, como el propio autor son médicos) puesta a prueba en este medio de privación y de muerte, termina por quebrarse. El héroe es internado un día en un sanatorio, con los primeros síntomas de la enajenación mental. Su enfermedad va en aumento cada día. Es el delirio de grandeza con su eufórica tragicomedia. El autor aprovecha la demencia de su héroe para sacar de él los símbolos más grotescos. Igual que Cervantes. Se cree un poeta, cuyos versos son declamados en la Comedia Francesa. El público aplaude a su redentor. Como don Quijote, vive del mundo creado por él, en contraste agudo con la realidad de la vida oficial.

Vuelve la razón y Fernando Bardamu empieza su conocimiento del mundo. Sale a rodar tierras. Se aleja de la ciudad, y va al África. Tampoco la verdad se halla en la áspera vida colonial, bajo la inclemencia de un sol implacable. La torpeza humana no es menor,

porque está creando civilización en un país salvaje. Los hombres civilizados que forjan guerras no son menos brutales y egoístas que estos colonos, desecadores de pantanos. Allá es el soldado; aquí, el negro. La explotación es la misma, y la misma la obscuridad que esconde el porvenir.

Del África pasa a Norte América. Es obrero en las usinas de Ford. Los millonarios americanos son vapuleados por Céline, como otrora por Gorki. No son menos crueles y egoístas que los políticos de Europa, y los capataces de las colonias francesas del Congo.

En suma, cuatro ambientes diversos y alucinantes: las trincheras, el suburbio, las colonias y las usinas de Norte América. Técnica-mente, no hay más unión entre los distintos medios que Bardamu, héroe y espectador, al mismo tiempo. Como en las novelas picarescas el protagonista unifica la multiplicidad de las acciones. Ante su análisis apasionado de deshacer los mitos del mundo moderno: capital y democracia, ética y principios. Céline es un pesimista. Como los naturalistas, recarga de tinta lo desagradable de la vida, pero podría agregarse, en su obsequio, que en la época de Zola lo bueno podía soportar en la balanza lo negativo y lo triste. Después de la guerra europea, la crisis y la miseria son patrimonio del mundo actual. Céline es un hombre honrado y él no tiene la culpa del desquiciamiento de la civilización occidental.

No es un libro el de Céline para cualquier lector. El hombre que

asiste a las películas que terminan bien y se complace, engañándose a sí mismo, con las mentiras que los traficantes de la pantalla fabrican para llenar su teatro, no puede aceptar sus conclusiones ni su técnica. Lo encontrará desquiciador y amargo, porque es acre como el sabor de la verdad. *Un ragout fortement épicé*, como lo exigía Zola a los novelistas de su tiempo, en su famoso manifiesto.

Pero no es esto todo. Hay en Céline un escritor de raza y como tal, ha encontrado para narrar la vida de Bardamu el lenguaje adecuado. Conoce el vocabulario popular y está empapado de él. Hay errores, crudezas del peor gusto al lado de escenas delicadas y de profunda emoción humana, pero Céline es joven. Su técnica tiene que evolucionar aún y encontrar los medios que le convengan. No es poco haber hecho un libro original en una época en que la retórica y el mercantilismo predominan en literatura.

Drieu La Rochelle, crítico de la R. N. F., se complace en determinar la calidad típicamente francesa del genio de Céline. Según él, ingenuamente Céline ha vuelto a beber en las eternas fuentes del espíritu de Francia, sin contaminarse con los géneros a la moda.

Es un moralizador egocentrista, de la línea de Montaigne, y de Rabelais. Como aquéllos, este francés del siglo XX llama las cosas por su nombre, sin hipocresías ni tapujos. Es eminentemente especulativo. No hay en él notas de color, sensaciones visuales. De Africa

y de América, no aparecen descripciones en *este viaje al corazón de la noche*, sino atmósferas morales, cuya alma es el propio autor. A los hechos, exprime Céline su jugo humano. Sin el hombre, aquellos medios nada serían. Es por el hombre que tienen personalidad y carácter, que significan algo, bueno o malo.—*Mariano Latorre.*

LA CIUDAD ROJA (Novela proletaria), por *José Mancisidor.*

El autor de *La Asonada*, obra que le consagrara entre los buenos pro-sistas de su patria y de América, da en este su segundo libro una nota viva y trágica de las enconadas luchas sociales en México.

Como en toda obra cuyo fin primordial es la defensa de las clases desvalidas, hay en ella páginas declamatorias que perjudican su calidad literaria, sin añadir razonamientos nuevos en beneficio de la causa generosa que sustenta el autor.

Claro es que están en *La Ciudad Roja* (1) muchas de las admirables cualidades de novelista que demostrara Mancisidor en su primera novela. Riqueza y novedad de estilo, descripciones rápidas y precisas, y una maestría no común en la adjetivación. Y además de todo esto, un fuerte soplo de humanidad que satura las páginas del libro. Pero el personaje central se desvanece en ocasiones para volver a mostrarse, desvaido y titubeante, entre los arres-tos revolucionarios del novelista.

Seguimos creyendo que la novela

(1) Ediciones Integrales. Jalapa. México, 1932.

no puede convertirse en prédica des-  
embozada de doctrinas. Invade con  
ello campos ajenos—el ensayo, el  
artículo de prensa, la conferencia,  
el panfleto—y pierde en belleza, sin  
lograr añadir refuerzos estimables a  
las campañas políticas o sociales de  
su autor.

Grandes novelistas de todas las  
épocas y de todos los pueblos tuvie-  
ron influencia bien decisiva en el  
desarrollo de la sociedad humana,  
agitando su evolución por caminos  
de justicia y de solidaridad. Pero no  
fueron propagandistas. Se limitaron  
a pintar el doloroso medio en que  
actuaban sus personajes angustiados,  
y el fuerte dolor del relato tuvo  
mayor influencia que todos los dis-  
cursos chillones con que ahora se  
pintarrajean los mítines de arrabal.

José Mancisidor se debe a las le-  
tras americanas tanto o más que a  
las luchas sociales de su patria. Cau-  
sas diversas como son, no pueden  
confundirse en ellas los afanes del  
autor sin que tenga desmedro el no-  
velista y no gane gran cosa el hom-  
bre de lucha que hay en él.

No se crea, por lo dicho, que la  
*Ciudad Roja* es novela despreciable.  
Pero es inferior a *La Asonada*, que  
ya aplaudiéramos sin reservas en  
estas mismas páginas.

HOMBRES.—Cuentos de *Juan José  
Morosoli*.

Este poeta uruguayo, poeta en el  
soleado rincón de Minas, tiene ga-  
nado un nombre en la lírica de su  
patria. Su libro *Los Juegos*, apareci-  
do hace tres o cuatro años, mostró

la riqueza de su temperamento poé-  
tico.

Nos da ahora un bello libro de  
cuentos criollos, de estilo bien per-  
sonal, de trama sencillísima, y en  
que la visión del campo uruguayo  
no tiene el marco vanguardista que  
suelen colocarle los escritores a la  
moda. Sencillez, naturalidad de pu-  
pila y de expresión, he ahí las dos  
cualidades máximas de este nuevo  
cuentista americano.

Para que se aprecie la maestría  
de sus descripciones, cogemos una,  
al azar: «La noche está de helada.  
Parece de vidrio. Un vidrio que se  
hubiera apretado sobre los árboles,  
los cerros, los animales. Un silbido  
hubiera ido quien sabe dónde, como  
un alambre, haciendo un agujerito  
en la noche. En las aguadas las estre-  
llas parecían estar en el fondo, sur-  
gidas de allí, no reflejadas. Cuando  
volaba algún teru teru se veía clari-  
to como si fuera un recorte espeso.  
Llevábamos las piernas envaradas de  
frío. Los ruidos del sulqui iban a so-  
nar lejos, y luego un rebote del eco  
los traía claros. «El Correo» sacó  
la botella de la «mimosa» y le pren-  
dió un beso como de madre».

Entre todos los cuentos de *Hom-  
bres* (1), nos parece *Las cortas de  
maíz* el más logrado, el de contornos  
más firmes y de sentido más uni-  
versal en su regionalismo.

Primera obra en prosa de Moroso-  
li, este volumen gana para su autor  
el título muy justo de cuentista. A  
sus indiscutibles blasones de poeta  
hay que sumar desde ahora sus mé-  
ritos de prosador.—C. P. S.

(1) Imprenta de Ramón Trelles. Mi-  
nas. Uruguay.

RÍO ARRIBA, novela, por *Alfredo Pareja y Diez-Canseco*.

Ignoro qué situación tiene el señor Pareja y Diez-Canseco dentro de la literatura actual del Ecuador; pero al juzgar ecuéanimemente su novela<sup>m</sup> (1), llegamos a la conclusión de que no debe de ser muy airosa. Si este autor tiene gran predicamento allá, quiere decir que el *statu quo* de la novela ecuatoriana es decididamente bajo. Si no lo tiene, paradójicamente, el género novelístico allá está abocado a resurgimiento. Un desconocimiento más o menos considerable de la producción de aquel país—por la falta completa de publicaciones y bibliografía—nos lleva a hacer esta arriesgada suposición. Pues si apenas aquí, a muchos dar, se conocen tres o cuatro nombres de autores nuevos de las riberas del Guayas, entre ellos el de Hugo Mayo y el del excelente poeta y haikais-ta Jorge Carrera Andrade.

Esta novela de Pareja y Diez-Canseco es una obra truculenta en cuanto a novela y mal lograda en cuanto a obra. Toda ella está escrita en tiempo presente, lo que le da un cariz autobiográfico y, lo que es peor, da margen a reflexiones filosóficas cual de todas más quiscósicas. Llega un momento en que no sabemos si es el diario íntimo de un neurasténico grafómano, o es la obra de un humorista fallido y fallecido: las dos últimas líneas del libro dicen:

«Me había quedado muerto, profundamente muerto».

(1) Editorial Talleres Gráficos. Guayaquil, Ecuador, 1931. Otras dos novelas anteriores del mismo autor: *La casa de los locos* y *La Señorita Ecuador*.

La verdad es que desde las primeras páginas desconcierta. No hay acción novelesca sino después de treinta páginas. Eso no sería nada si entráramos ya en una trama dramática; pero sólo sigue un simple diálogo entre el protagonista y un amigo, Luis, que es todas estas cosas: estudiante de sexto año de medicina, escritor, crítico, conocedor de psicología, psicopatías (los plurales y enumeración son del novelista) psicoanálisis, metapsíquicas, filosofías, neuropatías, sexuologías, (sic...), y que al fin y a la postre (página 65) resulta un degenerado con estigma alcohólico. Se dedica a beber a menudo. ¿Es posible que una persona así tarada tenga aptitudes para dominar tantas *ías*?

Lo que más resalta en esta obra, desde las primeras páginas, es lo acentuado de ciertos rasgos naturalistas. Queriendo ironizar y penetrar el sentido de la realidad, este autor no hace sino rasar muy bajo y mantenerse *terre-a-terre* siempre. Su naturalismo, sin embargo, sería soportable, por lo gráfico, cuando describe y dice, por ejemplo: «El lavabo, al frente, era la única nota alegre de mi cuarto. Quizás también la bacinilla pegada al suelo como un brochazo de pintor vanguardista» (Pág. 10). Pero no puede sufrirse, en cambio, que el autor para dar cuenta de una crisis de neurastenia llegue al extremo de la vulgaridad—incluso el disparate de un cerebro que «tiembla»—como en lo siguiente: «Se va a prender un cigarrillo y tiembla la mano. Se quiere caminar lento y los pasos resultan precipitados. Se desea pensar y tiembla (!) el cerebro.



La boca está amarga, pastosa la lengua, hundidos y morados los cercos de los ojos. Sobre las orejas pesa el cabello. *Hay ganas de acomodarse aunque sea los calzoncillos*. (Pág. 28). ¿Es esto humorismo? Difícilmente. Naturalismo, acaso. Esta obra, podría ya decirse, es una novela naturalista... pero sin novela. Y así sigue ello hasta el final. Dos páginas más adelante esta obsesión reaparece. El protagonista marcha por la calle y se preocupa de una serie de minuciosidades: «El extremo de lata del cordón de mi zapato golpeaba el pavimento con un ruido machacón que llegó a serme intolerable. Al pantalón se le había ocurrido no caer del todo bien y se quedaba abombado por delante, cogido entre la pierna y la lengüeta del calzado. Las llaves sonaban mezclándose al tintineo de las pocas monedas que llevaba encima».

No quisiéramos ser tan severos con esta obrita que, a pesar de todo, tiene fugaces rasgos de talento. Pero hay que decir la verdad. Todo su naturalismo, como salsa reactiva para paladares literarios estragados por exceso de manjares impresionistas y suprarrealistas, estaría bien, siempre que más allá de eso hubiera novela. Pero la acción aquí queda sepultada a cada página en un cúmulo de observaciones de todo género, entre sesudas y pedantes, entre perogrullescas y ramongomerzsernianas. Y lo que es peor aun, casi todas en boca del autor.

Y así se mete a cada rato con Rusia, Francia, Yanquilandia, España, la India. A Gandhi lo muestra «montado en un cebú de doble giba, con

el cráneo pelado hacia adelante». Se preocupa después de la seriedad del Kayser, de Napoleón y de Bolívar. De la risa de Churruca, Cervantes, Dante, Montalvo y Diógenes. Hay un capítulo, el cuarto que trata nada más que del dolor y de la risa, citando nombres de filósofos a granel. Hay que reconocer, no obstante, que desde la mitad este libro se hace un poco más novela; al menos hay más continuidad en el asunto, y mayor número de personajes le da interés. Pero entonces, desgraciadamente y cuán desgraciadamente el escritor agudiza su tropicalismo literario, que hasta ahora no era más que sintomático: esa enfermedad al parecer todavía endémica en las letras de América Central. Véanse párrafos como éstos:

«Pero—sin pretender un retruécano—esa desgracia fué la que diademó mi frente con el nimbo de la sabiduría».

«Entonces, cuando llegue, he de verte, mojigato y despreciable, meneando el turíbulo a mis plantas. Has de llorar, pero tus lágrimas no afectarán mi euforia de robustez.

Sólo entonces, daré a luz la maravilla de mi escatología, derramaré sobre tus hombros débiles la lluvia generosa de mi cornucopia». (Pág. 105).

De este modo el señor Pareja y Diez-Canseco, al novelizar, sin darle interés, un caso vulgarísimo de los amores inconsecuentes de un estudiante y de la tenaz neurastenia de otro, fluctúa entre el más craso realismo y el tropicalismo agudo. Y como resultado de lo primero tiene excepciones de desesperante mal gust-

to: «Almorzamos, como era natural, copiosamente en el primer restaurant que se nos presentó a las narices» (Pág. 45). «...cualquier ramplón pela-cebollas...» «Pues a mo vernos todos, más o menos acompasa sadamente, más o menos como ramer os de pueblo o mozòs de cordel!» (Pág. 31). «Ninguna verdad tiene contenido. Todas son huecas, enormemente huecas, vacías y hedion das» (Pág. 42).

No es que creamos que en una novela sólo se deban decir lindezas. Es que, como ya dijimos, aquí casi no hay novela. A esta misma conclusión llegará todo el que se lance a través de estas páginas «río arriba» y cuando alcance al final desconcertante. Entonces prácticamente lamentará haberse visto obligado a leer muchas páginas de comentarios banales, de frases altisonantes, de elucubraciones indecisas, con muy breves chispazos de verdadera literatura: en fin, todo un fárrago de cosas que, de tener ingenio, fuera humorismo, al menos.—*Neftalí Agrella.*

## POESIA

CIUDAD DE BRONCE, por *Fernando Binvignat.*

En la olorosa y bella tierra serense, este poeta delicado y romántico que es Fernando Binvignat vive su canción y su vida. Su noble oficio de maestro, cumplido con amor fervoroso, le va ganando almas, mientras el encaje de su estrofa pone una inquietud en el sosiego provinciano.

Esta *Ciudad de Bronce* (1), tan

(1) Cuadernos de poesía. — Empresa Letras. Santiago, 1932.

íntima a pesar de su título resonante, es ya la obra madura de un poeta que domina la forma y sabe lo que canta. Y aunque ha visto el desenvolvimiento de las escuelas de vanguardia, sólo ha tomado de ellas el vuelo de la imagen sugerente. Su temperamento le ha puesto a salvo en esta pretendida y fracasada revolución poética.

En *Las torres de mi ciudad* logra Fernando Binvignat tal sencillez artística, unida a una tan fuerte y emocionada evocación, que el poema es sencillamente maestro.

Torre de San Agustín,  
tus viejas campanas  
repican en gris.

Tu campana grande va surcando el  
[día.

¡Oh claro recuerdo de Booz  
y de Ruth moabita!

Torre de los Misioneros,  
tu campana es  
un anillo de oro en el viento.

Un anillo de oro en el viento:  
la corona de un salmo  
o la guirnalda del evangelio.

La opaca vida colonial de Chile, sin otras sorpresas que los cuartelazos periódicos y vergonzosos de los últimos años, ha tenido en los seis meses que acaban de irse dos grandes revelaciones literarias: *Ausencia*, de Torres Rioseco, y esta *Ciudad de Bronce* que sólo hemos podido comentar a la ligera.

FUEGO A BORDO, por *José María Souviron.*

Anclado en Chile desde hace algún tiempo, el escritor español de

este *Fuego a bordo* (1) ha desarrollado entre nosotros una constante y meritoria labor literaria. El ensayo, la nota crítica, el verso, todo cae bajo su pluma trabajadora y afiebrada, dando con ello una clara y firme lección de esfuerzo a nuestra pereza criolla.

Este libro de versos que ha publicado en Chile nos muestra la riqueza de su vocabulario y sus grandes condiciones descriptivas; pero sólo por momentos asoma a su estrofa la emoción de vivir.

Hay en este poeta un afán de no mostrarse, tal vez por la influencia bien marcada que han dejado en su verso los cacareados dómnes líricos de la hora, que él admira con arrebatado, al par que desdeña a Rubén Darío con displicencia que hace reír.

Para nosotros, acaso un poco retrasados frente al cambiante panorama de los conceptos poéticos actuales lo que más vale en la obra de Souvirón es lo que ha escrito a regañadientes, todo eso que le sitúa entre los modernistas, alejándolo no poco de los que gritan y gesticulan en la vanguardia.

El *Intermedio* de su libro, esas estampas de paisajes lejanas recordadas en el mar, nos parecen lo más logrado y lo que dice más de su temperamento poético, que él está empeñado en desviar hacia modalidades que tal vez no perduren.

DESIGNIO. Poemas, por Carlos Barrera.

En edición de lujo desusado en

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

América, Carlos Barrera publica su primer libro.

No alcanza a ser modernista, y sólo pretende, con algunas variaciones ortográficas que ya no constituyen novedad, acercarse a los poetas de vanguardia. Está lejos de Rubén, y está lejos de estos «otros». Pero su libro queda junto a los de muchos hombres que no son poetas.

No tiene este *Designio* (1) la inextinguible llama interior que siempre quema en la estrofa de los poetas auténticos, ni hay en el corte de su verso una línea que haga presentir obra futura de mayor vuelo.

Espigando en las noventa páginas de este libro lujosísimo, apenas si hemos hallado, perdida entre la hojarasca de versos y de versos, esta estrofa, que sin ser una maravilla, hace perdonar el costo de la edición:

En sueño soñaba un sueño.  
¡Si lo volviera a soñar!  
Tus manos eran destino,  
tus ojos eternidad.

COLORES DEL JÚBILLO. Poemas, por Jorge E. Ramponi.

Tiene la ciudad de Mendoza un movimiento literario bien apreciable. Hay en ella varios poetas de mérito y prosistas de estirpe tan clara como Ricardo Tudela. Este verdadero fenómeno de la provincia argentina no se repite en ninguna ciudad chilena, excepción hecha de la capital.

De allá nos viene este *Colores del júbilo* (2), obra de un poeta nuevo, Jorge Enrique Ramponi.

(1) Mundial, Miravalle. México. 1932.

(2) Editorial Almafuerte, Mendoza. Argentina 1933.

Es raro hallar en la obra inicial de un escritor el completo dominio de la forma que este libro—editado primorosamente—muestra sin lugar a dudas. Para Ramponi no existen secretos en la técnica del verso.

Pero hay en todo su libro una franca influencia de García Lorca, y un insistente afán de oscuridad que en muchas ocasiones hace incomprendible la visión del poeta.

Casi todos los poemas están encabezados por una explicación en prosa, síntesis de su canto, y hasta estas explicaciones adolecen de intrincada oscuridad. En el romance N.º 5 hay estas palabras iniciales: «Arde en mi evocación—síntesis de tu juego—trémula llama, circuída de un aro lúcido: alegoría de la comba».

La admiración a García Lorca es bien evidente en muchos de los poemas que forman el libro. En el romance número 7 hay esta estrofa:

Deja la capa espiral  
para el urgente torneo,  
que a la rotonda, rotonda,  
te desafían los émulos.

Y esta otra en el romance número 8:

Ya niño sol, desde el muro,  
tras una mano de ramas,  
sobre los tréboles, tréboles,  
juega a luciérnagas de agua.

No se crea, por los reparos hechos, que este poeta mendocino carece de temperamento lírico. Hay en él un poeta indiscutible, y creemos firmemente que hará su obra cuando abandone las rutas ajenas y se convenza de que la sencillez es la máxima cualidad artística.—C. P. S.

VIRAJES. Poemas, por Jacinto Fombona Pachano.

Cada vez que llega a la redacción de ATENEA un libro suramericano que no se vende en las librerías chilenas, nos viene a la pluma este mutuo desconocimiento intelectual en que vivimos los pueblos del continente.

Los gobiernos se afanan por estrechar lazos comerciales, que casi nunca son duraderos, pero no se preocupan de borrar las fronteras espirituales que separan a pueblos de origen idéntico y de lengua común. En Chile conocemos a los últimos poetas de Francia, a los que representan la última receta vanguardista, mientras ignoramos sin inquietud a los poetas de cualquier país suramericano.

Este bello libro de Jacinto Fombona Pachano, *Virajes* (1), que su autor ha enviado gentilmente a la dirección de ATENEA, confirma lo que decimos. Es la obra de un buen poeta de América, y nos era hasta ayer totalmente desconocido.

Creemos que este libro sea la primera obra del poeta venezolano, ya que el volumen no trae indicación de otras anteriores. Y ya está en él, maduro y consciente, el poeta de nervio y original.

Domina el romance con verdadera maestría. *Siembra de Cruz* y *La Virgen de Palosanto*, entre otros, son poemas logrados en esa forma que los poetas españoles de hoy han puesto tan en boga.

La virgen de palosanto  
ya corta ilusiones verdes,

(1) Editorial Elite. Caracas, 1932.

y se va por el camino  
soñando un Jesús de nieve.  
En la noche, anochecida,  
por el establo se mete;  
crudas tinieblas ahonda  
su palosanto luciente.  
Auroras de susto rasgan  
cuatro pupilas de bueyes,  
a repentinas quejumbres  
que en el establo se enciende  
como sembrando las sombras  
de clavellinas ardientes.  
Ella no tendrá aureola  
ni tampoco tendrá reyes;  
la virgen de palosanto  
tiene su Jesús de nieve.

Y para ver el prodigio,  
por su limonar se mueven  
ordeñadores de plata  
que lucen, como presente,  
la camaza de la luna  
está rebosando leche.

La nota delicada no falta en este poeta de Venezuela. *Zapatitos de lluvia*, *La nave inútil*, *Justicia de Rey* y *Sol de las cinco de la tarde* dicen de su temperamento y de su clara orientación artística.

Su *Elegía a una locomotora*, sin novedad de imágenes y débil de forma, es el único lunar de importancia en este hermosísimo volumen de poemas.—C. P. S.

## BIOGRAFIA

NIETZCHE, por *Stefan Zweig*.

Se ha hecho una traducción española de uno de los más admirables estudios psicológicos de Zweig: el consagrado Fredric Nietzsche. Zweig es más conocido por su profundo estudio de Fouché con ser éste menos considerable que su libro sobre Tolstoy del cual sólo algunos es-

tudiosos tienen noticia. Zweig ha revolucionado los métodos históricos en el estudio de sus personajes. No se contenta con citar o clasificar los hechos, conforme a los sistemas antiguos, que muchos mantienen todavía a despecho del progreso en semejantes estudios. Zweig trata de explicar esos hechos mediante un profundo estudio de la psicología individual, enfocando los aspectos débiles o vigorosos de su personalidad a fin de mostrar el fondo de la vida interior. Por eso cada una de sus biografías, hechas con el criterio moderno que quiere hacer de cada uno de estos autores un psico-historiador, tienen gran semejanza con las novelas psicológicas. Animán el personaje, iluminándolo, desde el fondo o por detrás de su forma humana, con el haz luminoso de la comprensión e interpretación.

Zweig ha sido llamado «el cazador de alma». Quienes hayan seguido su labor literaria comprenderán mejor esta denominación tan certera. Aun cuando sus novelas—con ser tan vivas—no responden al tipo exacto de la novela, o al molde que de este género se tiene, hay, no obstante, en ellas vigorosos estudios de almas. Zweig tiene Zpredilección por las crisis pasionales—por las almas desvastadas por furiosas tormentas de amor. Posee una dinámica psicológica en extremo original; resuelve grandes conflictos en un corto espacio de tiempo. Le apasionan los casos psicológicos, las tragedias palpitantes de fuerza sensual, que se desarrollan en forma tumultuosa, en lo más oscuro

del corazón humano. Del mismo modo que en la novela—y bastarían a probarlo sus obras ya célebres en este género, *Veinticuatro horas de la vida de una mujer*, *La Confusión de los sentimientos Amock*,—Zweig no se detiene en minucias cuando se interna en la vida y en la obra de los autores que analiza. Reconstruye la época no sólo en sus formas psicológicas más vivas; penetra también en el mundo moral y filosófico del autor, crea una atmósfera vital de maravillosa concreción, ahonda en la substancia de la obra política o literaria y yergue ante el lector a un personaje de auténtica y poderosa vida.

Al definir al novelista, Zweig ha fijado las normas del método para lo psicológico y la posición que le corresponde como creador de humanidad. Dice: «el novelista modela con sus manos todo un cosmos; al lado del mundo terrenal levanta un mundo propio, con leyes propias de gravitación, con criaturas propias y un manto propio de estrellas sobre sus frentes; sabe imprimir a cada figura, a cada suceso, un ser tan genuino que no sólo les da relieve típico en su mundo sino que los impone, con fuerza plástica penetrante, al mundo real, obligándonos a tomar su nombre para subrayar hechos y personas. El novelista estatuye, en el mundo de sus criaturas, una ley de vida, crea una idea de la vida, con armonía tal, que el mundo recibe por él una forma nueva».

En este ensayo de Nietzsche hay no sólo la tragedia del hombre solitario, sino además el estudio del

medio sobre el cual gravita la poderosa figura del filósofo alemán, La tragedia de Nietzsche para Zweig es un monodrama. En todos los actos de su tragedia, este luchador, está siempre solo, «bajo el cielo de su destino tempestuoso». Las figuras que le acompañan, cuando comienza su existencia de luchador, caminan tras él en la penumbra, sintiendo en todo momento el estupor que les causa. Se alejan sobrecogidos como ante un oscuro peligro, porque en Nietzsche no hay sino el círculo del delirio dentro del que él solo puede caminar. «Nietzsche —escribe Zweig en síntesis—habla siempre solo, lucha solo, sufre solo. A nadie dirige la palabra y nadie le responde. Y lo que es aun más terrible, nadie le escucha».

Pero todavía existe en la vida filosófica de Nietzsche un aspecto aun más trágico, que Zweig recalca con la elocuencia de su estilo cálido y sanguíneo: es la soledad impenetrable como una campana de barro bajo la que el solitario esconde su arrogante tristeza. Mientras la Alemania nueva vibra y trepida en sus ferrovías, en sus telégrafos, en las crisis y en los tumultos del pueblo, en los cuarenta mil volúmenes que las prensas arrojan cada año, en el hervor de sus Universidades, en la fiebre de sus teatros y de sus centros de placer, nadie piensa y al parecer a nadie conmueve el drama formidable del espíritu de Nietzsche que se desenvuelve en lo más íntimo de su soledad. Es entonces cuando Nietzsche, hostigado por la indiferencia, por el abandono de sus amigos, hace estallar el silbante látigo

de su estilo dionisiaco y la soberbia de sus paradojas y de sus encendidas ideas. El hombre torturado ha descubierto por fin el secreto para hacerse oír. Y desde hace años, se le oye como quizá nunca pudo imaginarlo en los días en que solo, y entristecido hablaba para sí mismo. Es un bello libro el de Zweig y admirable por la fuerza con que está presentado Nietzsche. — *Domingo Melfi*.

### SIN BRUJULA

ENSAYO SOBRE LA REALIDAD CHILENA, por *Domingo Melfi*.

El de Domingo Melfi no es caso frecuente en nuestro medio intelectual, tan mezquino, tan estrecho en sus miras, tan falto de comprensión y generosidad; medio sórdido en el que muy pocos pueden destacarse hoy con noble relieve. Sin embargo, en él han florecido algunos espíritus selectos, unos cuantos hombres de visión clara, con exacto sentido de nuestra realidad y de su ubicación respecto a la realidad americana y mundial. Esos hombres, perseguidos por las dictaduras militares o civiles de tracción derechista, empuñan la llave maestra del devenir. Son los veladores y los pregoneros del gran día futuro. Hay en la obra de esos precursores, que realizan heroico apostolado en medio de la incomprensión y de la agresividad burguesas, como un claror de alba...

Detengámonos en Melfi. Artista por temperamento, con sol romano en las espaldas de su raza; pensador;

erudito, hombre de discusión, de penetración, orientado en el camino del socialismo después de análisis prolongado, de larga escrutación del panorama mundial y de sus reflejos en nuestro triste panorama criollo. Comenzó su vida literaria en Talca y por sus calles sombreadas de árboles hermosos y por sus almas sumidas en letargo provinciano paseó las inquietudes de un espíritu buscador. Tuvo, como era natural, su torre de arte en compañía de esos dos nobles poetas que se llaman Jorge González Bastías y Gerónimo Lagos Lisboa, cuya obra cuenta entre lo mejor de la poética americana de hoy. Pero el estudio y la reflexión prolongada, que no suelen detenerse largamente en las cosas de arte puro, lo empujaron pronto al campo de la crítica literaria y del ensayo, al de las meditaciones políticas, tan esenciales en quienes intenten comprender nuestro tiempo. Melfi fué director de periódico, polemista, crítico.

La metrópoli, en que se concentraban casi todos los esfuerzos de la lucha ideológica, no tardó en atraerlo. Y abandonó la provincia con un sólido cartel literario.

Redicado en Saniiago, la Universidad de Concepción lo designó para dirigir «Atenea» semanario que en sus manos había de adquirir prestigios de gran publicación. Desde sus columnas y en «El Mercurio»—en «La Nación» más tarde—ejerció crítica levantada, con verdadero sentido del arte y de la medida, con ponderación de hombre sano y caudal de notable cultura literaria. Tales valores lo consagraron

en poco tiempo como uno de los más altos críticos literarios de América.

No debía confinarse en dicho campo, pues el de la política ideológica lo atraía por manera irresistible. Y vino un fuerte libro, fruto de la observación de hombres y hechos, de corrientes subterráneas que escapan al observador superficial, de ideas en función de laboratorio, de ese diálogo con lo real y—don de los intelectuales de verdad—de esa suerte de mirada interior o penetración espiritual que hace perceptibles, desde distancia, los estadios en devenir.

*Sin Brújula* (1) recogió el pensamiento del escritor, su análisis de la realidad chilena y su diagnóstico. Demás parece decir que el logro igualó cuando menos las expectativas y propósitos de su autor porque nos ha brindado una obra maciza, en que la forma literaria impecable, cumpliendo el deseo de Queiroz, ha servido de marco a un ensayo notabilísimo.

En su libro el señor Melfi estudia el proceso de descomposición política y moral de Chile (2) con acopio de observaciones y datos psicológi-

---

(1) *Sin Brújula* lleva un comentario inicial, vibrante en su forma y rico en su contenido, de Mariano Picón-Salas, escritor venezolano de primer orden, incorporado desde años a la intelectualidad chilena.

(2) Melfi es, también autor de un magistral estudio sobre *Portales*, en que sigue de cerca el pensamiento de Vicuña Mackenna, y de un ensayo —*Dictadura y Manse-dumbre*— que fué muy bien acogido por la vanguardia chilena en 1931.

cos. La figura del presidente Montero, cuyo gobierno es analizado con imparcial espíritu de historiógrafo que sabe encontrar perspectivas, aparece detallada por manera sobria, justa. El error de aquel distinguido profesor y hombre de leyes que creyó posible gobernar con los hombres y con las ideas que habían hecho crisis en 1924, olvidando a Lenin, sub-estimando el proceso de socialización mundial, se muestra allí sin adjetivación partidista.

Melfi sabe muy bien que el mundo marcha a la izquierda. 1917 es una fecha iniciática en la historia de la Humanidad, como 1789. Acciones y reacciones actúan en éste como en aquel proceso pero la orientación general queda ya determinada por un largo período de tiempo. El panorama europeo actual lo comprueba. Si consideramos el caso de Italia y de Alemania—la Alemania nazi de Hitler—es fácil advertir que por doquiera triunfan corrientes que se dirigen hacia el socialismo como los ríos hacia el mar. No importa que en aquellos países se busquen caminos que parecen de dirección opuesta para el que observe desde el llano. Las corrientes de los partidos nacional socialistas significan en el fondo, un modo nacional, limitado y estrecho si se quiere, de tantear dentro de lo económico en campos en que la República Rusa ha plantado banderas internacionales y puesto en práctica radicales fórmulas.

En el caso del señor Montero recuerdo que dos días después de su elección yo dije, en un reportaje que me hiciera «Sucesos», de cómo su



gobierno habría de caer si no se orientaba por los caminos del socialismo. Igual diagnóstico cabe hacer hoy. Rumbos socialistas definidos, hombres sanos y resueltos, técnicos económicos de primer orden y orientadores con raigambre ideológica, ajenos a toda ambición personalista, deben ser los intérpretes de la magna revolución espiritual que se opera ya en nuestra América. ¿Los que ahora gobiernan, las clases que con el poder han detentado buena parte de nuestro acervo de cultura, sabrán ver a tiempo? ¿Comprenderán antes de que el abismo se abra para ellos?

La sombra de Némesis se proyecta en la turbia atmósfera política y moral de nuestra tierra.

«Del fondo de esta raza—escribe Domingo Melfi—y de esta tierra abrupta que creó en su pasado hombres fundamentales y que como el fruto del castaño, esconde bajo su áspera y punzante corteza, la pulpa deleitosa, surge un vasto anhelo de superación y de dignidad. Hay la rica fibra como el venero de sus montañas y una fecundidad movable de escamas como en el torbellino de su mar tormentoso. En la paciencia de sus labradores la energía de la tierra fresca que exhala, al ser desgarrada, el vaho de su renovada fecundidad. La noche larga del desenfreno, estuvo echada sobre el

campo, cubrió de sombras la montaña, las ensenadas de la costa, los finos ríos azules, el valle que sonrío entre los cerros hirsutos, el molino de piedra donde canta el blanco poema de la harina y el rumoroso frescor del huerto; las alamedas acogedoras, los esteros tortuosos y parlanchines, el viejo encanto de las hondonadas, las ciudades dormidas y grises, y, sobre la capital inquieta, donde la colonia aun se defiende en sus casonas anchas del impetuoso vértigo de algunos rascacielos... La noche estuvo echada sobre los hombres y sobre las cosas y ¿quién puede decirnos lo que esta tierra generosa va a producir en espíritus y en creación en cuanto el alba próxima comience a deshacer las sombras?...»

No estamos de acuerdo en algunos de los puntos de vista de Melfi ni en ciertas ideas suyas, pero el total—como balance de una época, como análisis histórico de un período, como perspectiva de nuestra realidad percibida por un espíritu superior—nos parece digno de ser considerado con profunda atención.

*Sin brújula* revela a un pensador poderoso que sabe revestirse de magnífico ropaje literario. En muchas de sus páginas Maculay hubiera puesto su firma.—Eugenio Orrego Vicuña.

## GLOSARIO

**EN** una reunión de escritores revolucionarios. André Gide, pronunció un discurso en homenaje a los intelectuales alemanes víctimas de la persecución de los hitleristas. Consecuente con la unidad espiritual que ha fortalecido toda su vida literaria, Gide, había ya escrito páginas emocionantes acerca de lo que se ha llamado su conversión al comunismo. Francia y con ella, el mundo intelectual, ha escuchado esta confesión del gran escritor, con un sentimiento lleno de expectación. ¿Es una conversación o es simplemente la trayectoria natural de un espíritu que desde hace tiempo, ha buscado empeñosamente por encima de todo prejuicio, la renovación interior?

«Lo que aquí nos reúne—expresó Gide en su discurso del día 21 de Marzo, que brantando por primera vez su propósito de no hablar jamás en público—es la convicción de que sólo puede evitar el conflicto—alude a la guerra—un interés superior al de las patrias, un interés común a todos los pueblos y que los une en lugar de contrariarlos. La lucha social es idéntica en todos los países y los pueblos que vemos batirse por razones que desconocen y que seguramente condenarían si llegaran a conocerlas en su verdad, tienen el mismo interés profundo del que ya empiezan a darse cuenta. Los que murieron en el curso de la gran guerra fueron todos engañados. Se les convenció de que debían hacer guerra a la guerra y en virtud de esta fórmula absurda, cuya vaciedad hemos comprendido, se les llevó a sacrificar sus vidas».

En este punto participa Gide de la campaña tenaz que en Europa están desarrollando la juventud en contra de la guerra. Esta campaña lleva ya varios años y últimamente los estudiantes de la Universidad de Oxford aprobaron un voto por el cual juraban negarse a combatir en caso de una nueva guerra. Es que los sacrificios de la anterior, fueron vanos y una realidad como esa, tan concreta y brutal, dejó en todos los espíritus jóvenes un sentimiento doloroso de repugnancia y de rebeldía del que participan las generaciones nuevas de Europa.

Gide, expresó en seguida en su discurso:

«Los cristianos de hoy que traicionan a Cristo y que se unen a los imperialismos nacionalistas, deberían recordar que desde hace tiempo, fueron ellos también oprimidos. Su adhesión de hoy a la causa del capitalismo es un monstruoso error que arrastrará a ambos a la ruina».

De este modo ve Gide el panorama futuro.



**E**N Francia se ha conmemorado el cincuentenario de la muerte del Conde de Gobineau. Además de conde era un gran escritor. Pero la justicia ha comenzado ahora. No importa que un poco tarde, porque la obra había empezado ya a labrar ese camino profundo que es en definitiva, la verdadera gloria. Las teorías sobre las razas y sus estudios y observaciones acerca del desarrollo de la civilización, alcanzan hoy gran resonancia, no obstante que en su tiempo les fué negada toda importancia.

Hay una obra de Gobineau que es un admirable cuadro de filosofía de la historia. Quizá de los cuadros más completos, en interpretación y colorido del Renacimiento, que se hayan escrito. Dialogan allí las figuras mayores del renacimiento y dialogan para regir los principios fundamentales que hicieron de esa etapa de la historia, la cumbre del pensamiento y la mayor grandeza del «individuo» como potencia y voluntad. Y todo en un estilo rico y sanguíneo, con una maravillosa penetración de la psicología de ese tiempo, y de los hombres geniales, en el arte, en la filosofía, en el gobierno, en el crimen, en la pasión, en el amor, que animaron la vida de la época. Allí encontramos a Maquiavelo, a Vinci, a Borgia, a los pintores, a los Papas, a los soldados y condotieres. Es el RENACIMIENTO en plenitud y en grandeza.

Un crítico comentador del cincuentenario, ha escrito:

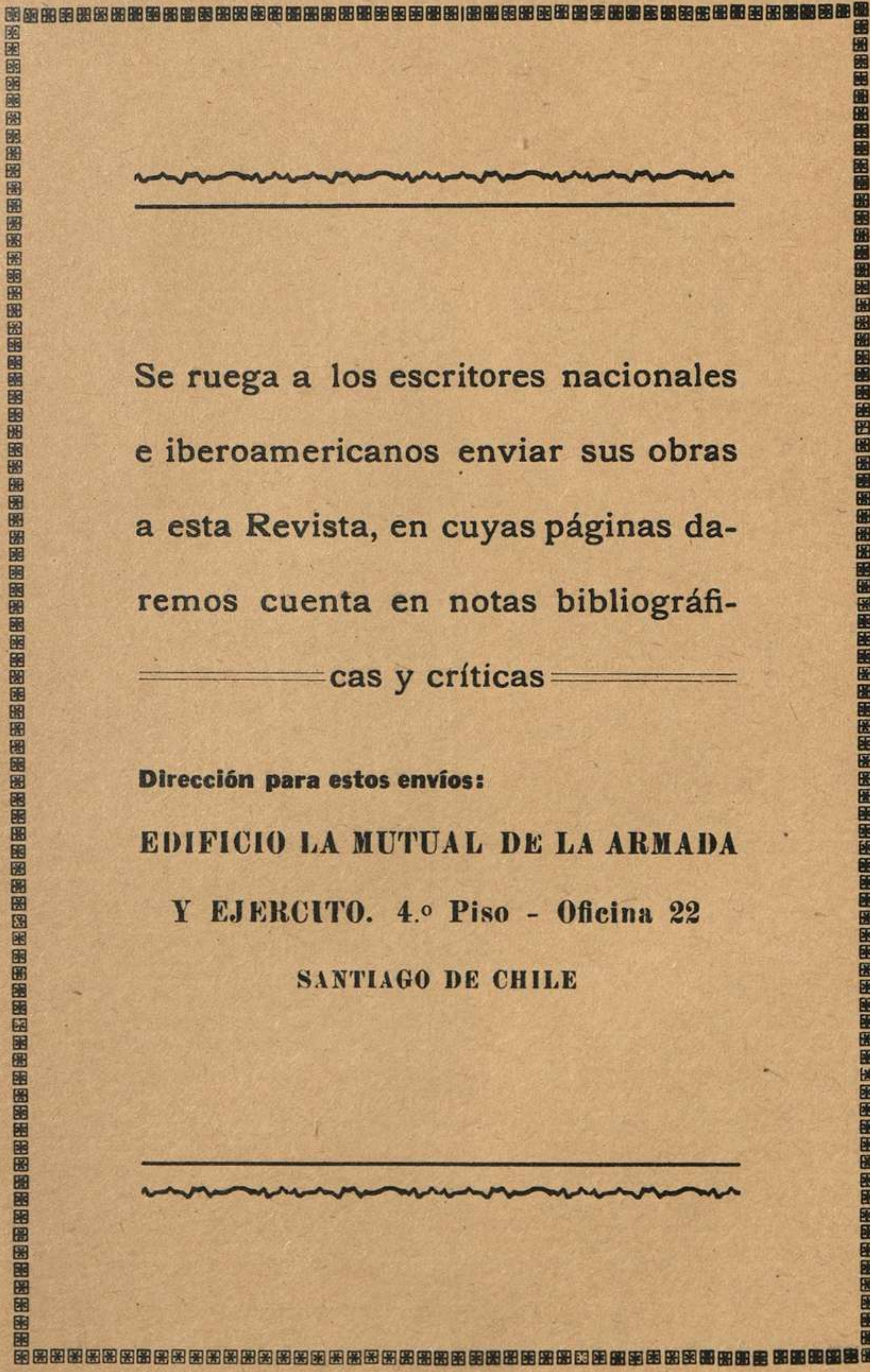
«Cierto que algunos claros ingenios de su época, como Merimee, y Barbey d'Aureville, asistieron a Gobineau con el calor de su comprensiva amistad, como veinte años después habría de hacerlo la escuela de sus comentaristas: Bourge, Dreifus, Louday. Pero en general, las audaces y rotundas teorías del conde, las vertidas en su *ESSAI SUR L'INEGALITE DES RACES* chocaron con aquel ambiente envenenado de perezosos y falsos idealismos, con aquella blandura social tocada de romanticismo equívoco, donde las duras y ásperas verdades eran rechazadas con un gesto de horror.

El conde Gobineau, buscando su mejor aliado en el futuro pudo muy bien decir: «El tiempo y yo contra todos». Al trasponer la cumbre e iniciarse el descenso del nuevo siglo, las realidades contemporáneas habrían de dar la razón al inquieto viejecillo de los ojos claros, a aquel embajador Gobineau, del cual aun conservan memoria los antiguos ugieres del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia.

Lo curioso es que hoy Alemania enaltece las ideas del Conde de Gobineau. Los hitleristas creen que allí palpita la primera huella de sus doctrinas. Gobineau dividió las razas en masculinas y femeninas y asignó a las razas amarillas y germánicas el rol de invasoras, mientras la latina, por ser femenina, caería dentro del papel pasivo de razas invadidas. Se busca en las teorías de Gobineau, la justificación del nacionalismo racial que hoy invade algunos países. Pero lo importante, para los estudiosos, es la exaltación de la grandeza personal, en la obra del conde, opuesta por naturaleza a los impulsos gregarios y su afirmación del valor individual.

*M.*





---


---

Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA  
Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22  
SANTIAGO DE CHILE**

---





DISTRIBUIDORES

**Libreria** **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

MCD 2018